
LA MANADA DEL PIERO
~ LIBRO TRES ~
REVIVIENDO
LAVINIA LEWIS

Contents

Copyright Lavinia Lewis
REVIVIENDO
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Sobre la autora

Copyright Lavinia Lewis
Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares y acontecimientos provienen de la imaginación del autor y no deben confundirse con hechos reales. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas, acontecimientos o lugares es puramente coincidencial.

Notas de licencia

Este libro electrónico está destinado únicamente para tu disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si deseas compartir este libro con otra persona, por favor, adquiere una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, o no fue adquirido para tu uso exclusivo, por favor, devuélvelo y compra tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma material, ya sea mediante impresión, fotocopia, escaneado o de cualquier otro modo, sin el permiso por escrito de Lavinia Lewis.

Advertencia: Este libro contiene material que algunos lectores podrían encontrar perturbador u objetable y está destinado únicamente a lectores adultos.

REVIVIENDO
LAVINIA LEWIS

Capítulo Uno

Ignorando la forma en que el respaldo de la silla metálica barata se le clavaba en la columna, Gethin se sentó más erguido y miró a los dos ancianos del consejo con desdén. No le caían bien. Nunca había conocido a ninguno de los dos cambiaformas antes, pero desde que lo habían traído a la sede del consejo hacía poco más de cuatro horas, lo habían tratado como a un delincuente de poca monta —no es que esperara menos—.

Después de todo, acababa de matar a un hombre.

El consejo tenía todo el derecho a interrogarle sobre la muerte de Robert Wilkes. Lo entendía. Solo deseaba que terminaran de una vez. Lo habían retenido en esta habitación calurosa y sin ventanas desde que lo trajeron y le habían preguntado las mismas malditas cosas una y otra vez. Les había dicho la verdad —varias veces, de hecho—. ¿Qué más querían de él, sangre?

—Responda a la pregunta, señor Lloyd. ¿Cuál era la naturaleza exacta de su relación con Robert Wilkes?

El anciano lo miró expectante, con la ceja sobre sus perspicaces ojos marrones levantada en señal de interrogación. Gethin se preguntó qué edad tendría el cambiaformas. Sin duda era uno de los más viejos que había conocido. Su atuendo informal de vaqueros negros y jersey azul marino no revelaba mucho, y tenía una cualidad atemporal —debía tener cuatro o cinco siglos si no más—.

Gethin se preguntó cómo sería vivir tanto tiempo mientras cerraba los ojos, cruzaba los brazos y soltaba un largo y pausado suspiro. Le asombraba haber vivido lo suficiente para ver su vigésimo tercer cumpleaños. No había manera de que pudiera durar otros cuatrocientos años con nada más que sus pensamientos oscuros y recuerdos aún más oscuros como compañía.

Cuando uno de los ancianos se aclaró la garganta, Gethin lo ignoró. Estaba harto de sus tonterías. Que le hicieran lo que quisieran —cualquier cosa era preferible a responder a sus preguntas sin sentido cien veces—. En su lugar, dirigió su atención hacia su interior, concentrándose en su respiración, en el subir y

bajar de su pecho. Cuando notó un picor debajo de su ojo izquierdo, ni se molestó en rascarse. Hacía tiempo que se había acostumbrado a las sensaciones incómodas. Quizás por eso el dolor sordo de los moretones en su cara no era más que una molestia menor. Apenas había sentido los puñetazos que Robert le había propinado aquella mañana. Aunque eso no era inusual —ya no sentía mucho de nada —. A veces, pensaba que podría estar muerto por dentro —un pozo vacío de entumecimiento y su vida, tal como era, no significaba nada para él—. Si no hubiera sido por el hecho de que tenía que cuidar de su madre y ayudar a criar a su hermana, podría haberse rendido hace mucho tiempo. Pero nunca sería tan egoísta. ¿Qué harían sin él?

—Señor Lloyd —repitió el anciano—. ¿Su relación con el señor Wilkes?

A pesar de su indiferencia hacia sus preguntas, esa cuestión —planteada por segunda vez— era la única capaz de atravesar los muros de protección que Gethin había construido a su alrededor. Era la única pregunta que le hacía *sentir* de nuevo, que removía algo en su interior con tanta fuerza que la intensidad de la emoción resultaba casi insoportable. La sugerencia de que había estado involucrado en cualquier tipo de relación con ese asqueroso canalla hacía que la sangre en las venas de Gethin se convirtiera en lava ardiente. No había tenido ninguna relación con esa patética excusa de cambiaformas. Nada de lo ocurrido entre ellos había sido consentido, y poner una bala entre los ojos de Robert había convertido este en el mejor día de la vida de Gethin, con diferencia. Si no hubiera matado ya al cambiaformas, lo haría de nuevo sin dudarlo y lo haría encantado.

—¡Señor Wilkes!

Gethin abrió los ojos y miró al anciano, ahora con el rostro enrojecido. A pesar de que no le caía bien, lo sentía por él. Tenía un trabajo que hacer y no estaba llegando a ninguna parte. Eso tenía que enfurecerle. No era de extrañar que pareciera a punto de reventar algunas venas. A diferencia del primero, el cabello oscuro y tupido del segundo anciano estaba libre de canas, pero Gethin sospechaba que su apariencia juvenil tenía mucho que ver con las

líneas de risa alrededor de sus ojos y boca. El cambiaformas extendió la mano y la posó sobre el brazo de su colega.

—No gastes saliva, Ifan. No va a responder a más preguntas hoy.

Era un consejo sensato, pero Ifan optó por ignorarlo. Mantuvo la mirada fija en Gethin y preguntó:

—¿Quiénes son los traidores en la manada de Dante? ¿Es por eso que mataste a Robert, para silenciarlo? ¿Estaba a punto de delatarte?

Gethin había pensado que ya no quedaba nada que pudiera sorprenderle, pero se había equivocado. Su boca quedó entreabierta y la ira siempre presente que se arremolinaba dentro de él —la furia que últimamente parecía siempre burbujear bajo la superficie— lo envolvió como el abrazo bienvenido de un amante.

—¿*Silenciarlo*? ¿Crees que trabajábamos juntos? —Un gruñido bajo brotó de su garganta y sus ojos cambiaron a su forma de lobo antes de que pudiera hacer algo para evitarlo. Ambos ancianos retrocedieron con sus sillas, observándolo con cautela, preparados para luchar o huir.

El hombre más joven entrecerró los ojos.

—Cálmese, señor Lloyd, no hay necesidad de...

—¡No escupiría a ese hombre ni aunque estuviera en llamas! —La amargura goteaba de cada palabra de Gethin como la cera de una vela—. Jamás trabajaría contra mi propia manada. *Nunca*. Especialmente no con alguien como él. ¡Lo *odiaba* y me alegro de que esté muerto!

Los ancianos intercambiaron miradas. Gethin no podía determinar la naturaleza exacta de esa mirada, pero sospechaba que el brillo en sus ojos era de satisfacción. Habían pasado horas intentando obtener una confesión de su intención y ahora tenían algo sólido con lo que trabajar. Podría haberse pateado a sí mismo por revelar sus sentimientos.

—¿Es así? —Ifan compartió una mirada con el otro anciano, que se había presentado antes como Thomas—. Entonces, ¿está admitiendo que quería que muriera? ¿Lo planeó todo desde el principio? ¿Es por eso que entró en la casa sin esperar a que llegaran el Alfa Dante y sus ejecutores?

Gethin odiaba la insinuación. Él había sido quien llamó a su amigo Aled para decirle que Robert y los otros habían entrado por la fuerza en su casa, sabiendo que Glynys, la madre de Aled, había estado allí sola. Gethin no había esperado a Dante porque sabía que Robert la lastimaría. Glynys siempre había tratado a Gethin con respeto, aunque había estado emparejada con Dai, el sádico alfa de la manada que había odiado a Gethin por ser gay. Esa era una de las razones por las que a Robert también le había caído mal. Era una razón entre muchas, probablemente, pero había sido una fuerza motriz para el abuso mental y físico de Robert a lo largo de los años.

Gethin no habría podido vivir consigo mismo si algo le hubiera pasado a Glynys mientras él esperaba fuera sin hacer nada. Además, estaba acostumbrado a la ira de Robert. El cambiaformas no podría haberle hecho nada que no le hubiera hecho cientos de veces antes. Cuando Gethin les siguió dentro de la casa, su único pensamiento había sido *mejor yo que ella*. Imágenes de lo que podría haberle pasado a Glynys cruzaron por su mente haciendo que la ira de Gethin se volviera más pronunciada.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Lo planeaste, señor Wilkes?

Gethin golpeó el puño contra la mesa y mientras otro gruñido surgía de su garganta, sus incisivos se alargaron dejando una sensación punzante y aguda en sus encías.

—¡No, maldita sea! ¡No planeé nada, pero no lamento haberlo matado! ¡Era un cabrón enfermo y retorcido y ojalá lo hubiera matado hace años! ¿Está lo suficientemente claro para usted?

Cuando los ojos de los ancianos se abrieron desmesuradamente, Gethin lamentó su arrebato, pero era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. No podía retirar lo que había dicho —no es que quisiera hacerlo. Cada palabra había sido cierta. Él *se alegraba* de que Robert estuviera muerto y si pudiera volver atrás en el tiempo, haría exactamente lo mismo otra vez. Sin embargo, eso no ayudaba a su causa. Estaba en serios problemas y lo sabía. Cerró los ojos y se concentró una vez más en su respiración, tratando de que se ralentizara para que su transformación parcial se revirtiera. Cuando abrió los ojos de nuevo, habían vuelto a su forma humana, sus

dientes habían retrocedido y todas las señales externas de su lobo habían desaparecido.

Ifan acercó su silla de nuevo y se inclinó hacia adelante preguntando:

—¿Por qué querías que muriera, señor Lloyd? ¿Por qué lo odiabas tanto?

—Yo...

La mandíbula de Gethin se tensó. Los recuerdos de Robert sujetándolo boca abajo en la cama mientras los amigos del beta observaban desde la puerta del dormitorio con sonrisas burlonas en sus rostros, hicieron que la bilis subiera por la garganta de Gethin. La tragó y miró fijamente a la pared, tratando de alejar de su mente las imágenes de lo que Robert le había hecho frente a esos cambiaformas. Después de conseguir desplazar los recuerdos, todo lo que quedó fueron las familiares emociones de miedo y culpa —de autodesprecio y odio. Esas emociones eran sus compañeras constantes —sus amigas. Sus mejillas se calentaron con humillación y vergüenza. Estaba mancillado y sucio —sin amor e incapaz de ser amado.

Ifan suspiró.

—Muy bien. ¿Hay algo más que quieras decirnos antes de que hagamos un descanso?

Gethin bajó la mirada y se quedó observando cuatro arañazos, separados uniformemente, en la superficie de madera de la mesa. Podía decir por la distancia entre cada arañazo que habían sido hechos por las garras de un cambiaformas macho. Se concentró en ellos preguntándose quién habría hecho la marca y por qué. Si los arañazos eran alguna indicación, el cambiaformas había estado enfadado o frustrado —probablemente ambas cosas. ¿Por qué lo habrían traído aquí y qué le habría pasado? ¿Consiguió volver a casa con su familia?

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Gethin cuando se dio cuenta de que, debido a lo que había hecho, podría no volver a casa durante mucho tiempo. ¿Qué sería de su madre y su hermana? Por primera vez desde que había visto a Robert dar su último aliento, Gethin lamentó haberlo matado. Todo lo que había hecho siempre

había sido por su familia, pero ¿y si sus acciones les hacían daño? Si algo le pasaba a su madre o a su hermana, Gethin se odiaría incluso más de lo que ya lo hacía.

Los ancianos debieron darse cuenta de que no iban a conseguir nada más de Gethin porque después de que hubieran pasado un par de minutos más, se levantaron de sus sillas, estiraron sus cuerpos largos y robustos y luego salieron por la puerta. Gethin finalmente se permitió relajarse. Estaba acostumbrado a estar solo, sin nada más que sus pensamientos negros y sombríos como compañía. Su mente no había sido un lugar feliz durante años, pero había pensado que matar a Robert le habría proporcionado una pequeña satisfacción. Había esperado encontrar finalmente la paz que tanto anhelaba, pero mientras cerraba los ojos y una plétora de imágenes no deseadas pasaban por su mente, no había paz que encontrar.

* * * *

Dewi pasó el dedo por el rostro de la fotografía y tragó para deshacer el nudo en su garganta. La imagen de él y Toby, ambos sonriendo ampliamente, con los brazos alrededor de los hombros del otro, le provocaba un dolor punzante en el pecho. La tristeza amenazaba con abrumarlo cada vez que miraba la fotografía. Eso debería haber sido motivo suficiente para tirarla o para no volver a mirarla nunca, pero era un glutton para el castigo —tenía que serlo. ¿Por qué si no seguiría torturándose mirando la imagen del hombre que lo había dejado hace tres meses —destrozando su corazón en mil pedazos en el proceso?

No, no hombre. *Lobo*.

Toby se había preocupado lo suficiente por Dewi como para revelarle su secreto —que era un cambiaformas lobo que pertenecía a una gran manada llena de otros como él. Dewi no lo había creído al principio, por supuesto, pero cuando Toby se había transformado en su forma de lobo frente a él, no había forma de negar lo que era. Pero lo que Dewi no podía entender era cómo Toby podía haberle revelado una parte tan importante de sí mismo, solo para marcharse poco tiempo después como si no hubieran significado nada el uno para el otro.

No tenía ningún sentido.

Toby le había dicho que lo amaba y Dewi, como el ingenuo que era, se lo había creído por completo. Lo que más le dolía era que Toby no se había despedido. No le había dado ninguna explicación sobre por qué se marchaba. Un día todo había ido genial entre ellos y al siguiente Toby no se había presentado cuando dijo que lo haría. Al principio, Dewi se había preocupado de que Toby hubiera tenido un accidente. Le había dejado innumerables mensajes de voz y de texto en el móvil de Toby, pero nunca había recibido respuesta. Con el tiempo, Dewi había llegado a la conclusión de que Toby había querido terminar su relación, pero había sido demasiado cobarde para hacerlo cara a cara. Dewi había estado devastado al principio —triste, decepcionado, confundido, pero ahora solo estaba enfadado.

No simplemente enfadado. Furioso.

Los pensamientos sobre Toby sumían a Dewi en una furia fría. Apartó con rabia un mechón rebelde de cabello rubio pálido que había caído sobre sus ojos. ¿Qué clase de hombre abandona a la persona que dice amar sin dar una explicación o despedirse? ¿Quién hace eso? Quizás Toby había pensado que Dewi no era lo suficientemente bueno para ser la pareja de un lobo. Dewi no tenía mucho que ofrecer a nadie, era cierto. Vivía en un piso estrecho, tenía poco dinero y ninguna perspectiva.

Difícilmente era un buen partido.

Dewi no era feo —su cara era más bien linda que masculina, pero su pelo siempre parecía como si no se lo hubiera peinado, aunque siempre lo arreglaba hasta el extremo. Con un metro sesenta y ocho, era más bajo de lo que le hubiera gustado y su complexión era pequeña, lo que sospechaba le hacía parecer frágil. Siempre había sido delgado, rozando lo escuálido, pero su cuerpo y su aspecto no habían sido un problema hasta que Toby se fue. ¿Serían esas las razones por las que el cambiante no había querido seguir con él? ¿Se habría marchado para estar con otro hombre —alguien mejor que Dewi— alguien más masculino? Quizás Toby había estado viendo a otra persona todo el tiempo. Si eso fuera cierto, podría explicar por qué no había querido presentar a Dewi a su familia. Toby había dicho que era demasiado pronto, pero él sospechaba que

su manada no habría aprobado a Dewi porque no eran compañeros. Dewi resopló.

Compañeros.

¿Sería esa otra en una larga lista de mentiras? Sonaba demasiado inverosímil, pero también lo era la idea de que hubiera hombres que pudieran transformarse en lobos. Quizás Toby había conocido a su compañero y por eso había abandonado a Dewi. Había tantas explicaciones posibles y tantas preguntas que necesitaban respuesta. ¿Había sido Dewi la única persona engañada por Toby o había otras?

Cuanto más tiempo miraba la fotografía, más enfadado se ponía. Si alguna vez volvía a ver a ese desgraciado, se aseguraría de cantarle las cuarenta. Puede que las palabras no significaran nada para Toby —que claramente no tenía corazón, pero Dewi necesitaba desahogarse. Necesitaba cerrar ese capítulo para poder seguir con su vida y, con suerte, conocer a alguien que realmente le quisiera —alguien que fuera digno de él.

Después de volver a guardar la fotografía en su cartera, desdobló la vieja página de periódico y miró de nuevo el anuncio de trabajo. Había rodeado el anuncio tres veces y seguía sacándolo para leerlo, aunque no tuviera intención de solicitar el puesto. Los puestos para peluqueros cualificados escaseaban, pero este trabajo era exactamente lo que Dewi había estado buscando. Había leído el anuncio docenas de veces, pero no se había interesado por él porque la peluquería estaba situada en Maesteg —la ciudad natal de Toby.

¿Y si se encontraban?

El solo hecho de pensar en esa posibilidad provocó una sacudida incómoda en el estómago de Dewi. La idea no debería molestarle porque él no había hecho nada malo. Si alguna vez se encontraban cara a cara, podría mantener la cabeza alta. Pero no era eso lo que le preocupaba. No quería volver a ver a Toby porque dolería. Traería de vuelta los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos junto con el dolor y los sentimientos de traición. No sabía si su corazón podría soportarlo.

Dewi frunció el ceño. Quizás simplemente tenía que aguantarse y recordar que él no había hecho nada malo. Le dio vueltas a ese pensamiento como si fuera un concepto extraño. Este trabajo era perfecto para él. Dewi estaría loco si no lo solicitara simplemente porque temía encontrarse con Toby. Si sus caminos llegaran a cruzarse, tendría que lidiar con ello y recordar que él no tenía absolutamente nada de qué avergonzarse. A diferencia de Toby.

No he hecho nada malo.

Repitió ese pensamiento como un mantra y, mientras aún se sentía animado por él, cogió su teléfono móvil y marcó el número del anuncio.

Capítulo Dos

Después de colocar su camiseta en la silla junto a la cama, Gethin se tumbó sobre el edredón blanco de algodón y consultó su reloj por lo que debía ser la décima vez desde que le habían llevado a su alojamiento temporal —una habitación ordenada y decorada con buen gusto que parecía más una habitación de hotel que una prisión—, que era esencialmente lo que era. La puerta junto a la cama daba a un pequeño cuarto de baño con ducha. No había mucho que ver en el dormitorio. No había cuadros en las paredes, ni objetos personales, ni televisión. Gethin no solía ser muy aficionado a la televisión, pero algo de ruido de fondo podría haber ayudado a bloquear la incesante charla en su mente.

Se había estado volviendo loco preguntándose qué iba a ocurrir a continuación. No sabía cuál sería el castigo del consejo, ya que nunca había oído hablar de un cambiante en la misma situación, pero sabía que, fuera cual fuese el resultado, el consejo no podía dejar impune un asesinato.

¿Qué tipo de mensaje enviaría eso a otros cambiantes? Sospechaba que los ancianos podrían intentar hacer un ejemplo con él y, si eso era lo que decidían hacer, no podía culparlos. Los cambiantes siempre habían luchado por mantener sus verdaderas naturalezas ocultas a los humanos y a menudo caminaban sobre la cuerda floja del secreto. El deber y la responsabilidad eran dos de las muchas pelotas con las que tenían que hacer malabares mientras vivían sus vidas bajo la constante amenaza de ser descubiertos. Debido a la necesidad de discreción, los ancianos del consejo llevaban sus castigos al extremo, siendo la pena a menudo mucho mayor que el delito. Era la única forma de mantener a los cambiantes a raya, de disuadirlos de cometer un delito en primer lugar.

El beta de Dai, Robert, había sido tan malvado como el propio alfa. Ambos hombres habían sido podridos hasta la médula, de hecho, pero eso no excusaba lo que Gethin había hecho. No podía alegar defensa propia ni siquiera afirmar que dispararle a Robert

había sido una reacción instintiva o algún tipo de error. La verdad era que sabía exactamente lo que estaba haciendo, pero aun así lo había hecho.

Aled y su nueva pareja Liam estaban sentados en el suelo fuera de la casa de Aled, y Aled estaba cubierto de sangre. Cuando Robert levantó la mano preparándose para golpear a Liam, con las garras extendidas, Gethin vio todo rojo, pero no actuó solo por impulso. Con la pistola que había logrado arrebatar al cambiante contra el que había estado luchando firmemente en su mano, cruzó el jardín, apuntó el arma a la cabeza de Robert y apretó el gatillo con calma. Ni siquiera se le ocurrió apuntar al brazo o a la pierna de Robert. En ese momento, no quería simplemente detenerlo, quería que estuviera muerto.

Para mantener su mente ocupada, Gethin miró alrededor del dormitorio que, a pesar de ser pequeño, era cómodo. A diferencia de la habitación en la que le habían interrogado, esta tenía una pequeña ventana en la pared trasera con vistas a un jardín silvestre y descuidado. Los barrotes de la ventana eran gruesos, sin embargo, demasiado gruesos incluso para que alguien con la fuerza de un cambiante pudiera escapar, no es que Gethin se hubiera molestado en intentarlo. No habría tenido ningún sentido. Si hubiera huido, lo habrían encontrado eventualmente y si estaba escondido del consejo, no podría volver a casa para cuidar de su madre y su hermana.

Antes de que los ancianos lo sacaran de la casa de Aled, Gethin le había pedido a Dante que llamara a su familia para poder informarles de lo sucedido. Gethin esperaba que estuvieran bien sin él, al menos hasta que pudiera hacer arreglos para su cuidado. Gethin no tenía muchas personas a las que recurrir para pedir favores. La vieja amiga de su madre, Miranda, era la única persona a la que normalmente pedía ayuda, pero el alfa Dante le había asegurado que mantendría el fuerte hasta que Gethin regresara a casa. Eso le había sorprendido. Acababa de conocer a su nuevo alfa, pero Dante se había esforzado por ayudarle. Gethin lo respetaba por eso. Había hecho muchísimo más de lo que Dai habría hecho en circunstancias similares.

Todo lo que Gethin había hecho alguna vez había sido para proteger a su familia. Ellos significaban el mundo para él. Robert los había utilizado constantemente para llegar hasta Gethin. Amenazaba con hacerles daño si Gethin no hacía lo que él quería. Esa había sido la única cosa segura que haría que Gethin obedeciera. Nunca podría haber corrido el riesgo de que Robert estuviera fanfarroneando. Ahora nunca más tendría que preocuparse de que Robert amenazara con hacerles daño. Por fin estaban a salvo de esa amenaza. Aunque Gethin había sido quien mató a Robert, apenas podía creer que lo hubiera hecho. ¿Realmente estaba libre de ese hombre por fin? Había esperado mucho tiempo para sentir tal libertad, pero ¿a qué precio había llegado finalmente?

Hubo un tiempo —hace tanto que Gethin apenas podía recordarlo— en que solía imaginar cómo sería su vida en el futuro. Como todos los jóvenes lobos, solía soñar con conocer a su pareja. Lo había imaginado tantas veces en su juventud que la imagen estaba grabada en su mente. El hombre de los sueños de Gethin era más bajo que él, delgado, con piel pálida y cabello rubio despeinado que parecía como si acabara de levantarse de la cama. Como adolescente, había sido difícil creer que pudiera existir una criatura tan perfecta, pero Gethin lo había esperado. No había pasado demasiado tiempo pensando en su futuro juntos porque sabía sin lugar a dudas que su pareja lo habría hecho inmensamente feliz.

Pero habían pasado demasiadas cosas desde que tuvo esos deseos por primera vez.

Esos sueños pertenecían a un hombre diferente, a un hombre mejor. Ahora, encontrar la otra mitad de su alma llenaba a Gethin de pavor. Ni siquiera soportaba mirar su propio reflejo en el espejo, así que ¿cómo podía esperar que una pareja lo viera como alguien digno de amor? Se giró hacia un lado, cerró los ojos y se encogió en posición fetal. No, no tenía nada que ofrecer a una pareja. Estaba roto y sucio... sin valor. Mientras sus párpados comenzaban a pesarle, Gethin se consoló con el pensamiento de que estaba mejor solo. No quería encontrar a su pareja solo para ver repulsión en los ojos del hombre cuando lo mirara, o peor aún, lástima. Ya había

sufrido suficiente humillación para toda una vida. Cada persona tiene sus límites y Gethin había sobrepasado los suyos hace años.

Estaba quedándose dormido cuando escuchó un ligero golpe en la puerta. Aunque el sonido apenas había sido audible, los ojos de Gethin se abrieron de golpe y se despertó al instante. Se abalanzó hacia su camiseta, pero apenas logró ponerle la mano encima antes de que la puerta se abriera.

—Señor Lloyd, hemos contactado con su alf...

Cuando oyó la brusca inhalación de aire, Gethin maldijo.

—¿Qué coño quieres? —espetó.

Se agarró la camisa y se la puso a pesar de que el daño ya estaba hecho. Evidentemente, el anciano había visto su espalda. Respirando hondo, Gethin alzó la barbilla y se dio la vuelta, preparado para ver la repulsión en los ojos de Ifan. Encontró la mirada del anciano y la mantuvo. No había asco en su expresión, pero su lástima era demasiado evidente. Los sentimientos familiares de vergüenza y humillación calentaron el rostro de Gethin, quien luchó contra el deseo de bajar la mirada. Nunca se quitaba la camisa en compañía y había dejado de correr con su manada las noches de luna llena porque no quería que sus compañeros le vieran sin ropa, aunque sospechaba que la mayoría ya sabía lo que le habían hecho.

—¿Quién te hizo eso? —preguntó Ifan después de un momento.

Gethin se encogió de hombros. No era ningún secreto. Su voz sonó fuerte y sorprendentemente firme cuando dijo:

—Robert. Robert Wilkes lo hizo.

* * * *

Dewi contuvo la respiración mientras Lewys, el propietario del salón de peluquería Cutz, revisaba su currículum y sus certificados de peluquería. Hacía apenas unos meses que había terminado su curso en el instituto y, aunque había recibido algo de formación práctica durante sus prácticas de un día a la semana, todavía no había conseguido un empleo real en un salón. Podía tener las cualificaciones que los empleadores buscaban, pero los dueños de la mayoría de los salones a los que había solicitado empleo buscaban personas con más experiencia, y había muchas de esas disponibles.

Era un círculo vicioso porque no podía adquirir experiencia sin que alguien le diera primero un trabajo.

—Todo esto se ve muy bien —dijo Lewys mientras hojeaba el currículum—, pero ¿no tienes experiencia laboral? ¿Alguien a quien pueda contactar para referencias?

El corazón de Dewi se hundió, aunque la pregunta de Lewys era la que esperaba. Era la misma historia cada vez.

—No, señor. No he tenido ningún trabajo desde que salí del instituto. Pero si quiere una referencia, estoy seguro de que alguno de mis tutores del instituto puede ayudarle.

Por tercera vez desde que Dewi estaba allí de pie, el dueño de la tienda estiró el cuello para mirar a alguien sentado en la esquina de la sala. Esta vez, Dewi siguió su mirada a tiempo para ver el furioso sonrojo en un chico rubio que debía tener unos diecisiete o dieciocho años. El chico se irguió y miró con adoración a Lewys, quien le devolvió el ceño fruncido, negó con la cabeza y dejó escapar un largo suspiro.

—¿Cuándo captará el mensaje? —murmuró Lewys—. Tendré que hablar con Colin. Su maldito hijo va a ser mi muerte.

Dewi luchó por contener su sonrisa. Lewys se frotó la perilla rubia perfectamente recortada y volvió a estudiar el currículum de Dewi.

—Aquí dice que tienes veintidós años.

Cuando Dewi asintió, Lewys lo miró con suspicacia.

—Entonces hay un hueco en tu currículum. Si dejaste el instituto a los dieciocho y acabas de terminar un curso de dos años, ¿qué hiciste durante los dos años intermedios?

Era una pregunta justa. Dewi podría haber pasado ese tiempo en prisión, por lo que el hombre sabía. Afortunadamente, no era una mente criminal, sino un ciudadano común y respetuoso de la ley. Lo único que había robado alguna vez fue un paquete de Skittles cuando tenía ocho años, y ni siquiera había sido lo suficientemente listo como para esconderlo de su madre. En cuanto ella vio el paquete de caramelos, montó en cólera y le obligó a devolverlos a la tienda y disculparse con el tendero. Le confiscó la consola de juegos y lo castigó durante dos semanas, a pesar de que era pleno verano y

tenía que decirles constantemente a sus amigos que no podía salir a jugar. Eso le enseñó una lección y puso fin a su carrera delictiva.

Su madre estaba furiosa. El recuerdo hizo sonreír a Dewi, pero cuando recordó los últimos años de vida de su madre —la enfermedad y el dolor constante que sufrió a pesar de que intentaba mostrar valentía— su sonrisa se desvaneció. Habían sido años difíciles y, por muy duro que hubiera sido su fallecimiento para él, Dewi agradecía que su dolor finalmente hubiera terminado.

—Fui cuidador a tiempo completo de mi madre, señor. Estaba enferma, leucemia.

—Ya veo. ¿Y ella está...?

Tragó saliva para deshacer el nudo en su garganta antes de responder.

—Falleció hace un par de años.

Lewys frunció el ceño.

—Siento oír eso.

—Gracias —Dewi se encogió de hombros. No buscaba la simpatía del hombre. Solo quería un trabajo haciendo algo que amaba.

—Entonces, ¿te matriculaste en el instituto después de que ella falleciera?

—Sí. Dejé los estudios en pausa para cuidarla, pero ella odiaba que tuviera que hacer eso. Quería que hiciera algo con mi vida. Siempre me animó a ser lo que quisiera ser, pero todo lo que siempre quise hacer fue cortar pelo. Y se me da bien. Si me das una oportunidad puedo demostrártelo.

Lewys frunció los labios.

—Definitivamente estás cualificado para el trabajo, no hay duda de eso. Pero este es un salón concurrido y necesito a alguien que pueda mantener el ritmo de trabajo. Como puedes ver —dijo, haciendo un gesto con la mano alrededor del salón—, este es un local unisex, pero cortamos mucho pelo de hombre. ¿Qué tal se te dan las tijeras?

Dewi se animó. La pregunta significaba que Lewys al menos lo estaba considerando para el puesto. Eso era un paso más cerca de lo que había llegado en cualquiera de los otros salones a los que había solicitado.

Intentó sonar lo más entusiasta posible cuando respondió:

—Se me dan bien.

Lewys asintió.

—Supongo que no haría daño darte una prueba. ¿Puedes quedarte el resto del día?

Dewi sonrió tan ampliamente que le dolieron las mejillas.

—¡Por supuesto! ¡Gracias!

Lewys negó con la cabeza, sonriendo irónicamente.

—No me des las gracias todavía. Primero veremos cómo lo haces. Si te manejas bien hoy, consideraré contratarte.

La emoción se enroscó en el estómago de Dewi como una serpiente.

—Sí, señor.

—Y no me llames más señor. Me hace sentir viejo. Además, te lo dije, nos gusta mantener un ambiente informal aquí. Todos nos tratamos por el nombre. Es Lewys.

—Lewys —repitió Dewi con un asentimiento—. ¿Qué quieres que haga primero?

Dejó a un lado el currículum de Dewi y sacó el libro de citas que estaba sobre el escritorio, enterrado bajo una pila de papeles.

—Tengo un par de cortes en seco reservados, así que puedes hacer uno de esos, eh, hay algunos mechas reservados para las tres, oh, por supuesto. Pam viene cada semana para un secado y siempre busca algo gratis. Cualquiera que se use como conejillo de indias aquí recibe un cincuenta por ciento de descuento. No le importará probar al novato si eso le ahorra algo de dinero.

—Genial —dijo Dewi—. ¿Por quién empiezo?

Lewys se frotó la perilla otra vez y cuando volvió a estudiar las citas, Dewi lo observó. No había duda de que Lewys era un hombre atractivo, pero no era su tipo. Siempre había preferido a los hombres con pelo oscuro, preferiblemente más largo para poder pasar sus dedos por él.

Estaba tan emocionado de que alguien por fin hubiera aceptado darle una oportunidad que cuando se abrió la puerta del salón, se giró y saludó al hombre que entró con la más amplia de las sonrisas. Tomó nota de su pelo largo y descuidado y de su barba espesa y

salvaje, y la sonrisa en su rostro se congeló. A duras penas pudo contener una risita ante la extraña apariencia del hombre. A medida que se acercaba, Dewi pudo notar que el hombre era joven, probablemente de su misma edad. ¿Qué joven dejaba crecer tanto su pelo y barba de forma tan salvaje? Dewi ni siquiera estaba seguro de que el suyo pudiera crecer tanto, no es que quisiera.

—Hola —saludó el hombre—. ¿Podéis hacerme un hueco para un corte de pelo, por favor?

—Yo, eh...

Lewys levantó la vista del libro de citas y ni siquiera pestañeó ante la apariencia del hombre. Si acaso, parecía compartir una sonrisa cómplice con él. Extraño.

—Claro —dijo—. Podemos atenderte ahora mismo si no te importa que Dewi te atienda. Es nuevo. Hoy es su primer día de trabajo.

—Oh no, no hay problema —respondió—. Déjame avisarle a mi pareja que podéis atenderme ahora.

Dewi asintió, siguiendo su mirada hacia la ventana en la parte delantera del salón. Cuando vislumbró a la pareja del hombre esperando fuera, el corazón de Dewi dio un vuelco, pero entonces las implicaciones de la situación le golpearon y la alarma se hundió en la boca de su estómago como una piedra en el agua.

Toby.

La pareja del hombre era Toby.

De repente entumecido, Dewi se quedó mirando con la mente en blanco, atormentado por emociones confusas. Su pulso se aceleró y su boca se volvió insoportablemente seca mientras el hombre a su lado saludaba con la mano, tratando de llamar la atención de Toby. Después de un momento, desistió y salió para hablar con él. Toby saludó al hombre con un dulce beso en los labios, con afecto grabado en las líneas de su rostro. Toby una vez había mirado a Dewi de la misma manera. Con amor en sus ojos.

Una pesadez presionaba contra el pecho de Dewi. Sus mejillas se calentaron y la ira surgió en él mientras los observaba interactuar. La sangre palpitaba en sus sienes. Parecían cercanos —tan felices juntos y tan enamorados. La vergüenza y la humillación por la forma

en que Dewi había sido tratado le invadieron como un tsunami. Cuanto más tiempo los observaba hablar, más hervía de rabia creciente. Tragó saliva con dificultad y apretó las manos en puños, sintiéndose como un volcán a punto de erupcionar.

—¿Estás bien? —preguntó Lewys—. Pareces un poco pálido.

—Disculpadme un momento. —Sin detenerse a pensar en lo que estaba haciendo, Dewi se dirigió hacia la entrada del salón. Era como si sus pies tuvieran voluntad propia y le llevaran directamente hacia Toby, sin importar las consecuencias. No sabía qué iba a decir cuando llegara a él, pero no podía quedarse callado.

Había esperado esta oportunidad durante mucho tiempo y no la dejaría pasar.

Después de abrir la puerta del salón, Dewi mantuvo sus ojos fijos en Toby mientras se acercaba a él. Intentó mantener la calma, ralentizar el latido acelerado de su corazón, pero cuando se acercó a Toby, el sentido común le abandonó y estalló en una explosión de furia gélida.

—¡Maldito cobarde! —escupió, clavando su dedo en el pecho de Toby. Toda su tristeza y toda la ira y frustración reprimida burbujeó y se derramó de su boca—. ¿Es por esto por quien me dejaste? ¿Por un maldito *hippy*?

De inmediato, Dewi odió lo amargo que sonaba, pero las palabras ya habían salido de su boca y era demasiado tarde para retirarlas.

Toby intercambió miradas con su pareja y se encogió de hombros como si estuviera confundido antes de volver su mirada a Dewi. Inclinó la cabeza hacia un lado y había algo extraño en su cara. Había algo diferente en él, pero Dewi no podía descifrar qué era y estaba demasiado alterado para intentarlo siquiera.

—¿Quién es este? —preguntó el hippy—. ¿De qué está hablando?

—Yo... no lo sé. —Toby negó con la cabeza y miró a Dewi como si nunca le hubiera visto antes.

El rechazo hizo que el orgullo ya magullado de Dewi recibiera otra paliza y su ira se elevó a proporciones épicas.

—¡Cómo te *atreves*! —Estaba tan enfadado que casi se ahogó con sus palabras. Aspiró una bocanada de aire calmante que no tuvo

el efecto deseado—. ¿Qué derecho tienes a tratarme como basura, eh? ¿Tratas a todo el mundo así o soy un caso especial?

—¿De qué está hablando? —repitió la pareja de Toby, con la súbita ira en su voz casi tan pronunciada como la de Dewi—. ¿Le conoces? ¿Salías con él o algo así? ¿Liam? ¡Dime qué está pasando!

—*¿Liam?* —Dewi frunció el ceño, girando su mirada entre los dos hombres. Fue solo cuando miró a Toby de nuevo, cuando *realmente* lo miró, que se dio cuenta de que había cometido un error —un terrible error. No era Toby después de todo. Era su hermano mayor, Liam. Dewi nunca lo había conocido, pero Toby había hablado de él a menudo. Era uno de los ejecutores del alfa. Toby quería hacer lo mismo cuando fuera mayor. Admiraba a su hermano. Se parecían tanto que podrían haber sido gemelos. El calor inoportuno de un sonrojo calentó la cara de Dewi, pero antes de que pudiera disculparse por el embarazoso error, la pareja de Liam le agarró del brazo, con los ojos abiertos de pánico.

—Liam, está ocurriendo otra vez. No creo que pueda detenerlo.

—¿Aled? —Liam tomó el rostro de su pareja y lo miró a los ojos —. Relájate, cariño, respira por mí.

Mientras Dewi observaba, el pelo de la barba de Aled parecía crecer aún más y sus ojos destellaron en ámbar. Dewi jadeó cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Se está transformando!

La cabeza de Liam giró en su dirección y entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes eso? Eres humano.

—Por aquí, señores —dijo Lewys, interponiéndose entre ellos. Agarró el brazo de Aled y lo arrastró hacia la puerta del salón—. Tenemos que llevar esto dentro. A la parte trasera de la tienda. Ahora.

Dewi entrecerró los ojos mientras observaba al dueño del salón tomar el control de la situación. Lewys no parecía en absoluto sorprendido por el giro de los acontecimientos. O sabía sobre los lobos o era uno de ellos. Aled le lanzó una mirada a Liam y, tras recibir un asentimiento imperceptible, dejó que Lewys lo condujera al interior del salón. Liam les siguió, pero antes de desaparecer dentro, miró por encima de su hombro y frunció el ceño. —Creo que

será mejor que vengas con nosotros. Tienes algunas explicaciones que dar.

Dewi suspiró, pero asintió en señal de conformidad y los siguió. Adiós a la oportunidad de trabajo. Lewys no le ofrecería un puesto después de cómo había tratado a los clientes que pagaban. Dewi debería haberse quedado callado. Normalmente no era el tipo de persona que actuaba por impulso, pero Toby había significado mucho para él y Dewi estaba dolido y enfadado —humillado por la forma en que había sido tratado. Muchas veces había pensado en cómo reaccionaría si volviera a ver a Toby, pero nunca podría haber imaginado este escenario. Ahora Liam le contaría a su hermano lo que Dewi había hecho. Si no tenía motivos para avergonzarse antes, ahora sí los tenía.

Genial.

Mientras se abrían paso por el salón, ninguno de los clientes parecía interesado en por qué su grupo tenía tanta prisa, lo que hizo que Dewi los mirara con nuevos ojos. Seguramente no todos podían ser lobos. Lewys abrió una puerta en la pared del fondo y luego los hizo pasar. La habitación en la que entraron era claramente un espacio personal —no se permitían clientes. Había un par de sofás alrededor de un gran televisor de pantalla plana, una mesa con sillas y una librería que cubría una pared entera.

Lewys condujo a Aled hasta uno de los sofás. —Siéntate —dijo, señalando el sofá—. ¿Cómo te encuentras ahora?

Aled se sentó tal como le indicaron y puso la cabeza entre las piernas. La vergüenza invadió a Dewi cuando vio la expresión angustiada de Liam. El drama que Dewi había causado había provocado la transformación parcial de Aled, aunque Dewi no estaba seguro de por qué no había podido controlarla. Quizás era un lobo nuevo. Liam se agachó frente a Aled y puso una mano en su rodilla. Después de unas cuantas respiraciones profundas, el cambiante levantó la cabeza para encontrarse con la mirada de Lewys.

—Estoy bien ahora. Eso creo.

Lewys asintió. —Estás bien. Solo sigue respirando profundamente. Te traeré agua.

Después de que saliera de la habitación, Liam se arrodilló y tomó las manos de Aled. —Eh —susurró—. Lo estás haciendo muy bien.

Aled lo miró en silencio a los ojos. Pareció producirse un intercambio silencioso entre ellos antes de que Aled finalmente hablara. —¿Quién es él, Liam? Por favor, no me mientas.

Cuando Liam lo miró y frunció el ceño, Dewi se removió inquieto. Necesitaba disculparse e intentar arreglar las cosas. No quería ser la causa de ninguna discusión entre Liam y su pareja. Liam levantó las manos de Aled y depositó un suave beso en una de sus palmas.

—Nunca te mentiré. Jamás —prometió—. No sé quién es, te lo juro. Nunca lo había visto en mi vida.

Dewi ignoró su vergüenza y dio un paso adelante. —Um, mirad, lo siento mucho. He cometido un error. —Cuando tuvo su atención, continuó—: Ha sido un gran error, lo admito. No quería... quiero decir, no pretendía... —Respiró hondo y volvió a empezar—. Me llamo Dewi y solía...

Aled jadeó y Liam emitió un sonido como un gruñido —un sonido bajo y animal que hizo que Dewi se estremeciera y que se le erizara el vello de la nuca.

El color desapareció del rostro de Liam. —¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Eh, Dewi, Dewi Powell.

Liam se puso de pie y cruzó la habitación hasta situarse frente a Dewi. Las expresiones en su rostro cambiaban rápidamente y eran variadas. Su curiosidad era evidente, pero había un extraño tipo de tristeza que provocó un desagradable escalofrío en Dewi.

—¿Solías salir con mi hermano? —preguntó Liam—. ¿Es con él con quien me confundiste?

Dewi asintió. —Sí. Lo siento. Quiero decir, os parecéis mucho, pero ahora que las busco, puedo ver las diferencias entre vosotros.

—¿Mi hermano te habló de nosotros, de los lobos, quiero decir? ¿Así es como supiste que Aled estaba empezando a transformarse?

—Sí. —Dewi frunció el ceño—. Sabía que no debía decir nada, pero confiaba en mí. Sabía que yo nunca lo expondría ni le contaría a nadie más su secreto.

Liam asintió. —Agradezco que hayas sido... discreto. Pero voy a tener que pedirte que vengas con nosotros. Como sabes de nuestra existencia, Dante, nuestro alfa, querrá reunirse contigo.

—¿Qué? —graznó Dewi—. ¿Por qué tengo que reunirme con él? ¿Qué va a hacerme?

—Eh, probablemente nada —dijo Liam evasivamente—. Pero eso es decisión suya.

Dewi dio un paso atrás. No le gustaba lo que estaba oyendo. No le gustaba ni un poco. Su mirada recorrió inquieta la habitación buscando una ruta de escape, pero estaba acorralado. —No quiero ir.

Liam se encogió de hombros. —Me temo que voy a tener que insistir. Por lo que vale, no creo que tengas de qué preocuparte.

Dewi dio otro paso hacia atrás, miró por encima de su hombro y observó la puerta. Pensó en salir corriendo, pero sabía que no tenía sentido. Sabía por experiencia que los lobos eran increíblemente rápidos. No habría dado ni cinco pasos. Sus hombros se hundieron.

—Vale, de acuerdo, iré con vosotros. Pero, ¿podéis prometerme al menos una cosa?

Liam ladeó la cabeza. —Si puedo prometerte algo, lo haré.

—¿Me prometes que no nos encontraremos con tu hermano? No quiero verlo y me gustaría mucho que no le contaras lo que ha pasado hoy.

Los ojos de Liam se abrieron de par en par. Se volvió hacia su pareja, cuyo rostro de repente estaba lleno de compasión. Dewi frunció el ceño mientras los observaba comunicarse algo en silencio. No podía entender su reacción. La expresión de Liam cambió. Se transformó en lo que Dewi solo podía describir como agonía. El cambiante adelantó la barbilla y echó los hombros hacia atrás como si se estuviera preparando para algo doloroso antes de hablar.

—No tienes que preocuparte por nada de eso —dijo al fin—. No tienes que preocuparte por volver a encontrarte con él jamás. Mi hermano está muerto. Lo mataron hace tres meses en un accidente de coche en las montañas Bryn.

Dewi miró a Liam con expresión vacía, sus cejas juntas en un ceño fruncido. No podía comprender nada de lo que acababa de oír.

Sacudió la cabeza mientras daba vueltas a las palabras en su mente, intentando encontrarles algún sentido, y cuando la realización le golpeó, su estómago se revolvió tan violentamente que tuvo que cubrirse la boca y salir corriendo de la habitación. Apenas consiguió llegar a la calle antes de perder el contenido de su estómago. Durante los últimos tres meses había creído que Toby le había abandonado. No había querido considerar la posibilidad de que algo malo le hubiera ocurrido a su amante. Dewi había gastado todo su tiempo y energía estando enfadado con Toby cuando debería haber estado llorándole en su lugar.

Capítulo Tres

El golpe en la puerta del dormitorio sacó a Gethin de sus pensamientos melancólicos. Se apartó de la ventana y se preparó para la inevitable confrontación. La última ronda de preguntas había sido agotadora y había esperado que fuera la última. Claramente, se había equivocado.

—Adelante.

Al menos ahora esperaban a que respondiera antes de irrumpir.

Eso tenía que contar para algo.

La puerta se abrió y el anciano Ifan entró a zancadas en la habitación. Había estado casi agradable desde que se encontró con Gethin la noche anterior, pero no podía ocultar la lástima en sus ojos. Estaba ahí en cada mirada, *cuando* era lo suficientemente hombre para levantar la cabeza y encontrarse con la mirada de Gethin.

—Señor Lloyd —saludó el anciano—. Su alfa está aquí para verle.

Gethin frunció el ceño. ¿Qué quería Dante de él? En cuanto sus pensamientos se dirigieron a su madre y su hermana, el estómago de Gethin dio un vuelco. Se apartó de la pared.

—Mi madre, ¿está...?

Ifan negó con la cabeza. —Esto no tiene nada que ver con su familia. Su alfa le explicará lo que quiere. Venga conmigo, por favor.

Gethin dejó escapar un suspiro de alivio mientras seguía a Ifan fuera de la habitación. Pasaron muchas puertas mientras caminaban por el largo pasillo y para calmar sus nervios, imaginó quién podría estar dentro de cada una de las habitaciones. No había visto ni oído a nadie más, incluso con la ayuda de sus superiores sentidos de lobo, lo que significaba que las habitaciones debían estar insonorizadas.

Conveniente.

Después de doblar la esquina al final del pasillo, Ifan se detuvo frente a la primera puerta que alcanzaron.

—Está ahí dentro —dijo, señalando con la cabeza hacia la habitación.

Gethin dudó, mirando la puerta con suspicacia, pero el anciano no tenía motivos para mentirle. Si el consejo quisiera matarlo, era poco probable que recurrieran a tácticas desleales. Giró el pomo y empujó la puerta. Efectivamente, Dante estaba dentro, sentado en una de las ocho sillas que estaban colocadas alrededor de una pulida mesa de caoba. Gethin observó su entorno mientras entraba en la habitación. El espacio era más formal que la sala que habían utilizado para interrogarle. Era más probable que se utilizara para reuniones del consejo que para interrogar a cambiantes.

Dante se puso de pie cuando Gethin se acercó a la mesa. Cuando extendió la mano y se la ofreció, Gethin intentó no estremecerse al estrecharla. Entendía la necesidad de formalidad así como la vieja y tradicional decencia común, pero no se sentía cómodo con el contacto, por inocuo y bien intencionado que fuera. A pesar de su aversión, nunca habría rehusado estrechar la mano de su alfa. Hacerlo habría insultado a Dante. Aunque, si hubiera sido la mano de Dai...

—¿Cómo lo estás llevando? —preguntó Dante mientras volvía a tomar asiento y hacía un gesto para que Gethin se sentara en la silla de enfrente.

Se encogió de hombros. —Me han tratado bien, teniendo en cuenta todo. ¿Ha visto a mi madre y a mi hermana?

Dante inclinó la cabeza. —Están bien. Mi ama de llaves Mary ha estado pasando tiempo con ellas. Es la compañera de mi beta y confío en ella implícitamente. Tengo que decir que es una responsabilidad bastante grande la que tienes en casa. Sería duro para cualquier adulto, pero he oído que has estado cuidando de ambas desde que cumpliste quince años.

—No fue tan difícil. —Gethin echó los hombros hacia atrás y se sentó más erguido—. Son toda la familia que tengo. ¿Qué otra cosa haría sino cuidar de ellas?

—No te estoy criticando, hijo. Solo digo que tuviste que asumir mucho a una edad muy temprana. Eso es encomiable, lo es, pero ¿no te gustaría algo de ayuda, para liberar parte de tu tiempo? Todo el mundo necesita un descanso de vez en cuando. Eres un hombre

joven. Tiene que haber cosas que preferirías hacer con tu tiempo. Podría organizar que una cuidadora...

—No necesito ninguna ayuda —interrumpió Gethin—. Gracias, estoy seguro de que lo dice con buena intención, pero puedo ocuparme de mi propia familia.

Dante suspiró. —Es tu elección, por supuesto. Solo recuerda que la oferta está sobre la mesa.

—¿Es esto de lo que ha venido a hablarme?

Dante negó con la cabeza. —No. He estado en contacto con los ancianos desde que te trajeron. No han llegado a una decisión sobre *si* y cómo serás castigado, pero no creen que supongas una amenaza para nadie más.

Gethin frunció el ceño. —¿Qué significa todo eso para mí?

—Bueno, les he pedido que consideren liberarte bajo mi custodia hasta que tomen su decisión final y han accedido, aunque bajo cierta...*condición*.

Gethin inspiró rápidamente. *¿Liberarle?* —No entiendo... ¿qué condición? ¿Significa esto que puedo salir de aquí ahora? —No quería hacerse ilusiones, pero el alfa parecía sincero.

Dante asintió. —La condición es que no debes abandonar las tierras de la manada sin permiso, ya sea mío o de uno de los ancianos. Si nos abandonas, puedes estar seguro de que te encontrarán eventualmente y me meterás en un mundo de problemas porque personalmente he respondido por ti. No hago eso a la ligera. ¿Lo tenemos claro?

Gethin asintió. —Sí, por supuesto, alfa. Tiene mi palabra. No iré a ninguna parte. —Esa era una promesa que Gethin podía cumplir. Nunca dejaría a su madre y a su hermana para que se las arreglaran solas.

Por qué Dante arriesgaría su cuello por un cambiante que apenas conocía era una incógnita, pero Gethin estaba agradecido por ello. Tendría que encontrar una forma de devolvérselo a Dante.

—En respuesta a tu segunda pregunta, sí, puedes salir de aquí ahora, *si* me gusta lo que tengas que decir a continuación.

Gethin frunció el ceño e hizo todo lo posible por contener el gruñido que comenzaba a retumbar en su pecho. —¿Qué demonios

significa eso? ¿Está jugando conmigo?

Intentó controlar su temperamento porque no quería insultar a Dante y arruinar sus posibilidades de volver a casa, pero no era fácil mantener la calma cuando todo lo que quería hacer era gritar y enfurecerse. A Dai le gustaba jugar a juegos mentales y Robert había sido un maestro en ese arte. ¿Por qué Dante debería ser diferente? Todos los alfas tenían que tener cierta dosis de crueldad o nunca habrían llegado a ser alfas en primer lugar.

Dante se inclinó hacia delante y miró a Gethin con unos ojos penetrantes en su intensidad. —Aclaremos algo antes de seguir adelante. Sé por lo que has pasado. No todo, pero tengo una idea bastante clara. También sé que tu último alfa era un canalla, pero no deberías medir a todos con la misma vara. Doy a mis lobos el mismo respeto que espero a cambio. No tolero la violencia sin sentido y no juego a juegos. Si digo algo, lo digo en serio. ¿Está claro?

Gethin bajó la cabeza. —Lo siento. No pretendía ofenderle.

—No me has ofendido, pero ¿está claro?

—Sí, alfa. ¿Qué quería saber?

—Mírame a los ojos, Gethin —ordenó Dante y, como si hubiera sido atraído por la fuerza magnética más poderosa, Gethin levantó la cabeza y fijó su mirada en la de Dante.

—Yo estaba allí ese día, ¿recuerdas? Sé lo que hicieron Robert y los demás, y sé lo que amenazaron con hacer. Salvaste la vida de mi ejecutor cuando mataste a Robert. Cinco segundos más y Liam habría muerto.

—Te estaré eternamente agradecido por eso, al igual que la pareja de Liam, Aled, y los padres de Liam, que ya han perdido un hijo. Ahora bien, no creo ni por un segundo que seas un traidor y no puedo decir que yo no habría matado a Robert en las mismas circunstancias.

—Pero mi pregunta, Gethin, es ¿por qué le mataste *tú*? Podrías haber intentado detenerle. Podrías haber apuntado a su hombro o a su pierna, pero cuando le apuntaste con el arma, sabías que ibas a matarle, ¿verdad? Querías que muriera. ¿Por qué?

El dolor en el pecho de Gethin era casi insoportable. Quería apartar la mirada —no podía soportar la intensidad en los ojos de

Dante, pero aquella maldita fuerza magnética, esa atracción que la mayoría de los lobos alfa tenían a su disposición, mantenía la mirada de Gethin fija en la suya. Los ancianos le habían hecho la misma pregunta docenas de veces y, aunque había perdido la calma un par de veces, no les había contado todo. Había sido capaz de mantener la mayoría de sus verdaderos sentimientos para sí mismo.

Dante era su alfa. Gethin tenía que obedecer cualquier pregunta u orden que viniera de él, pero había algo más en juego, algo que hacía que Gethin quisiera revelar todos sus secretos. Sabía sin duda que incluso si *no tuviera* que responder a Dante, lo habría hecho de todos modos. Gethin había pasado años manteniendo el dolor encerrado en su interior, evitando la vergüenza para sí mismo y para los demás —la incómoda situación de tener que hablar de sentimientos. Pero mientras miraba a los ojos de Dante, supo que Dante lo quería de él. Quería su vergüenza. Quería su dolor. Quería que Gethin se abriera y se desnudara emocionalmente, y Gethin quería dárselo. Cuando abrió la boca para hablar, el alivio inundó sus sentidos. No había pronunciado ni una palabra, pero el hecho de que estaba a punto de hacerlo le hizo sentirse abrumado por la emoción.

Cuando finalmente encontró su voz, las palabras que salieron fueron poco más que un susurro. Eran tan suaves, de hecho, tan apenas perceptibles que habría sido fácil fingir que no las había pronunciado.

—Me hizo daño —respiró, la verdad pareciendo demasiado real después de haberlo admitido por fin—. Cuando le apunté con la pistola, quería que muriera porque me había herido.

Gethin era vagamente consciente de la lágrima que rodaba por su mejilla, pero no se molestó en limpiarla.

—Entiendo eso...

—No —Gethin negó rápidamente con la cabeza—. No. Usted *no* lo entiende. No tiene ni idea de lo que se siente al ser humillado de esa manera. Las burlas, las pullas, el abuso mental era constante y había aprendido a vivir con ello a lo largo de los años. También me había acostumbrado a sus puños. Los moretones que adoraba dejar en mi cara se habían vuelto soportables. Hasta cierto punto, incluso

me había acostumbrado a lo sexual. Lo odiaba, odiaba cada segundo, pero me había acostumbrado.

Gethin miró fijamente la pared por encima de la cabeza de Dante, perdido en su confesión. Se odiaba aún más por admitir que se había acostumbrado a un acto tan despreciable —que había aceptado que ese era simplemente su destino en la vida. Pero era la verdad. Gethin había perdido la esperanza de que su vida pudiera ser diferente. Sabía que nunca podría ser feliz, que siempre estaría solo. ¿Quién le querría ahora, después de todo lo que le había pasado? ¿Cómo podría alguien mirarle con algo que no fuera asco o lástima en sus ojos?

—¿Gethin? —le instó Dante, haciéndole volver bruscamente al presente.

Cuando miró a Dante de nuevo, extrajo de él la fuerza que necesitaba para continuar.

—Me violó —. Las palabras quedaron suspendidas en el aire como un mal olor. No solo nunca había admitido eso ante nadie, sino que se dio cuenta de que nunca se lo había admitido verdaderamente a sí mismo.

Sin embargo, era poco probable que lo que le había sucedido hubiera sido un secreto. A Robert le encantaba hacer valer su autoridad y vivía para infundir miedo en la manada. Lo hacía mostrándoles de lo que era capaz.

Gethin miró a los ojos de Dante y lo dijo de nuevo, más alto que antes. —Me violó.

Para su sorpresa, Dante no se estremeció ni le miró con asco, tampoco hubo ningún signo de lástima en sus ojos.

—¿Cuándo fue la primera vez? —preguntó.

El valor de Gethin flaqueó. —No he dicho que ocurriera más de una vez.

—No hacía falta que lo dijeras.

Suspiró. ¿Qué sentido tenía detenerse ahora? Ya había superado el primer obstáculo. —Tenía quince años la primera vez —las primeras cinco veces, pero perdí la cuenta después de eso. No era algo de lo que quisiera llevar un registro. Probablemente piense que

le maté porque le odiaba, porque quería vengarme por lo que me había hecho, pero esa no es la razón.

—En realidad, no pienso eso —dijo Dante—. Pero ¿por qué no me dices por qué le mataste?

—Porque... —Gethin frunció el ceño e intentó ordenar sus pensamientos en una frase coherente—. Porque no quería que hiciera daño a nadie más. No quería que le hiciera eso a nadie nunca más —no cuando había una forma de que yo pudiera impedirlo. Tenía que detenerle para que no causara más dolor. Eso era lo único que hacía y no habría parado, ¿sabe? Nunca. Se deleitaba con ello.

—Así que apretaste el gatillo.

Gethin asintió. —Cuando vi que sus dedos se transformaban en garras y su mano se preparaba para atacar a Liam, no pude permitírselo. Tenía que detenerle. Permanentemente. Todo sucedió tan rápido que no pensé bien lo que estaba haciendo. Tal vez si hubiera habido más tiempo, habría hecho las cosas de otra manera. No lo sé. Puede que no. Le vi a punto de hacer daño a alguien de nuevo y pensé: '*Eres el único que puede evitar que cause todo ese dolor*'. Así que, eso es todo, supongo. Es todo. Esa es la razón por la que le maté.

—Ya veo.

Gethin frunció el ceño. ¿Eso era todo? ¿Eso era todo lo que Dante tenía que decir al respecto? Gethin acababa de abrir su corazón y admitir su secreto más oscuro y profundo, y todo lo que Dante tenía que decir era '*¿Ya veo?*' Gethin suspiró. No debería haber esperado nada menos más de un lobo alfa.

—¿Qué ocurre ahora?

Dante se levantó entonces y caminó hacia la puerta. Después de abrirla, dudó antes de salir. Miró por encima del hombro, encontró la mirada de Gethin y le dio una sonrisa amable y tranquilizadora.

—Vamos, hijo —dijo, consiguiendo inyectar tanto calor en esas tres pequeñas palabras que Gethin sintió que ese calor se instalaba en su pecho. Llenó un espacio que Gethin ni siquiera se había dado cuenta de que estaba vacío—. Es hora de volver a casa.

Gethin habría respondido, pero el nudo que se había formado en su garganta le impedía pronunciar una sola palabra.

Capítulo Cuatro

Tras la impactante revelación que había conmocionado a Dewi hasta lo más profundo, apenas había fluido conversación entre ellos. Lewys había accedido a que, dadas las circunstancias, Dewi debería reunirse con Dante. Le había dicho que no se preocupara por el trabajo. Si Dante estaba de acuerdo, podría hacer la prueba en una fecha posterior. Dewi odiaba que un hombre al que nunca había conocido pudiera ser responsable de su destino, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Al menos Lewys le había ofrecido darle una segunda oportunidad. Eso era más de lo que podía haber esperado.

Dewi comprendía la necesidad de secretismo de los cambiantes, y era su propia culpa haber confrontado a Liam sin pensar bien las cosas. ¿Por qué tenía que ser tan impulsivo? No estaba seguro de si habría actuado de manera diferente si hubiera tenido más tiempo para razonar consigo mismo, pero no tenía sentido obsesionarse con lo que podría haber sido. Lo hecho, hecho estaba.

El viaje a Bryn había sido tranquilo, pero mientras avanzaban por un viejo y accidentado camino de tierra, Dewi no pudo contener sus preguntas por más tiempo.

Tomó una respiración profunda para calmarse y preguntó: —¿Puedes contarme qué le pasó a Toby?

Desde su posición en el asiento trasero del coche, Dewi pudo ver cómo se tensaban los hombros de Liam. Este apartó la mirada de la carretera y miró a Aled y, para cuando volvió a mirar a través del parabrisas, sus hombros se habían relajado.

—Colisión frontal —dijo—. Murió en el acto.

Dewi intentó tragar el nudo que tenía en la garganta, pero no consiguió deshacerse de él. Al menos Toby no había sufrido. —¿Cuándo ocurrió? ¿Cómo?

—Fue en las montañas de Bryn. Adelantó en la cima de una colina, justo en una curva, y venía un camión en dirección contraria. Él...

Liam miró de nuevo a Aled y recibió un asentimiento alentador, pero Dewi tuvo la impresión de que buscaba apoyo más que permiso para revelar algo.

—¿Él qué? —le animó Dewi.

Liam suspiró. —Por lo que tengo entendido, se dirigía a verte cuando ocurrió el accidente.

El nudo en la garganta de Dewi se hizo aún más grande mientras se volvía para mirar por la ventana. Su estómago vacío se contrajo. Había temido algo así cuando se enteró de lo sucedido, pero no había querido creer que pudiera ser cierto.

—Lo siento, Liam —logró decir con voz ahogada—. Lo siento mucho. Debes odiarme.

—No —dijo Liam en voz baja—. No te odio. Lo que le pasó a Toby fue un accidente. Tú no lo provocaste más que yo. Yo también me he culpado, Dios sabe que me he culpado, pero he llegado a aceptar que no fue culpa mía. Tampoco es tuya. Nadie tiene la culpa y la única persona con la que estoy enfadado es con Toby por ser tan estúpido como para adelantar en una curva. ¿En qué estaba pensando? —Liam negó con la cabeza y se pasó una mano por la cara—. No tiene sentido darle vueltas a eso. No lo traerá de vuelta.

Dewi aceptó que Liam no le consideraba responsable, pero el cambiante tenía que pensar que él era al menos en parte culpable de lo sucedido. Si Toby no hubiera estado de camino para ver a Dewi, quizás seguiría vivo. Mientras observaba el paisaje pasar por la ventana, permaneció callado durante el resto del viaje, perdido en pensamientos sobre lo que podría haber sido.

Liam aparcó el coche y luego cruzó la mirada con Dewi en el espejo retrovisor y le hizo un gesto con la cabeza. Era hora de conocer al alfa de la manada. Dewi salió, cerró la puerta de un golpe y luego escaneó los alrededores. El bosque bordeaba el estrecho camino de tierra que había conducido a la gran entrada abierta, y mientras esperaba a que Liam y Aled le mostraran el camino, Dewi tuvo la impresión de que alguien le observaba desde los árboles —quizás más de una persona. La enorme casa se cernía sobre ellos como una de esas viejas mansiones espeluznantes de las películas de terror que tanto le gustaba ver —casi esperaba que Drácula

apareciera en una de las ventanas. *Sí, película equivocada*, pensó Dewi. En su realidad, los lobos eran la orden del día y él estaba justo en medio de su guarida. Se estremeció e intentó contener su pánico. Toby tenía en alta estima a Dante y al resto de su manada, así que quizás Dewi estaba preocupándose por nada.

—Por aquí —Liam se dirigió hacia la casa con Aled a su lado.

Dewi dudó solo un segundo antes de seguirlos. Justo cuando llegaron a los escalones que conducían al amplio porche que rodeaba la casa, la puerta principal se abrió y un hombre alto y corpulento con pelo castaño despeinado salió.

—Hola, Bram —saludó Liam—. ¿Está Dante en casa?

Bram negó con la cabeza. —Ha ido a traer a Gethin a casa.

Aled jadeó. —¿En serio? ¿Le dejan irse?

—Eh... —Bram miró a Dewi y frunció el ceño—. Sí, le dejan. ¿Os importaría explicarme qué está pasando aquí, chicos? Sabéis que a Dante no le gusta que traigáis... *invitados* aquí.

—Está bien, Bram. Puedes decir humanos —dijo Liam—. Dewi lo sabe todo sobre nosotros.

Un gruñido bajo y gutural escapó de la garganta de Bram. —¿Que él *qué*?

Con los ojos muy abiertos, el ritmo cardíaco de Dewi se aceleró. Dio un paso atrás justo cuando una mujer apareció en la puerta detrás de Bram. Ella puso las manos en las caderas y fulminó con la mirada al hombre enorme, y parecía hablar en serio. Dewi no querría meterse con ella.

—¡Oye! —le reprendió—. ¡Deja de gruñir a la gente! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Pareces un cavernícola.

Bram se estremeció. —Lo siento. La fuerza de la costumbre.

—Chicos, ¿por qué no entráis a esperar a Dante? —dijo la mujer —. Pondré la tetera al fuego.

—Gracias, Mary —respondió Liam. Él y Aled subieron los escalones, pero Dewi se quedó donde estaba, vigilando atentamente a Bram.

—Está bien, cariño —le tranquilizó Mary—. No te preocupes por ese zoquete que tengo por compañero. Su ladrido es mucho peor que su mordisco.

Dewi asintió con dudas y comenzó a subir.

—Eso es, buen chico —dijo ella, haciéndole señas.

Mientras pasaba junto a Bram, el cambiante murmuró: —Yo no *ladro*, los perros ladran, maldita sea, no los lobos.

A pesar de su ansiedad y miedo, Dewi no pudo evitar sonreír ante el tono descontento de Bram.

Mary les condujo a un amplio salón lleno de grandes y cómodos muebles. Era un lugar acogedor con ventanas de doble orientación que ofrecían vistas de largo alcance del campo circundante. La entrada delantera era apenas visible a través de una ventana lateral, pero justo enfrente, la vista de las montañas cubiertas de bosque era espectacular.

Mary debió de captar la expresión de asombro de Dewi porque dijo: —Es impresionante, ¿verdad?

Dewi asintió. Estaba a punto de responder cuando Bram asomó la cabeza por la puerta y anunció: —Dante ha llegado.

El estómago de Dewi dio un vuelco. Todo lo que Toby le había contado sobre Dante había sido bueno, pero él era de la manada. ¿Cómo trataría el alfa a un forastero? Dewi no solo era un extraño, era un extraño *humano*, y uno que conocía su secreto. No le gustaban sus posibilidades de salir de la casa de una pieza. Su único consuelo —aunque no fuera gran cosa— era que si desaparecía, nadie lo lamentaría ni siquiera lo echaría de menos. Aparte de su breve relación con Toby, había estado solo desde que su madre falleció.

—¿Té o café? —preguntó Mary mientras se dirigía hacia la puerta.

Pensó en pedir un chupito de whisky para calmar sus nervios, pero no creía que Mary apreciara una petición de alcohol tan temprano. —Agua está bien, gracias.

Ella asintió. —Ponte cómodo.

Dewi tomó asiento en uno de los sofás y justo cuando comenzó a golpetear impacientemente con los dedos sobre su muslo, oyó voces en el pasillo. Cerró las manos en puños y observó la puerta, con el corazón acelerado. No estaba seguro de dónde venía ese extraño

pensamiento, pero tenía la clara impresión de que este encuentro estaba a punto de cambiar su vida.

Cuando la puerta se abrió, Dewi contuvo la respiración. Sus ojos se ensancharon y su boca quedó abierta cuando vio al gigante que entró con paso seguro en la habitación. Pero Dewi no tuvo tiempo de echar más que un vistazo superficial al hombre que suponía era Dante, porque alguien más entró tras él —el hombre más increíble y asombrosamente guapo que Dewi jamás había visto. Era alto y musculoso, con un rico cabello castaño que le caía parcialmente sobre el rostro. Pero su expresión era sombría. Cuando sus miradas se cruzaron, la tristeza, la desesperación y la desesperanza que brillaban en sus ojos, rompieron el corazón de Dewi una vez más.

* * * *

Desorientado, Gethin se tambaleó como si la tierra se hubiera detenido de golpe y no supiera dónde estaba arriba. No podía creer lo que sus sentidos le decían —no quería creerlo. Había captado el aroma del hombre tan pronto como entró en la casa y el cautivador olor se había intensificado a medida que se acercaba al salón. Estando tan cerca del hombre, oliéndolo y viéndolo con sus propios ojos, confirmaba el peor temor de Gethin. No quería creerlo, pero no podía negarlo.

Este hombre era su pareja.

Y era absolutamente magnífico.

Mucho más bajo que Gethin, era delgado y de complexión pequeña. El cabello del color de los rayos dorados del sol caía desordenadamente sobre unos expresivos ojos del tono más pálido de azul.

Era devastador en su belleza.

El dolor, la desesperación, la pena, el alivio, todo pesaba sobre los hombros de Gethin como si las emociones fueran algo físico. Sus rodillas se doblaron bajo la presión y cayó sobre ellas con fuerza. Aun así, no podía apartar la mirada de aquella visión frente a él.

—¿Gethin?

—¿Qué ocurre?

—¿Estás bien?

Oía las voces preocupadas de Dante, Aled y Liam, pero no habría podido responderles aunque lo intentara. No conseguía que los músculos de su garganta funcionaran. No conseguía que ningún músculo funcionara. No podía hacer nada más que mirar —mirar y sentir lástima por esta criatura perfecta a la que el destino había elegido emparejar con un despojo de hombre como era Gethin.

¿Por qué la vida tenía que ser siempre tan injusta?

Cuando aquella visión frunció el ceño, Gethin quiso alisar las arrugas que se formaron en su frente, pero la idea de tocar a este hombre, de contaminar su piel perfecta con la suciedad que lo cubría hizo que el estómago de Gethin se revolviera violentamente.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre, dando unos pasos en dirección a Gethin. Extendió la mano como si pretendiera ayudarle a ponerse en pie.

Por instinto, Gethin se encogió. Giró su cuerpo y bajó la mirada. Vio por el rabillo del ojo que el hombre se había detenido en seco.

—Dewi no iba a hacerte daño —dijo Aled—. Iba a ayudarte a levantarte.

Dewi. El nombre era perfecto para él. Gethin se arriesgó a mirar de nuevo a su pareja y la expresión herida en su rostro le provocó una punzada en el pecho. Le costó respirar y necesitó un momento antes de poder responder.

—Lo sé —dijo al fin—. Lo siento.

Le costó toda su fuerza ponerse de pie, pero apenas lo consiguió. —No se me da bien que me toquen.

La confesión le sorprendió, pero de alguna manera se le había escapado sin querer. Cuando el dolor desapareció del rostro de Dewi, el alivio inundó a Gethin. Fue efímero. La lástima que reemplazó el dolor le provocó un vacío en el pecho. Ver esa mirada en el rostro de su pareja era exactamente lo que Gethin siempre había anticipado, pero era todo lo que había esperado no tener que presenciar jamás.

Le destrozó.

Cuando finalmente apartó la mirada de Dewi y se volvió para mirar a los demás, lo observaban con cuidado —como podrían haber observado una bomba de relojería— vigilando y esperando,

preguntándose cuándo explotaría. No tenían que preocuparse. Gethin era un experto en reprimir emociones.

Normalmente.

—Gethin —dijo Dante en voz baja, suavemente, usando el mismo tono que podría haber usado para no asustar a un caballo espantado —. ¿Es Dewi tu...?

No terminó la frase, pero no cabía duda de lo que Dante había querido decir. No sorprendió a Gethin que lo hubiera deducido. Estaba empezando a darse cuenta de que el alfa era un hombre perspicaz. Por un momento, Gethin pensó en negar el hecho. Habría sido mejor para todos los implicados si hubiera fingido que no era cierto, pero no podía hacerlo —las palabras no salían de su boca. Negar a su pareja sería la peor clase de traición, no solo hacia Dewi sino hacia sí mismo. Cuando asintió en respuesta a la pregunta de Dante, el alfa suspiró.

—Eso pensaba.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Dewi con tono inseguro, su mirada oscilando entre Gethin y Dante—. ¿Soy su... *qué*?

Gethin captó la mirada de Dewi y la mantuvo. —Mi pareja —dijo simplemente—. Eres mi pareja.

Todos empezaron a hablar a la vez, pero Gethin prestó poca atención a quién dijo qué. Su atención estaba puesta únicamente en Dewi —en su reacción ante la noticia. Gethin se preguntó si el humano había entendido lo que quería decir. Normalmente había una larga explicación cuando un cambiante encontraba a su pareja, pero la expresión en el rostro de Dewi confirmaba que tal explicación no era necesaria.

Dewi sabía lo que significaba el término.

Y no estaba contento de que se lo aplicaran a él.

Para nada contento.

Sacudió la cabeza y dio unos pasos hacia atrás. —No. No puede ser. De ninguna manera —Se volvió hacia Liam y preguntó—: ¿Va en serio? Está bromeando, ¿verdad?

¿Por qué su pareja le preguntaba a Liam sobre su vínculo? Los celos irracionales se enroscaron en el estómago de Gethin. Hacía

mucho tiempo que no luchaba contra sus tendencias naturales de lobo.

El dolor que cubría el rostro de Liam confundió a Gethin.

Liam suspiró. —No es algo en lo que un lobo pueda equivocarse, Dewi. Si Gethin dice que eres su pareja, lo eres. Un lobo nunca bromearía ni mentiría sobre algo tan importante.

Dewi negó con la cabeza otra vez. —No. No puedo, simplemente... no puedo lidiar con esto ahora. No puedo involucrarme con un cambiante de lobo otra vez.

¿Otra vez? Gethin intentó evitarlo, pero un gruñido bajo se escapó de su garganta de todos modos. ¿Con qué lobo había estado involucrado Dewi? ¿Seguían viéndose? Gethin empaquetó ese pensamiento y lo colocó en una caja cerrada en algún lugar en el fondo de su mente. No importaba. No podía importar. Sería mejor para Dewi estar con otra persona. ¿Qué tenía Gethin para ofrecerle sino dolor y sufrimiento? Una vida llena de miseria y angustia. No sería justo que Dewi pasara sus días con un hombre que no podía dejar de revivir su pasado. Incluso si hubiera querido una relación, Gethin no creía ser capaz de mantenerla. Sin embargo, la idea de Dewi, su Dewi, estando con otro lobo, hacía que su propia bestia aullara ante la injusticia. *¡Mío!*

—¿Por qué no tomamos todos asiento? —Dante se dirigió hacia un sillón mullido que estaba junto a dos grandes sofás—. Liam, ¿quieres contarme por qué está aquí Dewi? Supongo que vino contigo.

Liam asintió. —Acabamos de conocerlo en la peluquería del pueblo. Él es... —Liam lanzó una mirada escrutadora a Gethin antes de continuar—. Es el hombre con el que salía mi hermano cuando murió. Sabe sobre nosotros, mi hermano le contó sobre los cambiantes, así que pensé que sería mejor traerlo aquí para que se reuniera contigo. Dadas las circunstancias, supongo que el hecho de que sepa sobre nosotros es un punto discutible ahora.

Dante asintió y luego dirigió su mirada penetrante hacia Dewi. —¿Has contado a alguien sobre nosotros? —preguntó—. ¿A alguien en absoluto?

Dewi negó con la cabeza. —Lo que Toby me contó fue confidencial. Nunca le habría traicionado.

Dante lo estudió durante otro minuto, con los ojos entrecerrados. Finalmente, asintió. —Eso es suficiente para mí.

El largo suspiro de Dewi indicó que había estado preocupado por la reacción de Dante. Escuchar que Dewi había estado saliendo con el hermano de Liam y no con un cambiante que aún pudiera estar por ahí, alivió a la bestia en Gethin, aunque una pareja actual hubiera hecho las cosas más fáciles para ambos.

—Pero —continuó Dante, haciendo que la mirada de Gethin volviera al alfa—. Creo que sería buena idea que te quedaras aquí un tiempo para que puedas conocernos.

La frente de Dewi se arrugó. —¿Quedarme aquí? ¿Te refieres a vivir aquí?

—Por un corto tiempo, sí —confirmó Dante.

—¿Soy un prisionero? —preguntó Dewi.

Cuando su pareja frunció el ceño a Dante, todo el cuerpo de Gethin se tensó, listo para saltar frente a él y defenderlo de la ira del alfa a toda costa —su propia seguridad condenada. Curiosamente, Dante echó la cabeza hacia atrás y soltó una fuerte carcajada.

—Por supuesto que no —respondió—. No eres el enemigo, ¿verdad? Eres libre de ir y venir como te plazca. Solo creo que sería buena idea que pasaras algún tiempo con nosotros —conocer a la manada.

—¿Y si prefiero irme a casa? —La barbilla de Dewi sobresalía obstinadamente. Lo hacía parecer aún más atractivo de lo que ya era.

—Si esa es tu elección, la respetaré —le dijo Dante—. No te obligaré a quedarte. Pero creo que sería lo mejor para ti.

Gethin no estaba seguro de qué respuesta quería que diera Dewi. Sin embargo, la idea de que estuviera en territorio de la manada, la posibilidad de que Gethin pudiera volver a verlo pronto, hacía que su corazón latiera con fuerza.

Después de tomarse un momento para considerar la petición de Dante, Dewi suspiró. —Supongo que no haría daño quedarme aquí un par de días.

Gethin cerró los ojos. Su estómago dio un vuelco.

—Genial, entonces está todo arreglado —dijo Dante—. ¿Tienes alguna familia a la que necesites llamar? ¿Alguien con quien vivas que...?

—No hay nadie —dijo Dewi rápidamente—. No tengo familia y vivo solo.

El estómago de Gethin se contrajo. ¿Dewi no tenía a nadie? ¿Ninguna familia que se preocupara por él?

—De acuerdo —dijo Dante—. Haré que Mary te muestre la habitación sobre el garaje. Es espaciosa y está separada de la casa principal, así que también tendrás tu privacidad.

—Eh, sobre el motivo por el que Dewi estaba en la peluquería —dijo Liam.

Dante asintió. —Continúa.

—Estaba solicitando trabajo allí. Lewys había accedido a que hiciera un turno de prueba, pero lo trajimos directamente aquí, así que no pudo hacerlo.

—No hay problema, tenía pensado llamar a Lewys de todos modos. Necesito un corte. Veré si puedo reorganizarlo. ¿Te viene bien mañana, Dewi?

Dewi asintió y no fue capaz de disimular su entusiasmo. —Mañana es perfecto.

—Bien —Dante se volvió hacia Gethin—. Es luna llena dentro de un par de días, Gethin. Asegúrate de estar aquí para correr con nosotros. A ti también te vendría bien conocer a tu nueva manada.

La idea de correr de nuevo con una manada —la posibilidad de que uno de ellos pudiera ver su espalda, llenó a Gethin de ansiedad. Las burlas y el acoso que había recibido en su antigua manada seguramente volverían a comenzar, pero la petición de Dante había sonado como una orden y no podía rechazar a su alfa.

—Sí, señor. Estaré aquí —espetó.

Gethin quería hablar con Dewi sobre su vínculo de pareja, pero no había nada que decir. Era una situación desafortunada para ambos. Cuando Mary entró en la habitación llevando una bandeja llena de bebidas, fue una distracción bienvenida. Dante le dijo que

tendrían un huésped durante unos días y su cara se iluminó. Ella se puso en acción de inmediato y asignó tareas a todos.

Mientras Dewi estaba distraído, Gethin se disculpó para marcharse, pero al salir de la habitación, no pudo resistirse a girarse en dirección a su pareja. Dewi estaba en medio de una conversación con Mary, pero tenía los ojos puestos en Gethin. Deseando, no por primera vez, poder ser el tipo de cambiaformas del que una pareja pudiera sentirse orgullosa, Gethin enderezó los hombros y apretó la mandíbula. Podía hacer esto —tenía que hacerlo.

Por fuera, debía parecer la viva imagen de la calma y el control, pero por dentro su corazón se estaba haciendo añicos. No importaba. Era mejor así. Cuando Dewi soltó un suspiro y luego rompió el contacto visual, se sintió como una bofetada. Gethin no quería que su pareja le deseara, pero aceptar que no lo hacía era un tipo de tortura completamente nuevo. Había soportado muchas cosas, pero no sabía cómo sobreviviría a esto. Sintiéndose como si le hubieran arrancado el corazón del pecho, se giró y se alejó de su pareja.

Capítulo Cinco

Dewi se quitó los zapatos y se sentó en la amplia y cómoda cama. No podía recordar la última vez que había estado tan emocionado por su futuro. Su prueba en el salón había ido bien y Lewys le había ofrecido un trabajo permanente. No estaba seguro de si Dante había hablado con el dueño del salón sobre él, pero fuera cual fuese la razón de su empleo, estaba agradecido. Era exactamente lo que había estado buscando. Considerando la reacción tranquila de su jefe ante la transformación de Aled, no había sido una sorpresa que Lewys fuera un lobo como los demás. Todos los cambiantes que había conocido hasta ahora habían sido amables con él.

Dewi negó con la cabeza, sonriendo irónicamente. *Cambiantes*. ¿Cuándo se había vuelto su vida tan extraña? Se recostó contra las almohadas y cerró los ojos. La cama era mucho más cómoda que la de su apartamento. En ciertos lugares, los muelles de su viejo colchón se le clavaban en la espalda, pero no había tenido dinero para comprar uno nuevo. Ahora que tenía trabajo podría hacerlo. Demonios, podía comprar una cama completamente nueva si quería.

Abrió los ojos y miró alrededor de su alojamiento temporal. El espacio era enorme —al menos el doble de grande que su diminuto apartamento. Pero lo que realmente echaba de menos era vivir en una casa con jardín donde pudiera sentarse y disfrutar de los días cálidos y soleados. Después de que su madre falleciera, no había podido permitirse el alquiler de la casa que compartían. El ayuntamiento le había proporcionado el piso donde aún vivía, y era un lugar sombrío —una caja cuadrada sin calidez, sin corazón y sin alma. Sin embargo, lo que echaba de menos más que su antigua casa era a su madre y formar parte de una unidad familiar —la sensación del amor incondicional de una madre. Eso era lo que más había echado de menos. Los dos años que habían pasado desde que ella murió habían sido duros. Dewi había sobrevivido de alguna manera, pero había una gran diferencia entre vivir y simplemente sobrevivir.

El padre de Dewi había abandonado a su madre cuando estaba embarazada de él y nunca había regresado. Su madre hizo lo mejor que pudo para criarlo sola, pero no había tenido mucho apoyo y a menudo habían tenido dificultades económicas. Aunque ella nunca lo admitió, Dewi sospechaba que nunca superó que su padre los abandonara, porque nunca se casó con nadie más ni tuvo más hijos. Nunca mostró interés en tener citas. Sus abuelos habían muerto antes de que Dewi cumpliera quince años, así que ahora no le quedaba familia. Intentaba no dejarse abatir porque no tenía sentido compadecerse de sí mismo. Pero estaba tan solo que a veces esa soledad se sentía como un agujero en su pecho que nunca podría llenarse.

Los pocos meses que había compartido con Toby habían sido su único respiro, pero cuando pensó que Toby lo había abandonado, Dewi se había sentido más solo que nunca. La mayoría de los hombres de su edad no buscaban una relación. Se conformaban con encuentros casuales y amigos con derecho. Dewi no tenía nada en contra de ese tipo de encuentros, pero no eran suficientes para él. No aliviaban el dolor en su corazón ni llenaban el espacio vacío en su vida. Las cosas por las que había pasado lo habían envejecido y cuando conocía a hombres de su misma edad, no tenía nada en común con ellos.

«Es mi pareja».

Las palabras resonaban en la mente de Dewi aunque intentaba apartarlas. Toby le había explicado el concepto de parejas y, en ese momento, le había parecido romántico. Pero eso había sido una idea, una noción —incluso una fantasía. ¿Cómo se suponía que iba a asimilar la idea de que Gethin podría ser la única persona en el mundo hecha para él y solo para él? ¿Cómo podía tener fe en que un desconocido podría ser la otra mitad de su alma? No podía ser cierto o Gethin nunca se habría alejado.

Pensar en Gethin hacía que el pulso de Dewi se acelerara. Odiaba la reacción que había tenido hacia él porque lo último que quería o necesitaba era involucrarse con otro cambiante. Sin embargo, Gethin era el hombre más atractivo que Dewi había visto en persona. Su pelo castaño de longitud media y alborotado favorecía su rostro

fuerte y anguloso, y su cuerpo musculoso no desentonaría en un atleta de clase mundial. Sin duda era un hombre atractivo, pero cuando Dewi había mirado en sus hermosos ojos marrones, había sido como mirar en un pozo negro y sin fondo de desesperación.

A pesar de ser tan fuerte físicamente, había algo tan frágil en Gethin. Parecía de alguna manera... *roto*. Dewi no conocía la historia del cambiante, pero sabía instintivamente que Gethin había tenido una vida difícil. Había sufrido, de eso no había duda. Despertaba instintos protectores que Dewi ni siquiera sabía que poseía. Cuando Gethin había entrado en la habitación y luego caído de rodillas, Dewi no había dudado en acudir a ayudarlo a levantarse. Pero Gethin se había apartado bruscamente y ese rechazo le había dolido más de lo que debería. Al principio Dewi se había ofendido. Cuando supo que a Gethin no le gustaba que lo tocaran, el corazón de Dewi se había encogido por él. En ese momento habría hecho cualquier cosa que estuviera en su mano para quitarle el dolor a Gethin.

Un fuerte golpe arrancó a Dewi de sus pensamientos. Había estado tan distraído que no había oído a nadie subir las escaleras que conducían a su apartamento. Se levantó de la cama y fue a abrir la puerta. No había cadena de seguridad, aunque tal precaución no habría mantenido fuera a un cambiante si quisiera entrar. De todos modos, Dewi abrió la puerta una fracción de centímetro y miró por la rendija. La pareja de Dante, Rory, le sonrió ampliamente. Lo había conocido en el desayuno esa mañana y le había caído bien, al menos, lo que había podido ver de él hasta ahora.

—Hola —saludó Rory alegremente—. He venido a ver cómo te fue la prueba en el salón.

Dewi abrió completamente la puerta. No pudo evitar que una gran sonrisa se extendiera por su rostro.

—Fue bien. Lewys me ofreció el trabajo. Dijo que puedo empezar el lunes.

—¿Sí? Esas son grandes noticias. ¡Felicidades!

—Gracias —Dewi se hizo a un lado e indicó a Rory que pasara, pero el cambiante negó con la cabeza.

—No puedo quedarme. La cena está casi lista y Mary me despellejará vivo si llego tarde. Pensé que te gustaría comer con

nosotros.

Dewi se rio.

—Gracias, me encantaría.

—Solo seremos unos pocos. Tú, yo, Dante, Mary y Bram. Dante lo llama la calma antes de la tormenta.

—¿Y eso por qué? ¿Qué va a pasar?

—Luna llena mañana —explicó Rory—. Habrá docenas de lobos en la casa y los terrenos. Casi toda la manada viene aquí para correr y cazar en la noche de luna llena.

—¿Cazar? —Dewi se sobresaltó—. ¿Cazar qué?

Rory se rio.

—Conejitos —se rio con más fuerza cuando vio la expresión de desagrado en la cara de Dewi—. Sí, si me hubieras dicho hace poco más de un mes que estaría deseando ponerme peludo y correr por las montañas toda la noche cazando conejos, te habría echado de la habitación a carcajadas. Solo demuestra lo rápido que puede cambiar tu vida.

—¿Hace poco más de un mes? —Dewi frunció el ceño—. ¿No cazabas antes de eso?

—Yo era *humano* antes de eso —dijo para asombro de Dewi—. He sido un lobo cambiante exactamente durante cinco semanas y he sido pareja de Dante aproximadamente el mismo tiempo.

—¿En serio? ¿Tan recientemente? —Rory y Dante estaban tan unidos que Dewi había supuesto que llevaban años juntos—. Entonces, ¿Dante te convirtió en lobo tan pronto como os conocisteis?

—No, Dante no me transformó. Me atacó un lobo de otra manada en un parque de Maesteg. Dante luchó contra él y fue entonces cuando se dio cuenta de que somos compañeros.

—¿Atacado? —A Dewi no le gustó cómo sonaba eso. Había aceptado quedarse en territorio de la manada durante unos días, pero no se le había ocurrido que pudiera estar en peligro.

—No te preocupes —dijo Rory—. Nuestra manada estaba en guerra en ese momento. Pero Dai, el alfa de la otra manada y todos sus ejecutores están muertos ahora. Estamos bastante a salvo de amenazas.

—¿Bastante?

—Bueno, existe la posibilidad de que algunos de los lobos que eran leales a Dai se hayan unido a nuestra manada, pero no creo que supongan una gran amenaza. No iniciarían nada cuando Dante está cerca. Mira, no te preocupes por eso. No debería haber dicho nada. Estoy seguro de que estarás perfectamente a salvo aquí. Vamos, vayamos a comer. Me muero de hambre.

Dewi asintió en señal de acuerdo y siguió a Rory hasta la casa principal. Rory charlaba animadamente por el camino. Cuanto más conocía Dewi a los cambiantes, más le gustaban. Estar con todos ellos le hacía sentir que formaba parte de una comunidad. No, era más que eso, se dio cuenta. Le hacían sentir que volvía a formar parte de una familia.

Casi todos los cambiantes que había conocido habían recibido a Dewi con los brazos abiertos, todos menos uno: Gethin. Conociendo todo lo que sabía sobre compañeros, a Dewi le dolía que Gethin no quisiera saber nada de él. Cuando se conocieron, Dewi estaba disgustado por lo de Toby y la noticia de que Gethin era su compañero le había pillado desprevenido, pero ¿cuál era la excusa de Gethin? Dewi era de complexión pequeña y delgado, con poca fuerza física. Quizás no era todo lo que Gethin había esperado en un compañero. Tal vez no era suficiente. Ese pensamiento hizo que el estómago de Dewi se revolviera incómodamente y una sensación fría y hueca se instaló en su pecho. ¿Era por eso que Gethin no le quería?

* * * *

Gethin apagó el motor del coche y se quedó mirando la casa de Dante con un nudo en el estómago. Había considerado dar media vuelta al menos cinco veces durante el trayecto a Bryn, pero cada vez se había convencido de no hacerlo. Tenía que intentar librarse de correr con la manada en luna llena. Podía entender por qué Dante podría quererle allí, pero no podía arriesgarse a que un cambiante le viera sin ropa.

Los abusos de Robert habían teñido años de la vida de Gethin. Dai y un puñado de los ejecutores del alfa también le habían hecho la vida imposible, pero ahora que todos estaban muertos, Gethin

esperaba poder comenzar a llevar una vida normal... tan normal como pudiera esperar. Quería poner fin a su dolor. Estaba cansado de tener miedo. Hacía tiempo que había dejado de preocuparse por sí mismo, pero si le sucedía algo, temía por su familia.

Según su experiencia, los lobos podían ser criaturas crueles. Como animales de manada tenían una mentalidad de grupo y cuando descubrían a un cambiante más débil que ellos, se aprovechaban de él. Gethin siempre había sido fuerte físicamente, pero su debilidad era su familia. Su abuso había comenzado cuando algunos de los cambiantes de su manada habían sospechado que era gay y se lo habían contado a su nuevo alfa. No importaba que Gethin lo hubiera negado, Dai había olfateado la mentira y habían comenzado los años de tortura de Gethin.

Dai había sido ferozmente homófobo. Odiaba a los homosexuales en general, pero especialmente a los cambiantes gay. No los toleraba en su manada. Cuando Dai se enteró de lo de Gethin, se apresuró a contárselo a su beta y a sus ejecutores, y entonces fue temporada abierta contra Gethin. El desprecio de Robert hacia él había sido aún peor que el de Dai. Había sido igual de vocal sobre su odio hacia los homosexuales, pero mostraba su odio de una manera completamente diferente a su alfa. No se había limitado a usar los puños, había agredido sexualmente a Gethin como *castigo*.

Si Robert hubiera estado solo durante las agresiones, Gethin habría luchado con más fuerza, pero el beta siempre había contado con refuerzos. Los ejecutores de Dai a menudo habían echado una mano. Gethin había cometido el error de intentar defenderse demasiadas veces cuando el abuso acababa de comenzar y le habían hecho sufrir por ello. Hubo momentos en los que pensó que podría no sobrevivir a la experiencia. Un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras los viejos recuerdos comenzaban a resurgir. Había intentado apartarlos de su mente, pero sospechaba que siempre estarían ahí, al acecho, esperando para atacarle cuando menos lo esperara.

Gethin había estado convencido de que Robert era gay. ¿Por qué otra razón un hombre querría tocar íntimamente a otro, incluso con violencia? Los expertos afirmaban que los delitos sexuales tenían

que ver más con el poder que con el sexo, pero Robert siempre parecía disfrutar demasiado. El estómago de Gethin se revolvió al pensar en el abuso, pero la sensación de malestar no era solo por lo que había sucedido en el pasado, sino por lo que *podría* suceder si más cambiantes se enteraban de lo suyo. El hecho de que ahora tuviera un alfa gay era de poco consuelo. Si sus actuales compañeros de manada llegaran a ver lo que Robert le había hecho a Gethin, pensarían que era débil y el círculo de abusos seguro que volvería a comenzar.

¿Y si su compañero se enterara? ¿Qué pensaría Dewi de él? ¿Le compadecería o se sentiría asqueado? Quizás ambas cosas. Los pasos de Gethin vacilaron mientras se acercaba a la casa. Su respiración se aceleró y el pánico se apoderó de él. Le envolvía como una espesa niebla, abriéndose paso en su pecho y envolviéndole los pulmones, dificultándole la respiración. Tomó unas cuantas bocanadas de aire e intentó que su ritmo cardíaco se ralentizara. El ataque de pánico era una experiencia nueva, y desde luego no bienvenida.

A pesar de su deseo de hablar con Dante, Gethin casi se había convencido a sí mismo de que su compañero no tenía nada que ver con su visita a la casa del alfa. Pero no había pensado en otra cosa desde que conoció a Dewi el día anterior.

Mientras se acercaba a la casa, Gethin pensó en lo que le diría a su compañero cuando volvieran a encontrarse. Le había soltado una bomba enorme a Dewi y luego se había alejado de él a la primera oportunidad. ¿Qué debía pensar Dewi de él? Había quedado claro que entendía lo de los compañeros y aunque había dicho que no quería volver a involucrarse con un cambiante, debió de dolerle ser rechazado. La vergüenza calentó el rostro de Gethin. Se odiaba a sí mismo por la forma en que había tratado a Dewi, pero se había sentido abrumado y no había sabido qué decir o hacer. Además, no es que pudieran estar juntos como compañeros normales. Nunca podría pasar nada entre ellos. Gethin nunca sería lo suficientemente bueno para Dewi.

Gethin se detuvo frente a la puerta, con la mano levantada para llamar. Cerró los ojos y libró una batalla interna. Necesitaba darse la

vuelta y volver a su coche. Necesitaba alejarse y no volver nunca. Podía llamar a Dante por lo de la luna llena. No necesitaba verle cara a cara. Pero la atracción por volver a ver a Dewi era casi imposible de resistir. Un rastro tenue de su olor permanecía en el aire y mientras Gethin lo inhalaba, un gemido de agonía se escapó de su garganta.

Llamó a la puerta.

En los pocos segundos que tardó en aparecer la cara de Bram en el cristal, Gethin luchó contra el impulso de salir corriendo. La sonrisa de Bram era cálida y acogedora mientras abría la puerta y le hacía señas a Gethin para que entrara.

—Hola. ¿Está Dante? Necesito hablar con él.

Bram asintió.

—Espero que no hayas cenado todavía porque Mary ha preparado comida suficiente para alimentar a toda la manada y está a punto de servir. Estamos en el comedor.

Gethin negó con la cabeza. Lo último que necesitaba era quedarse a cenar. —No, está bien, de verdad. Solo quiero hablar con Dante.

Bram se encogió de hombros. —Dante acaba de sentarse a comer, así que puedes esperarle o unirte a nosotros.

Gethin abrió la boca para decir que esperaría, pero Bram no le dio la oportunidad de responder. Desapareció por una puerta al final del pasillo.

Mierda.

Gethin tragó su desesperación y siguió los pasos de Bram. Había pasado la hora antes de salir de casa intentando calmar a su madre después de otro episodio. Cada día estaba más preocupado por ella. Estaba empeorando y no había una maldita cosa que Gethin pudiera hacer al respecto. Antes, mientras ella gritaba y vociferaba, Gethin había pensado en aceptar la oferta de ayuda de Dante. Odiaba no poder cuidar de ella por sí mismo, pero se estaba volviendo cada vez más difícil.

Si hubiera estado solo en la casa, Gethin probablemente no habría considerado la idea, pero tenía que pensar en su hermana. Le preocupaba el efecto psicológico que estaba teniendo en ella.

Habiendo cumplido recién quince años, era impresionable. Pero más aún, le preocupaba su seguridad. Dos veces, su madre había atacado cuando Katrina estaba en la habitación. Si hubiera estado más cerca...

Gethin apartó sus problemas a un rincón de su mente mientras avanzaba por el pasillo. Se detuvo frente a la puerta del comedor y tomó unas cuantas respiraciones para calmarse, pero no tuvieron el efecto deseado. El aroma de Dewi era más fuerte allí y le atormentaba con la promesa de cosas que nunca podría tener. Cuando entró en la habitación, la conversación se detuvo y todas las miradas se dirigieron hacia él.

Incluida la de su pareja.

A Gethin se le cortó la respiración y mientras miraba a Dewi, su mente quedó en blanco. Ni siquiera podía recordar la razón por la que había venido a casa de Dante. ¿Qué quería de nuevo?

—Hola, yo um...

—Gethin —Dante se puso de pie y señaló una silla vacía, una silla que estaba justo al lado de la de Dewi—. Qué amable por tu parte unirte a nosotros. Por favor, siéntate.

Aunque Dante no lo hubiera pretendido, el «*siéntate*» sonó como una orden. Gethin no tuvo más remedio que rodear la mesa y tomar asiento. Se quedó paralizado cuando el aroma de Dewi le golpeó con toda su fuerza. Contuvo la respiración, pero fue inútil. Ahora que estaba grabado en su memoria, no tenía esperanza de bloquearlo. Esta era la mayor cercanía que había tenido con su pareja y era casi insoportable. Apretó los dientes y se aferró a los brazos de la silla en un esfuerzo por mantener sus manos ocupadas. Estaba aterrorizado de que pudiera extender la mano y tocar a Dewi. ¿Qué clase de bicho raro parecería? Sus ojos amenazaban con transformarse en su forma de lobo y sus incisivos le escocían en las encías. Su lobo aullaba por ser liberado.

Tomó otra respiración y el glorioso aroma inundó sus sentidos. En lugar de luchar contra él, Gethin dejó que le envolviera. Se excitó instantáneamente. Cuando pensó en tocar la piel suave y pálida de Dewi, en quitarle la ropa y cubrir su cuerpo desnudo con el suyo propio, Gethin se odió a sí mismo, de hecho, se despreciaba. Se

sentía como un pervertido sucio que veía a Dewi como nada más que un objeto sexual. ¿Era así como Robert le había visto a *él*? Gethin se reprendió mentalmente por tener la audacia de pensar en el nombre de ese imbécil en compañía de Dewi. Desafortunadamente, el cambiante nunca estaba lejos de sus pensamientos, incluso ahora que estaba muerto. Le perseguía en sus horas de vigilia y más aún en sus sueños.

No había alivio para su miseria.

Ni fin.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Dante.

—Ella está... —Gethin suspiró. Estaba a punto de decir «*bien*», pero la mentira no salió de su boca—. No ha tenido un buen día hoy. Ha estado más difícil de lo habitual.

Dante le dio una sonrisa alentadora. —Estoy orgulloso de ti por cuidarla como lo haces. No puede ser fácil. Mi oferta de ayuda sigue en pie, si la necesitas.

—Gracias, Alfa. Lo aprecio.

Gethin nunca lo habría admitido, pero oír a Dante decir que estaba orgulloso de él provocó un extraño aleteo en su estómago. Hacía mucho tiempo que alguien no le decía eso y había olvidado lo bien que podía hacerle sentir.

Dewi le estudió atentamente. —¿Usted cuida de su madre?

—Sí.

Dewi frunció el ceño.

Gethin se agarró con más fuerza al borde de su asiento para no extender la mano y suavizar las líneas en la frente de su pareja. —¿Qué ocurre?

Dewi se sonrojó y el torrente de sangre a su rostro hizo que su aroma fuera tan fuerte que Gethin apenas podía controlarse. ¿Todos los lobos tenían una reacción tan fuerte hacia su pareja?

—No es nada realmente —dijo Dewi en voz baja—. Es solo que tenemos eso en común. Mi madre falleció hace un par de años, pero estuvo enferma durante unos años antes. Yo la cuidé a tiempo completo, así que puedo entender por lo que está pasando. No es algo fácil de hacer.

Su tono triste y melancólico hizo que el corazón de Gethin doliera. —¿Tenía una enfermedad? —preguntó.

Dewi se enderezó y echó los hombros hacia atrás como si se estuviera preparando antes de responder. —Cáncer —dijo por fin—. Bueno, leucemia en realidad. ¿Y su madre? Pensaba que los lobos no podían enfermar.

—No podemos —dijo Gethin—. Técnicamente no. Lo que le pasa a mi madre está todo en su mente, o eso dice el médico.

—¿En su mente?

Gethin asintió. —Mi padre era el beta en nuestra antigua manada. Pero cuando Dai, un nuevo cambiante, tomó el control como alfa, hizo que sus ejecutores mataran a todos los lobos que habían sido leales a nuestro antiguo alfa. Mi padre fue uno de los lobos asesinados.

—Mi madre nunca superó su pérdida. Supongo que podrías decir que el dolor la volvió loca. No es la misma persona que solía ser. Algunos días apenas la reconozco.

—Lo siento. Mi madre estaba enferma, pero seguía siendo mi madre, ¿sabe? Su personalidad no cambió. Debe ser difícil verla así.

—Sí, pero ¿qué puedo hacer? —Gethin se encogió de hombros—. Es más duro para mi hermana. Es más joven que yo. —Cuando miró a los demás, se dio cuenta de que todos le observaban en silencio. Se sintió como un espécimen de laboratorio bajo un microscopio, expuesto para que todos lo vieran. Intentó ignorarlos y se volvió hacia Dewi de nuevo.

—Siento lo de su madre. Debe haber sido horrible verla con tanto dolor y saber que no había nada que pudiera hacer para aliviar su sufrimiento.

—Sí, fue difícil, pero lo superé.

—Antes de que llegaras estábamos felicitando a Dewi por conseguir el trabajo en el salón de Lewys —dijo Rory—. ¿No es una gran noticia, Gethin?

La cabeza de Gethin giró bruscamente hacia Dante. —¿Es seguro allí?

Dewi ladeó la cabeza, con el ceño fruncido. —Es una peluquería. ¿Por qué no iba a ser seguro?

Dante le dio a Gethin lo que sospechaba era una sonrisa comprensiva. —Estará perfectamente bien allí, Gethin. Lewys es un viejo amigo mío, cuidará de Dewi.

La respuesta de Dante calmó al lobo de Gethin, pero le dejó sintiéndose avergonzado por su exagerada reacción. —Lo siento —murmuró.

Dante desestimó su disculpa con un gesto. —Es comprensible. A todos nos gusta cuidar de nuestras parejas. Me preocuparía si no estuvieras pendiente del bienestar de Dewi.

Gethin tomó aire profundamente y luego se volvió hacia Dewi, forzando una sonrisa en su rostro. —Enhorabuena por conseguir el trabajo. Espero que te vaya bien allí.

La pequeña, pero perfectamente formada sonrisa que se extendió por los labios de Dewi era tan hermosa que causó un dolor en el corazón de Gethin. Moriría feliz si fuera lo último que pudiera ver.

—Gracias. Creo que me va a gustar trabajar allí. Lewys es muy agradable.

Antes de que pudiera evitarlo, un gruñido bajo escapó de la garganta de Gethin. Sus incisivos le pincharon las encías y tuvo que concentrarse mucho para que sus ojos no cambiaran a su forma lobuna. Se horrorizó cuando los ojos de Dewi se agrandaron y este se echó hacia atrás.

—Dios, lo siento. No quería asustarte. No sé por qué he hecho eso.

El calor subió a las mejillas de Gethin. ¿Qué demonios le pasaba? Se estaba comportando como un neandertal celoso. Otra vez. Qué idiota. Tras un momento, Dewi pareció relajarse.

—Disculpa aceptada —dijo Dewi—. Pero no lo decía en ese sentido, para que lo sepas.

Gethin asintió. —Lo sé. Solo fue mi lobo reaccionando. Intentaré que no vuelva a ocurrir.

—Vaya —dijo Rory, observando su intercambio con marcado interés—. Pensaba que solo Dante se comportaba así, pero supongo que son todos los lobos. Hum.

Dante frunció el ceño a su pareja. —Yo no actúo así, ¿verdad?

Rory soltó un bufido. —No. Tú eres *mucho* peor.

Dewi se rio de la expresión dolida de Dante y Gethin se encontró inclinándose más cerca para poder escucharlo mejor.

Después de que Bram y Mary trajeran platos repletos de comida, todos permanecieron en silencio mientras comían. La cena fue una experiencia mucho más agradable de lo que Gethin había anticipado. Consiguió pasar tres platos sin volver a hacer el ridículo. Dewi se rio exactamente cuatro veces durante la cena. El sonido era tan parecido a una droga que Gethin se encontró llevando la cuenta. Cuanto más lo escuchaba, más quería oírlo. Gethin incluso había sonreído un par de veces y una vez hasta se había reído por lo bajo —algo que no había hecho en mucho tiempo. No recordaba la última vez que había tenido algo por lo que sonreír, y mucho menos reírse. La risa era algo que había olvidado hace tiempo, pero Dewi le hacía querer experimentarla de nuevo.

Hacía bastante tiempo que Gethin no estaba libre de estrés y preocupaciones, y cuanto más escuchaba la historia de Dewi, más se daba cuenta de que para él también había pasado mucho tiempo. Pero su pareja seguía brillando como un rayo de sol en el mundo de noche más oscura de Gethin. Por un momento, se olvidó de todo excepto de Dewi —su madre, su pasado, Robert, el consejo de lobos — todo se desvaneció en la inexistencia.

Solo eran tres parejas disfrutando de una cena juntos.

La realidad, sin embargo, no se mantuvo alejada por mucho tiempo. No podía. Gethin y Dewi no eran pareja y nunca lo serían. No importaba cuánto deseara Gethin que su vida fuera diferente. Él estaba manchado y protegería a su pareja de esa suciedad a cualquier precio.

Capítulo Seis

—Es una noche preciosa —dijo Dewi por decir algo.

Cuando Gethin murmuró su acuerdo, Dewi suspiró. Había intentado entablar conversación, pero Gethin no le estaba dando mucho a cambio. En realidad, no le estaba dando nada. Había estado mucho más callado desde que había hablado con Dante después de la cena. Dewi no sabía de qué habían hablado, pero fuera lo que fuese, había puesto a Gethin de muy mal humor.

A Dewi le sorprendió que Gethin hubiera accedido a acompañarle de vuelta al apartamento. Cuando se lo había pedido, era evidente que Gethin estaba a punto de negarse. Era obvio que no quería estar cerca de él, así que Dewi debía dejar de insistir. ¿Qué demonios le pasaba? Había soltado la pregunta cuando Gethin ya tenía un pie fuera de la puerta, a punto de irse a casa. Dewi no estaba preparado para despedirse de él. Quería más de Gethin. Sospechaba que nunca tendría suficiente. Había algo en Gethin que Dewi no podía resistir. ¿Era eso su vínculo de pareja actuando?

Dewi no había querido involucrarse con nadie, especialmente no con otro cambiante. Sin embargo, en algún momento durante la cena, Dewi había decidido que Gethin merecía el esfuerzo que evidentemente iba a suponer perseguirle.

Pero se le acababa el tiempo.

Dewi tenía la inquietante sensación de que si no actuaba rápidamente, podría no volver a ver a Gethin. Cuanto más tiempo había pasado con él durante la cena, más fuerte se había vuelto la atracción hacia él. Pero Gethin parecía ajeno a ello. ¿Acaso no lo sentía también?

Dewi se detuvo en la entrada del garaje y se dio la vuelta. Gethin miraba al suelo, con el ceño fruncido. Sus hombros estaban encorvados como si el mismo aire a su alrededor fuera demasiado pesado para soportarlo. Dewi no podía apartar la mirada del perfil de Gethin. Era tan guapo que hacía que el corazón de Dewi latiera de forma errática. Cuando sintió que Gethin se alejaba, un sentido de

urgencia empujó a Dewi a hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Cómo sabes que somos pareja? —preguntó.

Gethin levantó la cabeza de golpe. Al encontrarse con la mirada de Dewi, abrió la boca y dio un paso atrás. Obviamente no esperaba una pregunta así. Frunció el ceño e inmediatamente apartó la mirada.

—Es difícil de explicar.

—¿Puedes intentarlo?

Dejó escapar un largo suspiro. Todo su cuerpo se desplomó como si el peso sobre sus hombros se hiciera más pesado. Por un momento Dewi pensó que no iba a responder a la pregunta, pero luego asintió.

—En cuanto entré en casa de Dante ayer, lo supe. —Elaboró al ver la expresión confusa de Dewi—. Supe que mi pareja estaba en la casa.

Una voz de advertencia resonó en la cabeza de Dewi.

No debería continuar con esto.

Pero no tenía elección. Se sentía obligado a continuar. —¿Cómo lo supiste?

—Tu olor.

—¿Mi *olor*? ¿Por qué, a qué huele?

Gethin mantuvo su mirada mientras respondía. —A felicidad —dijo simplemente.

Dewi resopló. —Entonces debe haber algo seriamente mal con tu sentido del olfato porque ayer estaba lejos de ser feliz.

—No, eso no es lo que quiero decir. —El rostro de Gethin se nubló de inquietud y soltó un suspiro frustrado—. Te dije que era difícil de explicar.

Cerró los ojos, se inclinó hacia Dewi y luego inhaló por la nariz. Una expresión de pura agonía se extendió por su rostro.

—Cuando percibí tu olor por primera vez fue como si me hubieran inyectado una dosis de alegría y paz, y a medida que me acercaba a ti, se volvía más fuerte. Por un momento todo el dolor, toda la tristeza que vive dentro de mí dejó de existir. Sentí que mientras ese olor estuviera a mi alrededor, mientras *tú* estuvieras a

mi alrededor, siempre sería feliz. —Se encogió de hombros—. Supongo que es lo mejor que puedo explicar.

Las lágrimas se acumularon detrás de los ojos de Dewi y un nudo se formó en su garganta. —Creo que lo has explicado bastante bien. Si así es como te hago sentir, ¿por qué no quieres estar conmigo? Puedo sentir que te alejas. ¿No quieres eso? ¿No quieres ser feliz?

—No es que no quiera eso, es...

—¿Es qué?

—No soy lo suficientemente bueno para ti.

—¿Qué? —Dewi lo miró fijamente, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿De verdad Gethin creía eso? ¿Cómo podía pensar tan poco de sí mismo?

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Mereces a alguien mejor que yo. No soy bueno para ti. Lo siento, pero esa es la verdad. Estarás mejor sin mí en tu vida.

Dewi tragó la desesperación que le subió por la garganta. —¿No debería ser yo quien tomara esa decisión?

Gethin negó con la cabeza con pesar. —Por favor, no desperdicies tu tiempo pensando en mí. No lo valgo. No estoy seguro de mucho en esta vida, pero de eso, estoy seguro.

Con una última mirada de dolor, levantó la barbilla, giró sobre sus talones y se dirigió de vuelta a la casa, dejando a Dewi mirándolo fijamente, con el corazón dolorido. ¿Qué era lo que Gethin no le había contado? Tenía que estar ocultando algo. Debía haber una razón por la que creía que no era lo suficientemente bueno para Dewi. ¿Qué le había pasado para hacerle pensar así?

Puede que Gethin hubiera tenido una vida difícil, pero Dewi estaba seguro de que era una buena persona en el fondo. Si no lo fuera, no se habría preocupado tanto por herir a Dewi. ¿Cómo podía pensar que no era digno de amor o felicidad? Dewi necesitaba respuestas. No estaba seguro de si Dante le diría algo, pero alguien en la manada le contaría algo. Descubrir sobre la vida de Gethin y por lo que había pasado era la única manera en que Dewi podría entenderlo mejor. Mientras volvía a su habitación, se propuso hacer

todo lo posible por desterrar los demonios de Gethin y hacerlo feliz de nuevo.

Haría lo que fuera necesario, con gusto.

* * * *

Escudriñando en la oscuridad, Gethin examinó la zona para asegurarse de que no había nadie cerca antes de dirigirse al bosque. Una vez dentro, encontró un lugar tranquilo y escuchó unos momentos más para asegurarse de que estaba solo. Solo se desvistió cuando estuvo satisfecho de que no sería molestado. Escondió su ropa y las llaves del coche detrás de un arbusto, luego se arrodilló en la hierba helada y llamó a su lobo. El cambio a su forma de cambiante no llevó más de un minuto de principio a fin. Normalmente, a Gethin le encantaba estar en su forma de lobo. Era una distracción de la dura realidad de su vida, pero en esta luna llena no encontró consuelo en ello. Todo en lo que podía pensar era en Dewi. Gethin sacudió su pelaje y luego olfateó el aire para tratar de localizar a Dante y al resto de la manada. Con suerte, Dante estaría ocupado y Gethin podría marcharse temprano.

Después de la cena la noche anterior, le había preguntado a Dante si podía ausentarse de la carrera de la manada, pero el alfa había insistido en que asistiera. Había hablado sobre la importancia de establecer vínculos con la manada, pero Gethin no había querido escuchar. Estaba molesto y frustrado, incluso un poco asustado por lo que podría suceder si alguno de los cambiaformas veía su espalda. Como si hubiera estado leyendo la mente de Gethin, el alfa se había apresurado a ofrecer un compromiso.

—No tienes que transformarte con nosotros —había dicho Dante —. Puedes presentarte ya en tu forma de lobo. No me importa cómo llegues mientras estés allí.

Gethin había mantenido la mirada del alfa. —Así que los ancianos te contaron lo de mi espalda. —Estaba molesto porque su secreto había salido a la luz, pero también algo aliviado. Al menos Dante no estaba haciendo un drama de ello. Gethin se lo agradecía.

Dante simplemente había asentido. —Sí, me lo contaron. Soy tu alfa, Gethin. Es mi trabajo conocer todo sobre los miembros de mi

manada, especialmente cuando se trata de algo relacionado con su bienestar.

Gethin tenía que admitir que cuanto más conocía a Dante, más le caía bien. Era diez veces mejor hombre de lo que Dai había sido.

—Estaré allí —había dicho—. Lo prometo.

Y aquí estaba.

Puso su hocico en el suelo y siguió el sendero a través de los árboles. De vez en cuando escuchaba el crujido de la hierba o el chasquido de una ramita que probablemente había sido un conejo buscando comida. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para ignorar el sonido y mantenerse en el camino, aunque su lobo quería cazar. La pendiente se hizo más pronunciada, pero estaba acostumbrado al terreno. La mayor parte del bosque por el que había corrido con su antigua manada se extendía por montañas como esta. De hecho, la mayor parte del paisaje en el sur de Gales era igual. Era un país atractivo —verde y exuberante—, pero Gethin estaba tan acostumbrado a verlo que rara vez se tomaba el tiempo para apreciarlo.

No tardó mucho en captar el olor de la manada y lo siguió hasta llegar a un claro en la cima de la montaña.

Había muchos lobos presentes.

Gethin se sacudió su aprensión mientras se acercaba. Miró alrededor, curioso por saber por qué los lobos estaban reunidos en círculo. Al acercarse, se dio cuenta de que rodeaban a alguien, observando y esperando. Gethin metió su hocico entre varios lobos grandes para ver qué estaba pasando.

Dos hombres desnudos estaban arrodillados en el centro del círculo y junto a ellos se sentaba el lobo más grande que Gethin había visto jamás. Supo al instante que el lobo era Dante. Sintió a su alfa incluso antes de olerlo. Uno de los hombres desnudos levantó la cabeza y miró nerviosamente alrededor del grupo de lobos. Si Gethin hubiera estado en su forma humana, habría gemido. Era su amigo, Aled. Había estado tan absorto en sus propios problemas que había olvidado que esta luna llena sería la primera transformación de Aled en su forma de lobo. Casi se lo pierde.

Liam se arrodilló junto a su compañero, susurrándole palabras de ánimo al oído. Aled apartó la mirada de la multitud y se volvió para mirarlo. Contempló los ojos de Liam por un momento como si reuniera valor y luego dio un rápido movimiento de cabeza.

Listo.

Mientras los lobos observaban, ofreciendo silenciosamente su apoyo, Aled comenzó a transformarse. Tardó un par de minutos hasta que la transformación se completó, pero sería más rápido con la práctica. Mientras Aled se transformaba, Gethin mantuvo sus ojos en Liam. Sus emociones mezcladas se mostraban claramente en su rostro. Miedo, nerviosismo... orgullo. Cuando Aled finalmente estuvo en su forma de lobo, sacudió su pelaje y luego se sentó impaciente, empujando su hocico contra Liam, instándole a completar su propia transformación. Tan pronto como Liam se transformó, Aled se lanzó contra su costado y luego salió disparado hacia los árboles con Liam pisándole los talones.

Gethin sonrió interiormente. Por un momento salvaje y loco, se preguntó cómo sería estar aquí con su propio compañero —tener a la manada respaldándole a él y a Dewi. El pensamiento le entristeció. Nunca tendría lo que Liam y Aled tenían. Mientras agachaba la cabeza y miraba al suelo, un pequeño gemido salió de su hocico. A diferencia de la mayoría de los lobos, Gethin nunca había sido particularmente sociable, y el deseo de estar solo era más fuerte que nunca. Quería escapar —esconderse del mundo.

Se deslizó entre los lobos, abandonó la gran reunión y caminó hasta el borde de la montaña. Miró hacia abajo en dirección a la casa de Dante. Dewi estaría allí abajo ahora mismo.

Solo.

"No hay nadie", había dicho Dewi. *"No tengo familia y vivo solo."*

Un dolor atravesó el pecho de Gethin. El segundo gemido que se le escapó fue más fuerte que el primero. Gethin casi saltó de su pelaje cuando alguien chocó contra su costado. Se dio la vuelta listo para defenderse, pero cuando se encontró cara a cara con Dante, su tensión disminuyó. El alfa frotó su cabeza a lo largo del costado de Gethin, un gesto reconfortante al que Gethin no estaba acostumbrado, pero que agradeció.

"Gracias por venir", dijo Dante, usando la conexión mental que era exclusiva de los lobos alfa. *"No creo que hubieras querido perderte eso. Pero estoy seguro de que Aled y Liam entenderían si te fueras ahora para estar con tu compañero."*

Gethin giró la cabeza tan rápido que casi sufrió un latigazo. Miró fijamente al alfa, comenzó a negar con la cabeza y luego se detuvo. ¿Qué sentido tendría negar lo que quería? No sería una sorpresa para Dante que un lobo quisiera estar cerca de su compañero. El impulso de estar con Dewi se hacía cada vez más fuerte y era aún peor en su forma de lobo.

"Sé que tienes tus razones para no querer estar con Dewi, pero él es todo lo que necesitas ahora mismo. No desperdicies el tiempo que tenéis juntos. Es precioso".

Gethin no esperó a que Dante dijera nada más. Se marchó, moviéndose más rápido de lo que jamás lo había hecho. Para cuando pensó en lo que estaba haciendo, ya estaba a mitad de camino bajando la montaña. Con el corazón acelerado, empujó sus patas para trabajar más duro y cada vez que intentaba convencerse de no hacerlo, descartaba el pensamiento negativo. Todo lo que importaba era la necesidad de ver a su compañero.

No hay nadie. No tengo familia y vivo solo.

Gethin corrió más rápido.

Capítulo Siete

Por lo que debía ser la décima vez aquella noche, Dewi caminó hasta la ventana, apartó las cortinas y contempló la brillante y desproporcionadamente grande luna llena. Mientras observaba la noche, las siluetas de las montañas apenas eran visibles y se imaginó a la manada corriendo y divirtiéndose juntos. ¿Estaría Gethin con ellos? Cuando Dewi había hablado con Dante anteriormente y le preguntó por Gethin, el alfa se negó a hablar de él, lo cual era más o menos lo que Dewi esperaba. Dadas las circunstancias, no había forma de que pudiera hablar con Liam y no había querido molestar a Aled porque estaba demasiado preocupado pensando en su próxima transformación, la primera. Dewi no estaba más cerca de entender a su pareja de lo que había estado el día anterior.

Y vaya que lo echaba de menos.

Había un dolor sordo en el pecho de Dewi y una sensación vacía y hueca que no podía sacudirse. La necesidad de ver a Gethin de nuevo —de estar cerca de él— era casi insoportable. ¿Sentiría Gethin lo mismo? Dewi deseaba tener a alguien con quien hablar sobre ello, pero ¿qué habría dicho? Todos los lobos que había conocido estaban devotos a sus parejas. No imaginaba que hubiera alguno que hubiera sido rechazado como él.

Dewi se sentía más solo que nunca.

Con un largo suspiro, cerró las cortinas de nuevo y fue a tumbarse en la cama. Le habría gustado estar ahí fuera con la manada, corriendo, jugando... incluso cazando. Habría sido increíble haber visto la primera transformación de Aled. En muchos aspectos, Dewi quería convertirse él mismo en un cambiante. Nunca había considerado esa posibilidad cuando estaba con Toby, pero ahora no podía dejar de pensar en ello y preguntarse cómo se sentiría tener esa red de apoyo. La manada era como una gran familia extendida y Dewi nunca había tenido eso. Siempre se había preguntado cómo sería estar rodeado de personas que se preocuparan por él y lo cuidaran.

Tenía que ser realmente increíble.

Mientras miraba al techo, oyó un extraño ruido de arañazos. Se incorporó, encendió la lámpara de la mesita y se concentró, escuchando para oírlo de nuevo. Efectivamente, un momento después lo escuchó, más fuerte que antes, y la segunda vez fue acompañado de un suave gemido. Dewi rápidamente se levantó de la cama y corrió hacia la puerta, esperando que Gethin hubiera venido a buscarlo. Vaciló, con la mano suspendida sobre el pomo, luego sacudió la cabeza por ser tan cobarde y la abrió.

Un gran lobo leonado estaba sentado en el pequeño rellano, mirando a Dewi con grandes ojos ámbar. No sabía cómo podía estar tan seguro de la identidad del lobo, pero lo estaba.

—Gethin —lo saludó con una sonrisa.

Los ojos del lobo se iluminaron. Hizo un pequeño ruido en su garganta y un gesto que era lo más parecido a un asentimiento. El lobo se levantó, avanzó un par de pasos y luego lamió la mano de Dewi. Sin esperar invitación, entró en el apartamento y echó un buen vistazo alrededor, olfateando el suelo y los muebles. Se dirigió a la cama y saltó sobre ella. Después de que Dewi cerrara la puerta, siguió la estela del lobo y cuando llegó a la cama, Gethin ya estaba tumbado, con la cabeza apoyada en sus enormes patas. Levantó la cabeza y miró a Dewi como si esperara ver qué iba a hacer. Dewi no dudó en subirse a la cama y acostarse a su lado. Se dio la vuelta, apagó la luz y se acomodó.

—Me alegro de que hayas venido —dijo en la oscuridad—. Esperaba que lo hicieras.

El lobo gimió y luego empujó su hocico contra la mano de Dewi. Dewi interpretó el gesto como un permiso para pasar sus dedos por el pelaje de la cabeza y el cuello de Gethin, y luego los deslizó arriba y abajo por su espalda. Estuvieron en silencio durante un tiempo y mientras Dewi se quedaba felizmente dormido, Gethin se acurrucó más cerca, pegando su enorme y cálido cuerpo al costado de Dewi. En algún lugar de su mente confusa y adormilada, a Dewi se le ocurrió que nada había cambiado, pero también todo lo había hecho. No podía recordar la última vez que había estado tan contento. Tener a Gethin a su lado —incluso en su forma de lobo— era como

formar parte de una familia de nuevo, una familia que le hacía sentir seguro y protegido.

No sabía cuánto podría durar, pero elevó una silenciosa plegaria para que cuando despertara por la mañana, Gethin siguiera allí y todo no hubiera sido un loco y hermoso sueño.

Dewi se despertó con el sonido de gritos.

Se sentó de golpe y miró alrededor de la habitación en penumbra. Con la sangre latiendo en sus oídos, intentó determinar qué estaba pasando. El hombre desnudo que yacía a su lado comenzó a agitarse: sus piernas se movían bruscamente y sus manos, que estaban cerradas en puños, luchaban por liberarse de las sábanas. Todavía medio dormido, a Dewi le llevó un momento darse cuenta de que era su pareja. Gethin debía haberse transformado de nuevo en su forma humana mientras dormía. Dewi extendió la mano para despertarlo cuando Gethin empezó a gritar.

—¡No, no lo hagas! ¡Por favor, no! ¡Para! ¡Por favor! —La agitación aumentó un poco más y Dewi tuvo que apartarse para no ser golpeado.

—Shh —lo tranquilizó—. Solo es un sueño.

Gethin murmuró algo sin sentido pero no se despertó. Arrancó las sábanas de su cuerpo y cayeron al suelo.

La agitación continuó.

A medida que sus ojos se adaptaban a la luz, Dewi miró fijamente el cuerpo desnudo de Gethin. Extendió la mano para intentar sacudirlo de nuevo y entonces se quedó inmóvil, con la mano suspendida sobre la espalda de Gethin.

—¿Qué demonios...?

Retiró la mano y se acercó más, mirando fijamente la zona entre los omóplatos de Gethin e intentando que sus ojos se enfocaran en lo que tenía delante. Su estómago se contrajo dolorosamente. Apenas podía creer lo que veía. Un nudo se formó en su garganta y cuanto más miraba, más pronunciado se volvía. Trató de tragarlo mientras las lágrimas le picaban detrás de los ojos.

—¿Qué te pasó? —susurró, justo cuando la primera lágrima se deslizaba por su mejilla, seguida rápidamente por una segunda—. ¿Quién te hizo esto?

Grabada en la espalda de Gethin estaba la palabra MARICÓN. Las letras comenzaban en la parte superior de sus omóplatos y se detenían a mitad de camino entre sus costillas. La palabra había sido de alguna manera tallada en su piel y permanecía en forma de profundo y enfurecido tejido cicatricial. El resto de la espalda de Gethin también estaba cubierta de tejido cicatricial, un entramado de líneas que parecían haber sido hechas con un látigo. Dewi cerró los ojos mientras las lágrimas caían libremente por sus mejillas. Había querido entender mejor a Gethin, había querido saber qué lo hacía funcionar. Bueno, ahora lo sabía.

Y era completamente devastador.

No era de extrañar que Gethin no hubiera querido comenzar una relación. ¿Cómo podría mirar hacia el futuro cuando todavía estaba atormentado por su pasado? Dewi se restregó los ojos con el dorso de la mano justo cuando la agitación de Gethin se intensificaba. Dewi respiró hondo, puso su mano en el hombro de su pareja y lo sacudió suavemente para despertarlo.

—Gethin, despierta. Estás teniendo una pesadilla. —Habló suavemente al principio, y luego más fuerte cuando no obtuvo respuesta—. ¡Despierta! ¡Gethin, despierta!

Gethin jadeó al despertarse. Como guiado únicamente por instinto, se movió en la cama tan rápido que casi se cayó por el borde. Un gruñido bajo escapó de su garganta. Se giró y mostró los dientes.

—Estabas teniendo una pesadilla —dijo Dewi—. Estabas gritando.

Gethin frunció el ceño mientras observaba la habitación, a Dewi y después a sí mismo, probablemente preguntándose dónde estaba y por qué estaba desnudo en la cama de alguien.

—Debes de haberte transformado mientras dormías.

Gethin soltó un largo suspiro, se limpió el sudor de la cara y asintió lentamente. —A veces me pasa. Siento haberte despertado.

Dewi se encogió de hombros. —No pasa nada.

Gethin no dijo nada más, pero continuó observando a Dewi detenidamente, con la cabeza ligeramente inclinada. —Lo viste, ¿verdad? —preguntó en voz baja—. Viste mi espalda.

Aunque el nudo en su garganta lo estaba ahogando, Dewi se obligó a responder. —Sí, la vi. ¿Quién te hizo eso?

—Robert Wilkes, el beta de mi antigua manada.

La ira de Dewi se desplegó como una serpiente despertando de un profundo sueño. Creció hasta casi cegarlo. —¿Por qué no sanó? —Dewi había aprendido de Toby que los Lobos podían curarse de casi cualquier cosa.

—Sal.

Esa única palabra hizo que Dewi luchara por controlar sus náuseas. No podía ni imaginar el dolor que Gethin había soportado. Dewi extendió la mano para colocarla sobre el hombro de su compañero como consuelo, pero Gethin se apartó.

Le lanzó una mirada fulminante. —¿Cómo puedes soportar tocarme?

Dewi jadeó, sus músculos tensándose por la conmoción. —¿Qué?

—¿No ves por qué no quiero estar contigo? ¿No lo entiendes?

Las palabras dolieron y el dolor en el pecho de Dewi se intensificó. Abrió la boca para responder, pero Gethin no había terminado. —Debes saber que el hombre que me hizo esto no se detuvo ahí. Abusó de mí durante años, mental y *físicamente*. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Dewi? Me violó. Y no solo una vez. Una y otra vez.

Dewi ahogó un sollozo cuando Gethin confirmó sus peores temores, pero no rompió el contacto visual con su compañero, no lo haría. —Pero no fue tu...

—¿No fue mi culpa? ¿Eso ibas a decir? *Sí* es mi culpa. Mírame. No soy un hombre pequeño. Soy grande, incluso para un lobo, y soy fuerte. Debería haber podido detenerlo.

—No, tú...

—¡Sí! —rugió Gethin, con expresión furiosa. Sus ojos marrones se volvieron negros de furia y sus fosas nasales se dilataron. A Dewi se le ocurrió que el estallido de ira de Gethin debería haberle asustado, pero sabía que no estaba dirigida a él. Estaba enfadado consigo mismo.

—No fue tu culpa —dijo Dewi con firmeza. Pronunciaría esas palabras aunque Gethin no quisiera oírlas.

Gethin se levantó de la cama y se pasó una mano por su espeso cabello, haciendo que se erizara. Comenzó a caminar de un lado a otro, con la cara roja de rabia. —¡Debería haberlo detenido antes!

Dewi no respondió. Observó a Gethin atentamente, dejándole sacar la agresión al caminar, esperando hasta que las líneas tensas de su rostro disminuyeran. Incluso enfadado, Gethin era magnífico. Si solo *él* pudiera verlo.

Un silencio frágil envolvió la habitación. Dewi todavía estaba tratando de asimilar todo lo que Gethin le había contado. Pero era la última frase la que se repetía una y otra vez en la mente de Dewi.

'Debería haberlo detenido antes.'

—¿Qué quisiste decir con eso? —preguntó Dewi—. Dijiste que deberías haberlo detenido antes. *¿Lo* detuviste al final?

—Oh, claro que lo detuve. —La boca de Gethin se torció en una mueca fea—. Le metí una bala en la cabeza.

Los ojos de Dewi se abrieron ante esta nueva información y su cuerpo se tensó por la conmoción. Negó con la cabeza. Era demasiado, pero necesitaba oír más. —Bueno, si fue en defensa propia, no tuviste otra opción...

—No —respondió Gethin—. No fue en defensa propia. Lo maté a sangre fría. Le apunté con un arma y apreté el gatillo. Con calma. Tenía toda la intención de matarlo. ¿Ahora lo ves? ¿Ves quién soy? ¿Ves por qué deberías huir lejos de mí y seguir corriendo?

Incluso después de todo lo que había oído, la idea llenó a Dewi de desesperación. —Pero después de todo lo que te hizo, es comprensible que tú...

—No —argumentó Gethin—. No es comprensible. Lo *odiaba*, Dewi. ¿Lo entiendes? Quería que estuviera muerto y lo maté.

Dewi no sabía qué más decir. Los hechos daban vueltas en su mente, haciéndole sentir enfermo y enfadado, haciéndole querer gritar y llorar, haciéndole querer envolver a Gethin en sus brazos y no dejarlo ir nunca. Deseaba tener el poder de protegerlo, no solo de todo el mal del mundo, sino de sí mismo. Pero no sabía cómo expresar nada de eso con palabras y Gethin probablemente no habría creído nada de ello de todos modos.

—¿Lo ves? —preguntó Gethin de nuevo—. ¿Entiendes ahora? Deberías avergonzarte de mí. No deberías tener que mirarme, y mucho menos tocarme. Estoy mancillado. Estoy sucio. Soy un asesino, y no solo un asesino, sino un asesino débil. Un lobo débil que no pudo evitar ser...

—¡Basta! —gritó Dewi, con su ira despertada—. ¡No te atrevas a decir eso!

Apartó las sábanas, se levantó de la cama y caminó alrededor del borde. Se paró frente a Gethin, manteniendo su mirada.

—No quiero oírte decir eso porque no es verdad. *Nada* de eso. *No* eres débil. Eres uno de los hombres más fuertes que conozco. ¿Pasar por todo eso y salir al otro lado? Sé que yo no sería lo suficientemente fuerte para hacerlo.

—No me digas qué pensar o sentir y no me digas qué debería querer o qué debería hacer. *Quiero* mirarte y *quiero* tocarte. ¿Entiendes eso? No me avergüenzo de ti, ¡estoy orgulloso de ti!

La angustia llenó los ojos de Gethin. Negó con la cabeza y frunció el ceño como si no pudiera permitirse creer lo que Dewi había dicho. Pero Dewi había dicho cada palabra en serio. Levantó la mano y la acercó al cuello de Gethin, lentamente para no asustarlo. Gethin lo miró con cautela, pero no se alejó. La mano de Dewi estaba a unos centímetros de su hombro cuando alguien llamó a la puerta del apartamento. El alivio que inundó el rostro de Gethin fue como una bofetada para Dewi. Gethin rompió el contacto visual y fue a abrir la puerta.

—Hola, Gethin —saludó Liam. Asomó la cabeza por el marco de la puerta—. Hola, Dewi. —Liam se volvió hacia Gethin de nuevo—. Dante ha convocado una reunión de manada para sus ejecutores y ha pedido que tú estés presente.

—¿Me quiere a *mí* allí? ¿Por qué? —Cada palabra de Gethin estaba impregnada de confusión. Sin embargo, Dewi sabía poco sobre la política de las manadas, por lo que no podía entender por qué la petición era tan importante.

Liam se encogió de hombros. —No lo sé, pero eso es lo que dijo.

No era difícil ver que Gethin estaba en un estado frágil. Todo su cuerpo se hundía como si estuviera cargado con sus problemas.

Dewi no podía dejarlo salir solo. Quería apoyarlo de cualquier manera posible.

—¿Puedo ir a la reunión con él? —preguntó.

Liam asintió, con los labios fruncidos en actitud pensativa. —No veo por qué no. Dante no dijo que las parejas no pudieran asistir. Creo que Rory va a ir y yo llevaré a Aled.

* * * *

Después de que Gethin se pusiera la sudadera con capucha y los pantalones de chándal que Dewi había encontrado en un cajón, se dirigió al garaje con su pareja siguiéndole los talones. Liam ya se había adelantado. Agotado física y mentalmente, lo último que Gethin quería hacer era reunirse con Dante y sus ejecutores, pero no tenía elección. No es como si pudiera haber dicho que no a la petición de Dante.

Él y Dewi apenas habían hablado después de que Liam se marchara, pero Gethin no sabía qué más había que decir. No podía entender por qué su pareja querría estar en la misma habitación con él después de todo lo que había descubierto, y mucho menos permanecer a su lado mientras se reunía con Dante y los miembros prominentes de su manada. Parecía demasiado bueno para ser verdad que Dewi aún quisiera estar con él. Quizás la gravedad de lo que Gethin le había contado aún no había calado. Cuando lo hiciera, probablemente saldría corriendo. Un dolor agudo atravesó el pecho de Gethin al pensar en su pareja abandonándolo, pero si eso era lo que Dewi decidía hacer, Gethin no lo retendría. Tener que dejarlo ir probablemente acabaría matando a Gethin, pero le daría a su pareja cualquier cosa que quisiera. Incluso eso.

Cuando llegaron al pie de las escaleras, Dewi tomó el brazo de Gethin y lo detuvo. Incluso a través del grueso material de su sudadera, el contacto de Dewi era como una descarga eléctrica. Serpenteó por su brazo y luego corrientes de deseo se deslizaron por su columna, provocándole y tentándole. Gethin apretó los dientes y cerró las manos en puños, pero no había nada que pudiera hacer para evitar excitarse. Odiaba su maldito y traicionero cuerpo y rezó para que su pareja no lo notara.

—Creo que deberíamos hablar sobre lo de antes —dijo Dewi—. Hay cosas que quedaron sin decir.

Gethin negó con la cabeza. No quería volver a donde habían estado, especialmente antes de una reunión con la manada.

—Necesitas tiempo para procesar todo. Dejemos la conversación para más tarde, ¿vale?

Dewi frunció el ceño, pero no insistió en el tema. —De acuerdo. Si eso es lo que quieres. Pero necesito que sepas que no voy a cambiar de opinión sobre ti, sobre *nosotros*. Somos parejas, Gethin. Nos debemos a nosotros mismos darnos una oportunidad.

Gethin no podía permitirse dejarse llevar por lo que Dewi le estaba diciendo. No podía hacerse ilusiones solo para que luego se desvanecieran cuando Dewi entrara en razón y se diera cuenta de que le había tocado el billete perdedor.

—Más tarde —repitió—. Podemos hablar de ello después de la reunión.

Cuando salieron del garaje, los rezagados de la carrera de luna llena vagaban por la entrada, hablando en pequeños grupos. Gethin no se sentía cómodo entre cambiaformas ni en las mejores circunstancias, pero especialmente cuando los lobos eran desconocidos para él. Observó sus rostros al pasar, pero no reconoció a un solo cambiaformas.

Las conversaciones se apagaron cuando él y Dewi cruzaron la entrada y el repentino silencio hizo que el nerviosismo de Gethin se disparara. Su estómago se revolvió incómodamente mientras la inquietud lo carcomía. Con el instinto protector activado, atrajo a Dewi hacia su costado y, afortunadamente, Dewi no se opuso. A Gethin no le importaba su propia seguridad, pero protegería a su pareja con su último aliento. Los cambiaformas los observaban con la misma cantidad de curiosidad que usarían para mirar monos en un maldito zoológico. Pero Gethin sabía que no era Dewi quien despertaba su curiosidad. Era él. Debían haber oído rumores, pero la pregunta era qué rumores habían escuchado. ¿Sabían sobre el abuso que había sufrido o el hecho de que había matado a Robert y tenía al consejo respirándole en la nuca?

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí?

Uno de los cambiaformas se adelantó desde un pequeño grupo y miró a Gethin de arriba abajo, con la boca curvada en una mueca de desprecio, y cuando habló, su voz era fría y cruel. —Es uno de los perritos falderos de Dai.

La ira de Gethin aumentó ante la insinuación de que había trabajado para Dai, pero luchó por controlar su temperamento. Al menos la única queja del cambiaformas era que Gethin había sido miembro de la manada de Dai. Gethin contuvo su réplica. Nunca se perdonaría si Dewi resultara herido porque él era demasiado impulsivo.

—Gwyn —reprendió otro cambiaformas—. No empieces algo en la casa del Alfa Dante. Es una falta de respeto y no vale la pena el problema.

Sí, escucha a tu amigo. Gethin se preparó porque Gwyn parecía un alborotador. La manada de Dai había estado llena de lobos como él.

Gwyn sonrió con desprecio. —¿Por qué? El Alfa probablemente me agradecería por poner al pequeño *traidor* en su lugar.

Las encías de Gethin le picaban mientras sus incisivos amenazaban con alargarse. —¿Cómo me has llamado?

Gethin casi había olvidado su promesa de no involucrarse en una pelea cuando Dewi se interpuso entre ellos. Era solo un hombre pequeño, pero caminó directamente hacia Gwyn, se paró nariz con nariz frente a él y lo miró directamente a los ojos. El corazón de Gethin se saltó un par de latidos.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó Dewi—. Necesitas disculparte. Parece que has cometido un error. Mi pareja no es ningún traidor.

Una oleada de emociones poderosas recorrió a Gethin, siendo el orgullo la más predominante. Le encantaba que su pareja se preocupara lo suficiente como para defenderlo y le asombraba que Dewi creyera sin dudar que no era un traidor. Pero Gethin estaba casi tan horrorizado como orgulloso. ¿Qué demonios pensaba que estaba haciendo Dewi? No debería enfrentarse a los cambiaformas de esa manera. Era humano y podría resultar herido, o peor, *transformado*. La decisión de si un humano se convertiría en

cambiaformas o no era algo que se discutía extensamente entre una pareja unida.

Aled había sido transformado sin su consentimiento y al principio había estado horrorizado. Siempre había odiado a los lobos. Al final las cosas habían salido bien para él y Liam, pero eso era irrelevante. Dewi necesitaba ser más cuidadoso.

Cuando Gwyn gruñó, con los ojos destellando en ámbar, Gethin reaccionó rápidamente. Agarró el brazo de Dewi y lo retiró, poniéndose entre ellos.

—No le *gruñas* nunca a mi pareja —advirtió Gethin, su voz vibrando de furia. Normalmente retrocedía ante la confrontación, pero por el bien de Dewi, mantendría su posición.

Gwyn dio un paso hacia el espacio personal de Gethin y entrecerró los ojos. —Entonces no dejes que tu pareja luche tus batallas por ti. —Sonrió, pero no había humor en la expresión, solo mostraba malicia—. ¿Estás tan asustado de mí que necesitas ayuda de un *humano*?

La mecha de Gethin se encendió. El animal en él era más instinto que razón. Y su bestia quería salir. Miró a su alrededor a los cambiaformas que se habían reunido para ver el espectáculo y vio la excitación brillando en sus ojos. Para su alivio, se mantuvieron a una distancia segura. Cuando Gethin volvió a mirar a Gwyn, un gruñido desgarrador salió de sus labios y fue respondido con otro gruñido.

—No necesito ayuda de nadie —espetó Gethin—. Ni humano ni de otra clase.

Gwyn soltó una risita y se arremangó la camisa. Gethin dirigió una mirada a su compañero. Los ojos de Dewi estaban muy abiertos y se mordisqueaba el labio inferior. Gethin le envió una sonrisa tranquilizadora. Esperaba que Dewi se diera cuenta de que si decía algo más, probablemente agravaría la situación. Gethin estaba preparado para pelear, pero no quería tener que hacerlo delante de Dewi. ¿Y si de alguna manera se veía atrapado en medio?

—¿Por qué no te vas y olvidamos todo este asunto? —dijo, dándole a Gwyn la oportunidad de terminar las cosas sin violencia.

—¿Tienes miedo? —La boca de Gwyn se torció cruelmente y por un momento, Gethin se transportó varios meses atrás y no era Gwyn

quien estaba frente a él, sino Robert.

—*¿Tienes miedo?* —le había provocado Robert, acercándose—. *No sé por qué, si siempre lo disfrutas.*

Gethin había perdido la calma y arremetido contra Robert, furioso por la insinuación de que había obtenido algún tipo de placer del abuso. Una reacción probablemente era exactamente lo que Robert había esperado. Se había propuesto como misión en la vida provocar a Gethin y, normalmente, Gethin no picaba, pero a veces, la ira se acumulaba dentro de él hasta que pensaba que podría explotar si no la liberaba. Aquella vez había conseguido dar un buen puñetazo y había disfrutado del sonido crujiente que hizo la nariz de Robert cuando se encontró con su puño. Pero solo logró dar un puñetazo. Los secuaces de Robert intervinieron e inmovilizaron a Gethin, sujetándole los brazos a la espalda para que Robert pudiera buscar venganza.

Gethin apretó los puños mientras el pasado desaparecía y la realidad volvía a enfocarse, justo a tiempo para ver a Gwyn lanzarle un puñetazo con su carnoso puño. Gethin esquivó el golpe en el último minuto y contraatacó con un gancho de derecha.

Falló su objetivo por un centímetro.

Gwyn comenzó a dar vueltas, con los ojos entrecerrados pero vigilantes. Gethin hizo lo mismo. La segunda vez que Gwyn fue a por él, rugiendo con fuerza, Gethin estaba preparado. Bloqueó el puñetazo que seguramente le habría destrozado la nariz y lanzó un golpe propio que alcanzó a Gwyn en el estómago. El cambiaformas gruñó y cayó sobre una rodilla. Cuando levantó la cabeza, sus ojos habían cambiado a su forma de lobo. Su gruñido reveló afilados incisivos.

Evidentemente, el tiempo de juego había terminado.

Gwyn se levantó y cargó contra Gethin con la cabeza por delante, derribándolo al suelo. Se sentó a horcajadas sobre su pecho y Gethin se arqueó para quitárselo de encima. Rodaron, cada uno intentando ganar ventaja. Durante varios minutos más, se igualaron golpe por golpe, pero Gethin comenzaba a cansarse y Gwyn no parecía estar mucho mejor. Al igual que Gethin, respiraba pesadamente, con el pecho subiendo y bajando. El sudor corría

desde su sien. Gwyn tenía un profundo corte bajo el ojo izquierdo y Gethin podía sentir una gota de sangre deslizándose por su propia mejilla. A su alrededor, los cambiaformas los animaban, disfrutando de la pelea.

Gethin había intentado no mirar a su compañero porque estaba aterrorizado de que si veía miedo y angustia en el rostro de Dewi, sería el final del juego. Pero mientras yacía en el suelo, tratando de recuperar el aliento, no pudo resistirse a mirar en dirección a su compañero.

El dolor en los ojos de Dewi causó un eco doloroso en el pecho de Gethin. Abrió la boca para asegurarle a su compañero que estaba bien cuando Gwyn se levantó de su propia posición de descanso, más rápido de lo que Gethin hubiera creído posible. Mientras Gethin estaba distraído, Gwyn se colocó detrás de él y lo puso en una llave de estrangulamiento. La presión constrictiva alrededor de su garganta se hizo cada vez más fuerte hasta que no pudo introducir aire en sus pulmones. Su visión se volvió borrosa. Luchó contra el agarre que Gwyn tenía sobre él, pero a medida que continuaba la asfixia, Gethin se debilitaba.

Los gritos a su alrededor se hicieron más fuertes, pero las palabras eran un galimatías incomprensible para Gethin, sonidos amortiguados que tenían poco sentido. Sin embargo, por encima de los fuertes rugidos, escuchó una voz por encima de las demás.

—¡No! ¡Suéltalo! ¡Déjalo en paz! —El pánico llenaba la voz de Dewi.

La llave de estrangulamiento era tan fuerte que Gethin no podía mover la cabeza, pero logró girar la mirada hasta que vislumbró el rostro de su compañero. La expresión de puro terror en la cara de Dewi le dio a Gethin el impulso extra de energía que necesitaba para contraatacar.

Y le llegó justo a tiempo.

Justo cuando empujaba su espalda contra el estómago de Gwyn, vio las afiladas garras del cambiaformas dirigiéndose hacia su cara. Gethin los hizo rodar de modo que dieron una voltereta por el asfalto y los brazos de Gwyn se aflojaron. Gethin recuperó el control una vez más, pero estaba tan débil que no sabía cuánto tiempo podría

durar. Con las posiciones invertidas, se sentó a horcajadas sobre el pecho de Gwyn y levantó la mano, con el puño apretado en preparación para golpear. El alivio y la ira fluían a través de él con la fuerza de un río desbordado en una tormenta. Un golpe más y Gethin podría terminar con esto. La multitud a su alrededor, antes ruidosa, quedó en silencio sepulcral.

Gethin miró hacia abajo, a los ojos aterrorizados de Gwyn, y recordó cómo había sido matar a Robert. Aunque el alivio que sintió había sido abrumador, no había sentido placer alguno en el acto de matar a alguien porque él no era un monstruo como lo había sido Robert. Estaba enfadado con Gwyn, furioso incluso.

Pero no lo quería muerto.

Mientras su brazo caía a un lado, algo cambió dentro de Gethin. Fue como si algo encajara en su lugar. No era un asesino porque elegía no serlo. Se dio cuenta de que podía elegir ser lo que quisiera. Miró a Dewi y supo que tenía que elegir ser feliz. Había estado aferrándose a su miseria durante tanto tiempo que era como un viejo y querido amigo, pero ya no necesitaba aferrarse a ella. Era hora de dejarla ir. Robert estaba muerto, pero Gethin estaba vivo y era hora de empezar a vivir. Mientras miraba a los ojos de su compañero, hizo un voto silencioso de que intentaría ser el mejor hombre que pudiera ser. Tenía que dejarlo ir.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —La furiosa voz de Bram cortó el silencio mortal.

Con la poca energía que le quedaba en las extremidades, Gethin se puso de pie y luego tendió una mano para ayudar a Gwyn a levantarse. Aunque el cambiaformas lo miró con recelo, tomó su mano y la usó para impulsarse. Gethin cruzó hasta el lado de Aled, le puso un brazo alrededor del hombro y lo atrajo contra su pecho. Los brazos de Dewi lo rodearon rápidamente y se aferraron con fuerza. Una sensación de certeza inundó el sistema de Gethin mientras se abrazaban. Después de un momento, a regañadientes se apartó y luego condujo a Dewi hacia la casa. Sonrió a Bram al pasar y las cejas del beta se elevaron.

—No pasa nada —dijo Gethin—. Tuvimos un desacuerdo, eso es todo. Ya se acabó.

Bram lo estudió durante un rato y luego asintió.

—Si tú lo dices. Dante te está esperando. Será mejor que entres.

Gethin hizo un rápido gesto con la cabeza. —No le haremos esperar de nuevo.

Capítulo Ocho

Al entrar en el amplio salón, la presencia de tantos hombres enormes hizo que Dewi se sintiera ligeramente incómodo. Se acercó más a Gethin, buscando consuelo en su presencia. Para su alivio, Gethin no se apartó ni intentó poner distancia entre ellos, todo lo contrario. Deslizó su brazo alrededor de la cintura de Dewi y lo atrajo hacia sí, lo que hizo que Dewi se preguntara si no era el único que necesitaba ese apoyo.

—Alfa —saludó Gethin—. Siento el retraso.

Dante asintió, echándoles una mirada superficial mientras esperaba a que Bram cerrara la puerta.

—Gracias a todos por venir aquí con tan poca antelación —dijo Dante—. Agradezco el esfuerzo, especialmente justo después de la luna llena. Antes de empezar, tengo que hacer algunas presentaciones. A todos, me gustaría presentaros a Gethin. Recientemente se unió a nosotros desde la manada de Dai. Puede que lo hayáis visto por aquí, pero quería hacer una presentación formal. Y este es su compañero, Dewi. Acaba de empezar a trabajar en el salón de peluquería de Lewys.

Hubo un coro de saludos y un par de hombres a quienes Dewi nunca había visto antes les dieron la bienvenida a la manada.

—Gethin, Dewi —continuó Dante—, ya habéis conocido a mi compañero, Rory, y a mi beta Bram, y conocéis a Liam y Aled. La montaña de hombre que está en la esquina es Colin, uno de mis ejecutores, y estos son Justin y Rhodri, dos más. Rhodri acaba de regresar de una misión en el extranjero y la pareja de Justin ha tenido cachorros recientemente, así que no lo hemos visto mucho.

Mientras Justin murmuraba algo a Dante sobre noches sin dormir, Dewi y Gethin saludaron con la cabeza a los que conocían y estrecharon la mano a los demás.

—Vale, chicos —dijo Dante, tomando asiento en un sillón grande y de aspecto confortable—. Sentaos todos. Poneos cómodos. —Dante esperó a que todos encontraran asiento antes de continuar. La mayoría de los cambiantes se apretujaron en los grandes sofás, pero

Gethin sacó dos sillas del comedor y las colocó cerca de la ventana, frente al sillón de Dante.

—Antes de empezar con esto —dijo Dante—, ¿alguien tiene algo que quiera comentar?

Colin se aclaró la garganta.

—Eh, hay una cosa, Alfa. ¿No podrías hablar con mis hijos? Me están volviendo loco. Todo lo que oigo de ellos es que están hartos de esperar para convertirse en ejecutores. He intentado explicarles que crees que son demasiado jóvenes para empezar el entrenamiento, pero están convencidos de que soy yo quien se interpone en sus sueños.

—Se les ha metido en la cabeza que les digo que no porque tengo miedo de que resulten heridos. Estoy preocupado, claro, pero cuanto antes empiecen a entrenar, mejor, desde mi punto de vista. Quizás finalmente pueda tener algo de maldita paz.

Dante frunció el ceño.

—Vaya, lo siento, Colin. Llevo semanas queriendo hablar con ellos, pero ha sido todo tan caótico por aquí que se me ha pasado. Déjalo conmigo, hablaré con ellos. Veré si puedo llegar a un compromiso.

Una sonrisa se extendió por la cara de Colin.

—Se lo agradecería, alfa.

—¿Alguien más tiene algo que quiera plantear? —preguntó Dante.

Justin se inclinó hacia delante.

—Señor, parece haber más tensión en la manada que nunca. Sé que todavía estamos en proceso de integración con la manada de Dai, pero los ánimos están muy alterados. Están estallando peleas por todas partes. Colin y yo tuvimos que separar algunas riñas anoche. Nunca había visto una cacería de luna llena tan tensa.

Dante se masajeó la nuca y soltó un largo suspiro.

—Esa es precisamente la razón por la que os he llamado hoy. Es uno de varios asuntos que necesito hablar con vosotros, todos relacionados.

—Gethin, no sabrás esto —continuó Dante—, pero hace unas semanas, cuando luchamos contra Dai y sus hombres, Glen, uno de

los nuestros, murió. Era un buen hombre y estaba en entrenamiento para convertirse en ejecutor.

—Lamento vuestra pérdida —dijo Gethin inmediatamente.

—Yo también lo siento —murmuró Dewi.

Dante asintió.

—El caso es que, como he mencionado, estaba en entrenamiento. Como la tensión en la manada está aumentando, necesito más hombres para manejar cualquier situación que pueda surgir... más hombres de los que tengo disponibles. Me gustaría que consideraras unirte al equipo.

Algunos hombres tomaron aire bruscamente y otros hicieron murmullos de ánimo. Gethin miró a Dewi con el ceño fruncido. Abrió la boca pero no emitió ningún sonido. Miró a los otros cambiantes, con expresión desencajada. Cuando se volvió hacia Dante de nuevo, sacudió la cabeza.

—Lo siento, no entiendo —dijo, con tono inseguro—. ¿Unirme al equipo?

—Como uno de mis ejecutores. —Dante no dejó lugar a malentendidos—. La decisión es tuya, por supuesto, pero me gustaría que lo consideraras. Esa es la razón por la que te pedí que vinieras a la reunión con nosotros hoy... quería que conocieras a mis otros ejecutores y —dijo, lanzando una mirada a todos los hombres —, me gustaría saber cómo *ellos* se sienten respecto a tenerte como miembro del equipo. Tendrías que trabajar estrechamente con ellos, después de todo.

El corazón de Dewi se hinchó de orgullo por su compañero, pero era obvio que Gethin estaba teniendo dificultades para aceptar lo que Dante le estaba pidiendo. Su rostro había adoptado una expresión inexpresiva y Dewi no podía decir si estaba contento con la oferta o no.

Liam fue el primero en hablar.

—Por mí bien que Gethin se una al equipo, Alfa.

—Tiene mi voto —dijo Bram, con ojos astutos fijos en Gethin—. Por lo que he visto, el chico tiene bastante autocontrol.

Cuando cada uno de los ejecutores hubo expresado su acuerdo, Dante se volvió de nuevo hacia Gethin.

—Bien, ¿qué piensas? ¿Tienes lo que hace falta para unirte a mi equipo?

Esa era la pregunta del millón. No había duda de que Gethin tenía las habilidades necesarias y era obvio que Dante también lo pensaba o no habría preguntado, pero ¿creía *Gethin* en sí mismo?

—Gracias, Alfa —dijo por fin, con voz cargada de emoción—. Me conmueve que hayas pensado en mí... es un privilegio...

—Entonces aceptarás.

—Me sentiría honrado de aceptar, pero...

—¿Pero qué?

Gethin suspiró.

—Hay algunas cosas que me hacen... *dudar*. El consejo, por una parte. Hasta que tomen su decisión...

—Ya lo han hecho —dijo Dante.

Gethin frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Qué han dicho? ¿Van a...?

Gethin enmudeció cuando Dante levantó la mano.

—Solo he sabido de ellos hace media hora. Iba a decírtelo después de la reunión, pero supongo que ahora es tan buen momento como cualquier otro. Todos somos amigos aquí... más que eso, estos hombres son como una familia para mí... hermanos. Si y cuando te unas a nosotros, seremos lo mismo para ti y tú serás un hermano para nosotros. No guardamos secretos a nuestros hermanos, aunque lo que pasó el otro día no es un secreto.

—El consejo ha fallado a tu favor, Gethin. Creen que cuando mataste a Robert, no fue premeditado. No piensan que lo planeaste. Además, tuve una pequeña charla con los ancianos y les recordé que nuestra manada estaba en guerra con la de Dai. Si tienen en cuenta la traición de Robert, entonces tu acción de matarlo podría considerarse técnicamente un acto de guerra.

A Gethin se le cayó la mandíbula. —¿Entonces qué significa todo eso?

Dante sonrió. —Eres un hombre libre. No van a llevarlo más lejos, así que no habrá ningún castigo. Estás fuera de peligro. Enhorabuena.

Una profunda sensación de alivio invadió a Dewi. Su felicidad se desbordó mientras estiraba el brazo y tomaba la mano de Gethin, apretándola suavemente. —Enhorabuena —dijo—. Me alegro mucho por ti.

La respuesta de Gethin quedó ahogada por el sonido de todos hablando a la vez. Los cambiaformas se pusieron de pie y se acercaron para felicitar a Gethin. Algunos le daban palmadas en el hombro y otros le estrechaban la mano. Gethin parecía abrumado por toda la atención, pero genuinamente feliz por el veredicto del consejo, sin duda. Dewi nunca había visto sonreír tanto a su compañero. Dante fue el último en ponerse de pie. Mientras cruzaba la habitación, Gethin se levantó. El alfa extendió la mano, tomó la de Gethin y la estrechó con firmeza.

—Me alegro por ti, Gethin, pero tenía fe en que todo saldría bien al final.

—Gracias, alfa. Por todo.

Dante se encogió de hombros. —No hice nada más de lo que habría hecho por *cualquier* miembro de mi manada. ¿Qué me dices? ¿Vas a unirte a mi equipo de ejecutores?

La sonrisa en los labios de Gethin se desvaneció. —No creo que deba unirme hasta...

Dante frunció el ceño. —¿Hasta qué?

Gethin respiró profundamente y luego miró a Dewi como si buscara apoyo en él. Manteniendo la mirada de Dewi, Gethin se bajó la cremallera de la sudadera gris que llevaba. Dewi jadeó.

—No tienes que hacer eso, Gethin —dijo Dante.

—Dijiste que no hubiera secretos, ¿verdad? —Gethin se quitó la sudadera, respiró hondo de nuevo y luego dio la espalda a la sala. Se produjo una inhalación colectiva.

—Dios mío.

—¿Qué coño?

—¿Quién demonios?

—¿Quién te hizo eso? —preguntó Bram.

Gethin se giró para encontrarse con su mirada. —Robert Wilkes.

Bram asintió. —Entonces me alegro de que el cabrón esté muerto o habría disfrutado metiéndolo bajo tierra.

—Yo te habría cavado su tumba —dijo Colin.

Justin maldijo entre dientes. —Tú y yo ambos.

—Me alegro de que ese gilipollas esté muerto —dijo Liam.

Se oyeron murmullos de «Aquí, aquí».

Gethin frunció el ceño. Parecía sorprendido por el apoyo de los cambiaformas en la habitación. —¿Esto —dijo, señalando sobre su hombro—. ¿Esto no os molesta?

—¿Molestarnos? —retumbó Rhodri—. ¿Por qué diablos nos molestaría? Me hace hervir la sangre, claro, pero solo porque quiero despellejar vivo a ese hijo de puta. No he estado por aquí últimamente —se pasó una mano por la cabeza afeitada—. Pero tengo entendido que está muerto y que tú lo mataste, ¿no?

Cuando Gethin asintió, Rhodri dijo: —Entonces me alegro de que pudieras hacerlo. Cualquiera de nosotros te habría ayudado a acabar con él, pero tenías que ser tú y me alegro de que fuera así.

Gethin parecía aún más confundido. —¿No pensáis menos de mí por esto? ¿No creéis que soy débil por ello?

Bram dio un paso adelante. —Se necesita valor para mostrarnos lo que ese cabrón te hizo, hijo... tienes agallas. Yo diría que eso te hace fuerte. Nadie en esta manada pensaría menos de ti por eso y si lo hicieran, tendrían que vérselas conmigo.

—Y conmigo —dijo Liam.

—Y conmigo.

—Conmigo también.

—Te cubrimos las espaldas.

—Por supuesto que sí.

Cuando Gethin miró de nuevo a Dewi, había algo parecido a la esperanza en sus ojos. —No sé qué decir —susurró.

—Di que te entrenarás para ser un ejecutor y lucharás junto a nosotros —dijo Dante—. Como nuestro hermano.

Gethin asintió y luego enderezó los hombros. Con voz firme, dijo: —Me sentiría orgulloso de ser tu hermano, alfa. Me sentiría orgulloso de ser el hermano de cualquiera de vosotros.

Dewi luchó contra las lágrimas que amenazaban con caer y mientras el orgullo, la felicidad y la esperanza llenaban su corazón, pensó que podría estallar de alegría.

* * * *

—¿Estás seguro de que estás preparado para esto?

Gethin aparcó junto a la fuente frente a su casa y luego contempló el gran edificio georgiano a través del parabrisas del coche. No había planeado pedirle a Dewi que conociera a su madre y a su hermana, pero la pregunta había salido de su boca antes de que tuviera tiempo de pensarlo bien. Siempre había sido una persona reservada. Aparte de pedir ayuda a Dante cuando el consejo lo arrestó, nunca había llevado a nadie a casa para que conociera a su familia. Las relaciones no le habían interesado. Puede que Gethin no hubiera querido un compañero, pero ahora que había encontrado a Dewi, no podía negarlo más que cortarse un brazo.

Los acontecimientos recientes habían pasado factura, pero sin ellos, nada en la vida de Gethin habría cambiado. Le gustaba la persona en la que se estaba convirtiendo. Era más fuerte y más seguro de sí mismo que nunca. Sin duda, tenía un largo camino por recorrer, pero estaba listo para sanar. Quería ser el tipo de hombre al que un compañero pudiera admirar. Quería que Dewi se sintiera orgulloso de él tanto como él quería sentirse orgulloso de sí mismo.

Dewi miró la gran mansión, con los ojos muy abiertos y sin parpadear. Tragó saliva de forma audible y luego se frotó las manos en los vaqueros.

—No me di cuenta de que eras rico —dijo, mirando su ropa—. Deberías habérmelo dicho. Me habría puesto algo más elegante para conocer a tu familia.

El instinto protector de Gethin salió a la superficie. El tono tranquilo y nervioso en la voz de Dewi le hizo apresurarse a tranquilizar a su compañero. —Sinceramente, no se me ocurrió decírtelo. Además, no había necesidad de que te cambiaras de ropa. Estás genial tal como estás.

Estar tan cerca de Dewi durante el viaje había producido emociones intensas cuya fuerza Gethin nunca había experimentado. La excitación se había apoderado de sus sentidos, poniéndole duro y dolorido. Toda su fuerza de voluntad se había concentrado en intentar mantener las malditas manos en el volante y no sobre su compañero.

—Gracias —murmuró Dewi—. Pero... —Frunció el ceño y se mordió el labio inferior.

—¿Qué sucede?

—¿Qué van a pensar de mí? Solo soy un peluquero —miró por la ventana y dejó escapar un largo suspiro—. Nunca he estado en una casa de este tamaño, y mucho menos vivido en una. ¿Y si la fastidio o digo algo que no debo? No quiero parecer estúpido ni dejarte en mal lugar.

Gethin apagó el motor, se inclinó sobre los asientos y colocó su mano bajo la barbilla de Dewi. La levantó de manera que Dewi no tuviera más remedio que alzar la mirada y encontrarse con la suya.

—No quiero volver a oírte hablar así. No quiero que pienses nunca que no eres lo suficientemente bueno para mí, o rico, o inteligente. Eres suficiente. Tal y como eres, y soy muy afortunado de tenerte como pareja. ¿Sabes que eres todo lo que siempre he querido?

Dewi negó con la cabeza. —No lo...

—Sí —interrumpió Gethin—. Lo eres. Cuando era más joven solía imaginar cómo sería mi pareja. Elegí su color de pelo y de ojos, su complexión. Incluso imaginé su temperamento, como si estuviera haciendo un pedido de un maldito catálogo. Te pedí a ti y te conseguí, Dewi.

Gethin deslizó su mano por la nuca de Dewi y dejó que el pelo sedoso se deslizara entre sus dedos. Sonrió cuando Dewi se estremeció, pero cuando los ojos de su pareja se entornaron, la erección de Gethin se hizo aún más evidente. Intentó que su erección desapareciera mientras observaba los rasgos de Dewi.

—Tu precioso pelo rubio y esos impresionantes ojos azules. Tu cuerpo atlético y esbelto.

Dewi resopló, pero Gethin no se dejó disuadir. —Esa sonrisa tan sexy que hace que tus ojos bailen y que yo tiemble. Eres perfecto. En todos los sentidos. ¿Y tu corazón? Vaya, ni en mis sueños podría haber imaginado a alguien tan amable, gentil y cariñoso como tú.

—Eres el hombre que esperaba todos esos años atrás. Dios, si alguien aquí no es digno, soy yo. Es un honor que me aceptes, que

todavía me quieras como pareja incluso después de conocer mi pasado.

Dewi apartó la mano de Gethin de detrás de su cabeza y la llevó a sus labios. Depositó un pequeño beso en la palma y un escalofrío recorrió la columna de Gethin.

—Eres digno —susurró Dewi—. Por supuesto que te acepto. No has hecho nada malo y mereces ser feliz tanto como cualquiera. Gracias por todo lo que has dicho. Significa el mundo para mí.

Los labios de Gethin se estiraron en una sonrisa, pero cuando miró de nuevo hacia su casa, la sonrisa se desvaneció. —Mira, no esperes demasiado de mi madre, ¿de acuerdo? Perder a mi padre fue demasiado para ella, no está...

Cuando la mano de Dewi se posó en su rodilla, Gethin perdió el hilo de sus pensamientos. Una chispa de electricidad subió por su pierna y fue directamente a su entrepierna. Intentó ignorarla. Fracasó.

—No tienes que advertirme sobre ella ni disculparte por su comportamiento. Lo entiendo, de verdad. Todo va a salir bien.

Mientras miraba fijamente a los hermosos ojos azules de Dewi, era fácil creer que todo *iría* bien. Todos los problemas de Gethin se desvanecían cuando su pareja estaba cerca y las cosas malas que le habían ocurrido se convertían en un recuerdo lejano y difuso. Un cálido resplandor emanaba de su pecho. Su corazón se volvía más ligero y se llenaba de una sensación de paz y rectitud. El destino había hecho bien su trabajo. Dewi era perfecto para él.

De alguna manera, hacía que todo pareciera mejor.

Guiado únicamente por el instinto, Gethin se inclinó sobre los asientos, tomó el rostro de Dewi entre sus manos y lo besó. En el instante en que sus suaves labios se encontraron y cedieron, Gethin supo que nada volvería a ser lo mismo. ¿Cómo podría serlo? Su corazón, su alma —demonios, todo su mundo— ahora giraba en torno a este hombre perfecto y no podría haber estado más feliz por ello. Dewi jadeó y un gemido de respuesta retumbó en la garganta de Gethin. Su pareja le devolvió el beso sin dudarlo, presionando sus labios con más fuerza. Gethin siguió su ejemplo y cuando Dewi pasó los dedos por su pelo, el estremecimiento de anhelo que recorrió la

columna de Gethin le hizo gritar de sorpresa. El placer de ese simple contacto era una mezcla de cielo e infierno. No se había dado cuenta de que podría obtener tanto deleite solo de un beso. La lengua de Dewi presionó la comisura de sus labios y cuando se deslizó dentro de su boca, todo acabó.

Gethin no podría haber deseado un primer beso más perfecto.

Los sentimientos que el beso despertó en él eran demasiado complejos para descifrarlos. Euforia mezclada con terror. Sus emociones en conflicto le hacían querer aferrarse a Dewi y al mismo tiempo huir lejos de él, pero irse seguramente le habría matado. Nunca podría alejarse de su pareja ahora. Eran un pack indivisible, pasara lo que pasara.

Pasión, necesidad, amor y lujuria se combinaron para formar un torrente de emociones tan fuerte que Gethin no creía que su cuerpo pudiera contenerlas. A medida que el beso continuaba, la euforia que experimentaba estallaba por cada uno de sus poros. En su interior, su lobo aullaba de alegría. Lo único que podría haber hecho más feliz a su bestia era que Gethin reclamara a su pareja con un mordisco. La idea de yacer con Dewi, de ser íntimo con él, de morder su suave piel provocó una oleada de temor combinada con un profundo anhelo primario. Gethin lo deseaba tanto que podía *sentir* cómo sería cuando finalmente lo consiguiera, pero ¿querría Dewi ser reclamado de esa manera? ¿Querría reclamar a Gethin como suyo? Nada era seguro, pero la esperanza se hinchó en el pecho de Gethin de todos modos.

El beso continuó y continuó. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, Gethin dejó que Dewi tomara la iniciativa y se perdió en la emoción del momento. La cálida y húmeda caverna de la boca de Dewi y el deslizamiento de sus lenguas, moviéndose juntas en una danza rítmica, era diferente a todo lo que Gethin había experimentado. Estaba aterrado de poder avergonzarse si no paraban. Su orgasmo estaba demasiado cerca para su tranquilidad.

Aunque todo su ser estaba lleno de deseo por Dewi, Gethin se apartó bruscamente. La piel de su pareja, normalmente pálida, estaba sonrojada con un atractivo tono rosado y su pecho subía y bajaba, con una respiración tan acelerada como la del propio Gethin.

La mirada aturdida en sus ojos duró solo un momento antes de que la confusión se apoderara de él.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que entremos —el tono profundo y ronco de la voz de Gethin le sorprendió—. Necesito ver cómo está mi madre.

—Oh, claro. Lo siento. Olvidé dónde estábamos.

—No te disculpes. No por un beso así. Me gusta que te pierdas en mí.

Cuando el rubor en las mejillas de Dewi se intensificó, Gethin sintió una oleada de excitación en su estómago. Salió del coche antes de agarrar a su pareja y volver justo donde lo habían dejado. Tuvo cuidado de no hacer contacto visual mientras se dirigía hacia la casa porque no quería que Dewi viera lo afectado que estaba por el beso —cómo algo tan simple lo había significado todo para él.

Como nunca se podía prever cuál sería el estado de ánimo de su madre de un día para otro, los nervios se apoderaron de Gethin al acercarse a la puerta principal. No estaba seguro de cómo reaccionaría cuando le dijera que había encontrado a su pareja. Dewi le había dicho que comprendía la situación con la madre de Gethin, pero aún no la había conocido. Ella podía ser dulce y feliz un minuto y cruel y enfadada al siguiente. Y si daba la casualidad de que estaba teniendo uno de sus días «malos»...

Decidido a dejar los «y si» en la puerta, Gethin enderezó los hombros, forzó una sonrisa en sus labios e intentó pensar positivamente mientras dejaba entrar a su nueva pareja en la casa de su infancia. Al final del pasillo estaba el salón formal. Gethin no pasaba tiempo en esa habitación, pero su madre pasaba allí la mayor parte del día. Tomando una respiración calmante, Gethin se preparó y luego llamó suavemente. Empujó la puerta para abrirla.

—¿Mamá? —susurró.

Miranda, la amiga más cercana de su madre, estaba sentada en la silla junto a ella. Se levantó cuando Gethin entró y lo saludó con una amplia sonrisa. Era la única persona en quien confiaba regularmente para cuidar de su madre. Había estado allí para todos ellos después de que el padre de Gethin falleciera y había sido testigo del deterioro de la salud mental de su madre. Siempre se

ofrecía rápidamente a ayudar, pero a Gethin no le gustaba abusar de ella demasiado a menudo, aunque ella insistía en que tenía tiempo de sobra desde que su hija había comenzado la universidad.

—Está echando una siesta —le informó Miranda, manteniendo la voz baja—. Comimos temprano y luego dimos un paseo por el jardín. La dejó agotada.

Gethin asintió. —Gracias por quedarte con ella durante la luna llena.

Miranda desestimó el agradecimiento con un gesto. —No hay nada que agradecer. Nos divertimos. Corrimos por los terrenos. Tu madre cazó un conejo.

—¿Sí? Eso es genial. —Con el pecho hinchado de orgullo, Gethin hizo pasar a Dewi—. Miranda, este es mi pareja, Dewi. Dewi, me gustaría presentarte a Miranda, una buena amiga nuestra.

Al principio, los ojos de Miranda se abrieron de sorpresa, pero luego una sonrisa genuinamente cálida se extendió por sus labios.

—¿Tu pareja? ¡Qué maravilla! Me alegro mucho por vosotros.

Ella echó los brazos alrededor de los hombros de Gethin. Él se sobresaltó. Todo su cuerpo se puso rígido, pero luchó contra el impulso de apartarla. —Gracias.

Ella rompió el contacto y luego abrazó a Dewi tan fuerte que él soltó un chillido de sorpresa. —Enhorabuena.

Dewi se encontró con la mirada de Gethin por encima del hombro de ella. Su sonrisa era deslumbrante y el brillo en sus ojos hizo que el ritmo cardíaco de Gethin se acelerara. La vitalidad de su pareja era fascinante y cuanto más tiempo pasaba Gethin en su compañía, más fuerte se volvía el vínculo entre ellos.

—Gracias —dijo Dewi cuando se separaron.

—¿Gethin?

La rara sonrisa que adornaba los labios de Gethin se desvaneció cuando vio la expresión confundida de su madre.

—¿Tu pareja? —preguntó ella, arqueando una de sus delicadas cejas.

Gethin asintió. Su madre nunca había tenido problemas con el hecho de que fuera gay, pero sus recientes cambios de humor lo hacían recelar de su reacción. —Sí, Dewi es mi pareja.

—Ya veo —dijo ella secamente.

—Será mejor que me vaya ya. —Miranda agarró su bolso que estaba en uno de los sillones y se lo colgó del brazo—. Os dejaré a solas para hablar. Christine, volveré mañana, ¿vale? Prepararé el almuerzo.

La madre de Gethin se volvió hacia su amiga. —Estaré esperándolo. Gracias.

Después de que Miranda se marchara, Gethin contuvo la respiración mientras esperaba a que su madre expresara su opinión. Con casi cien años, su madre era relativamente joven para un lobo. Físicamente, era tan fuerte como cualquier otro lobo de su edad y constitución, pero era su mente la que se había deteriorado y a veces la locura a la que había sucumbido era visible en su bonito rostro.

Hoy, sin embargo, Christine Lloyd parecía radiante y alerta, casi racional. En días como estos, Gethin podía creer fácilmente que había vuelto a ser la de antes: cuerda y saludable. Cuando su padre estaba vivo, su madre había sido vibrante, pero la chispa de vida que solía brillar en sus ojos se había apagado hace tiempo.

Se levantó con la gracia de una gacela y estiró sus largos y elegantes miembros. —Dewi —saludó calurosamente—. ¿Así que mi hijo ha encontrado a su pareja?

Dewi abrió la boca para responder, pero pareció cambiar de opinión en el último momento y la cerró de nuevo.

—¿No tienes nada más que decir? —preguntó Gethin—. ¿No estás contenta por mí?

Cuando ella volvió a encontrarse con su mirada, había un brillo de lágrimas no derramadas en sus ojos. —No podría estar más feliz por ti, cariño. Solo desearía que tu padre todavía estuviera con nosotros. A él también le habría encantado conocer a tu pareja. Enhorabuena.

El nudo que se formó en su garganta impidió que Gethin formulara una respuesta. Su madre tomó su rostro en la mano y pasó el pulgar por su mejilla.

—Si alguien merece ser feliz, eres tú. Has pasado por mucho estos últimos años.

Gethin no sabía a qué se refería porque había tenido cuidado de mantener todo alejado de su madre y su hermana. Todo lo malo que había sucedido lo había ocultado para protegerlas, para mantenerlas a salvo. Había necesitado mantenerlas alejadas de la fealdad y la maldad de su antigua manada. Y lo había conseguido. Al menos, eso creía. Pero mientras su madre mantenía su mirada, Gethin tuvo la clara impresión de que ella lo sabía todo. Se aclaró la garganta y estaba a punto de apartar la mirada cuando su madre bajó la mano y se volvió hacia Dewi.

—Solo puedo esperar que tú y mi hijo tengáis muchos años juntos para haceros felices el uno al otro.

—Gracias, señora...

—Por favor, llámame Christine.

—Christine —repitió Dewi, con una voz apenas más alta que un susurro—. Gracias. Eso significa mucho.

—Dewi —dijo ella, alargando la palabra como si la estuviera pronunciando—. Ese es un buen nombre galés. Dime, ¿hablas nuestro hermoso idioma?

—No con fluidez —respondió Dewi—. Estudié galés en la escuela, pero no lo he hablado desde que me fui.

Su madre negó con la cabeza. —La desaparición de nuestro idioma es una verdadera lástima. Sería terrible perderlo por completo. ¿No crees, Gethin?

—Supongo que sí. —La lucidez de su madre sorprendió a Gethin. Solo esperaba que durara durante toda su visita.

—Mamá, ¿puedo traerte una taza de té?

—No, gracias, cariño. Quizás más tarde.

Gethin asintió. —¿Dónde está Lisa? ¿Ya ha vuelto del colegio?

—Eh. —Por un breve momento, la confusión nubló la expresión de su madre y profundas líneas arrugaron su frente—. Todavía no —dijo al fin—. Tu padre va a recogerla.

El estómago de Gethin dio un vuelco y el miedo le recorrió la piel como un ejército de hormigas. La mirada de Dewi giró hacia él y el apoyo en sus ojos tuvo un efecto tranquilizador. Respiró hondo y pensó en qué decir. Gethin nunca sabía qué hacer en estas circunstancias. El médico de la manada le había aconsejado que le

dijera a su madre que su compañero había fallecido, pero parecía cruel que ella tuviera que vivir el shock y el dolor una y otra vez.

—Espera a que tu padre se entere de que has encontrado a tu pareja. Estará tan feliz por vosotros. Organizaremos una gran fiesta para celebrarlo —consultó su reloj y luego frunció el ceño—. ¿Dónde está, de todos modos? Llega tarde. Eso no es propio de él.

Cuando ella se acercó a la ventana y apartó la cortina para comprobar el camino de entrada, presumiblemente en busca de su coche, Gethin suspiró profundamente y se pasó una mano por la cara. No tenía más remedio que decirle la verdad. De lo contrario, ella se pasaría media noche esperándole. Ya lo había hecho antes. Decirle la verdad a su madre nunca era fácil, pero tener a su pareja con él esta vez hacía que pareciera más manejable.

—Mamá —comenzó—. Papá no va a volver a casa.

Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente. —No seas ridículo, Gethin. Por supuesto que va a volver a casa. ¿Por qué dirías algo así?

—Porque es verdad —miró a Dewi buscando más apoyo antes de continuar—. ¿No recuerdas la pelea que ocurrió cuando Dai se convirtió en alfa?

Ella frunció el ceño. —Yo...

—Papá murió —Gethin deseaba no tener que repetir esas palabras. Le dolían cada vez que las decía.

—¡No! —gritó ella.

—Es verdad. ¿No lo recuerdas? Lo mataron —dijo de nuevo. Repetir las palabras era la única manera de hacerle entender—. Murió junto con varios de sus amigos, otros lobos que permanecieron leales a Bob. Dai los mató a todos. Lo siento, mamá, pero papá no va a volver a casa. Nunca más.

Gethin esperó a que la noticia calara como siempre lo hacía. Primero su frente se arrugaría. La confusión se mostraría en sus ojos y luego lloraría —largos sollozos lastimeros— el sonido de su corazón rompiéndose otra vez. Sin embargo, esta vez no hizo nada de eso. Parpadeó y sus ojos cambiaron a su forma de lobo. Un gruñido bajo salió de sus labios mientras cruzaba la habitación.

—Estás mintiendo —gruñó, su voz más animal que humana, una señal de que su lobo estaba cerca de la superficie.

—Lo siento —dijo Gethin de nuevo—. Ojalá no fuera verdad.

—¡No! —gruñó la palabra mientras se acercaba—. ¡No!

Gethin se dio cuenta demasiado tarde de que sus manos habían cambiado a su forma de lobo. Cuando su mirada giró hacia Dewi, el instinto protector de Gethin se disparó.

—¡Estás mintiendo! —chilló.

La rabia goteaba de sus palabras haciendo que el pelo de la nuca de Gethin se erizara. Ella echó hacia atrás la mano y Gethin la agarró justo cuando la bajaba en un zarpazo, con las garras afiladas como cuchillas extendidas.

—¡No, no, no!

A Gethin le costó toda su energía arrastrarla a través de la habitación hasta el sofá. Ella continuó gritando mientras él la empujaba. La obligó a sentarse en el sofá y luego le inmovilizó los brazos a ambos lados de la cabeza mientras la miraba a los ojos.

—Déjalo salir —dijo con suavidad—. Déjalo salir todo.

Tardó unos minutos, pero finalmente la lucha abandonó su cuerpo y todo lo que quedó en sus ojos fue el dolor y la pena habituales. Gethin le soltó los brazos y la ayudó a incorporarse. El único signo visual de que había estallado en un ataque de rabia era su cabello despeinado, normalmente tan pulcro y ordenado.

—¿Estás bien?

Ella asintió. —Creo que me gustaría acostarme.

—Por supuesto.

Se volvió hacia Dewi para pedirle que esperara mientras llevaba a su madre a su habitación, pero las palabras se le atascaron en la garganta. La mano de Dewi cubría su mejilla y la sangre goteaba entre sus dedos. Gethin ignoró el jadeo de su madre.

—Oh, no —susurró—. Dios mío, no.

—Está bien —le tranquilizó Dewi—. Solo es un arañazo. Sobreviviré.

—No lo entiendes —dijo Gethin—. Un arañazo es todo lo que hace falta.

Capítulo Nueve

—Mira, estoy bien, de verdad.

Dewi apartó la mano de Gethin. No le molestaba que su compañero actuara como una madre protectora, pero la preocupación de su amante rozaba el pánico. A Dewi no le gustaba verlo en ese estado por algo tan insignificante. —¿Ves? Ya ha dejado de sangrar.

—No estás bien —Gethin lo arrastró por el pasillo del piso superior—. Puede que la herida esté sanando, pero ¿sabes lo que significa? Vas a transformarte, Dewi. Te vas a convertir en un hombre lobo. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Esto va a cambiar tu vida. Por aquí —empujó una puerta a la izquierda.

—¿Adónde vamos?

—A mi habitación.

Dewi se quedó esperando mientras Gethin cruzaba la habitación y abría otra puerta que conducía a un baño privado. Mientras se ocupaba dentro del baño, Dewi aprovechó para mirar alrededor de su dormitorio. A pesar de las circunstancias, estar dentro del espacio personal de Gethin provocó una oleada de emoción en el sistema de Dewi. El dormitorio de Gethin era una habitación grande, masculina en estilo y color. Una gran cama con dosel dominaba el centro del espacio. Cada pieza del mobiliario de madera oscura y pesada parecía antigua. Era como Dewi habría imaginado una habitación en el castillo de Drácula. El pensamiento le hizo sonreír.

—Esto no tiene ninguna gracia —le reprendió Gethin al salir del baño—. ¿No te preocupa convertirte en un cambiante?

Dewi suspiró. —La verdad es que no —dudó y luego preguntó—: ¿Estaré en la manada de Dante?

Gethin asintió. —Mi madre pertenece a su manada, así que tú también serás uno de nosotros. ¿Por qué? ¿Qué diferencia supone?

Gethin tomó el brazo de Dewi y lo condujo hasta la cama. Esperó a que Dewi se sentara, luego se sentó a su lado y comenzó a limpiarle la herida con una toallita húmeda y fría. Aunque estaba ocupado atendiendo el corte, Dewi podía notar por las miradas

ocasionales y la ceja levantada que seguía esperando una respuesta a su pregunta. Dewi era reacio a revelar sus pensamientos privados, pero tampoco quería guardar secretos a su compañero. —No me queda familia —dijo por fin.

Gethin apartó lentamente la toalla de la cara de Dewi. Mantuvo su mirada y asintió despacio. —Lo sé. Es decir, lo deduje de todo lo que dijiste durante la cena del otro día.

—Claro. Bueno, los miembros de la manada son como una familia, ¿no? Se cuidan entre ellos. Siempre pensé que sería agradable tener eso. Además, me cae bien Dante. Ha sido amable conmigo.

Gethin ladeó la cabeza, su mirada se volvió distante como si se hubiera perdido en sus recuerdos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dewi.

Gethin volvió a mirarlo. —Si tienes que transformarte, me alegro de que vayas a ser miembro de esta manada, pero debes recordar que no todas las manadas son como la de Dante. Tampoco todos los *lobos* son como él.

—Si tuvieras que vivir en la manada de Dai, bueno, digamos que no habría sido un buen lugar para ti. Tienes suerte de tener a Dante como tu alfa. Me tendrás a mí cuidándote, por supuesto, pero también necesitas vigilar tu propia espalda.

Dewi frunció el ceño. —¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que hablamos en la reunión de antes? —cuando Dewi asintió, Gethin continuó—: Parece que algunos miembros de la manada de Dai, hombres que le eran leales, se han unido a la manada de Dante. No conozco todos los detalles, pero parece que están trabajando contra Dante. Como se unieron tantos hombres y mujeres cuando nuestras manadas se fusionaron, los traidores podrían ser cualquiera. Hasta que descubramos quiénes son, no podemos confiar en nadie. ¿Entiendes?

—Tendré cuidado, lo prometo.

—Bien —Gethin levantó la toallita y volvió a limpiar los cortes en la mejilla de Dewi—. ¿No tienes ninguna preocupación? Es decir, ¿hay algo que te inquiete sobre convertirte en un cambiante?

—No realmente —Dewi se encogió de hombros—. Bueno... —pensó un momento, pero lo único que se le ocurrió fue la transformación en sí—. ¿Dolerá? La transformación, quiero decir.

—Las primeras veces, quizás. Es diferente para cada persona.

—Supongo que tendré que esperar y ver —cuando Gethin frunció el ceño y apartó la toalla unos centímetros de la mejilla de Dewi, con la mano suspendida en el aire, Dewi preguntó—: ¿En qué estás pensando?

—En mi madre —la voz de Gethin estaba cargada de lágrimas contenidas—. La he visto con muchos estados de ánimo diferentes últimamente, pero hoy... No fue aceptable. Estaba fuera de sí. Tendré que contarle a Dante lo que pasó y él no tendrá más remedio que informar al consejo. No sé qué pasará con ella entonces. No sé qué harán.

—Entonces no se lo digas a Dante —sugirió Dewi—. No tiene por qué saberlo, ¿verdad? Si yo no se lo digo, y tú tampoco...

—No —interrumpió Gethin, negando con la cabeza—. Me encanta que hicieras eso por mí, pero no es tan sencillo. Para empezar, no puedes mentir a tu alfa porque siempre te descubrirá. La fuerza de esa capacidad es diferente en cada alfa, pero Dante está en sintonía con su manada. No te aconsejaría mentirle. Nunca.

Dewi pensó en Dante por un momento. A pesar de su enorme tamaño, Dante era un hombre amable y de naturaleza dulce, pero había un poder vibrando justo bajo la superficie que se manifestaba en cada uno de sus movimientos. Dewi sospechaba que no era un hombre con el que se pudiera jugar. Asintió. —No le mentiré, lo prometo. Entonces, ¿qué pasa con tu madre? ¿Qué podemos hacer para ayudarla?

—Sinceramente, no lo sé. Se está convirtiendo en un peligro, para sí misma y para los demás, pero no es como si pudiera mantenerla prisionera aquí.

—Por supuesto que no.

Dewi deseaba tener todas las respuestas porque odiaba ver a Gethin preocuparse tanto por algo que no podía controlar. Gethin se encogió de hombros, se pasó los dedos por el pelo y soltó un suspiro frustrado.

—Miranda, mi hermana y yo hemos cuidado de mi madre durante los últimos años y hasta ahora ha funcionado bien, pero mi madre está empeorando. Después de hoy...

—Yo podría ayudar a cuidarla —ofreció Dewi.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Gethin provocó un revoloteo en el estómago de Dewi.

—Gracias. Ojalá fuera tan simple, de verdad, pero la verdad es que no podemos vigilarla las veinticuatro horas. Podría escaparse fácilmente en medio de la noche cuando creemos que está dormida.

—¿Y si tuviera otro arrebato como el de hoy? La próxima vez podría herir gravemente a alguien, no es que lo que te pasó a ti no sea lo bastante grave. Pero podría haberle pasado a un humano desprevenido. Podría matar a alguien. Si el consejo se enterara de ella, no sé qué harían. Su principal objetivo siempre ha sido mantener nuestra existencia en secreto, pero ella representa demasiada amenaza.

—Así que tienes que contárselo a Dante —las palabras salieron de la boca de Dewi con un suspiro.

—Sí —aceptó Gethin—. Tengo que contárselo.

—Ojalá pudiera hacer algo. Ojalá hubiera alguna manera de ayudarte. Odio sentirme tan inútil.

Gethin alisó un mechón rebelde del pelo de Dewi y después le acarició la mejilla no lesionada con los nudillos. Observó la acción con ojos grandes y fijos, como si nunca hubiera tocado a nadie de manera tan íntima. Agradables escalofríos recorrieron la piel de Dewi en oleadas sucesivas.

—Que estés aquí es suficiente. No lo llevaría muy bien si tuviera que enfrentarme a todo esto solo.

—No estás solo —Dewi miró fijamente a los hermosos ojos marrones de Gethin, intentando tranquilizarlo con algo más que palabras—. Estoy aquí para ti. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedirla.

La expresión de Gethin se volvió tierna.

—¿Sabes lo que dijiste antes sobre que los compañeros de manada son como familia?

—Sí.

—Los compañeros de manada pueden ser como familia, pero tú y yo somos familia de verdad. Tú eres mío y yo soy tuyo —somos almas gemelas. Suena cursi, pero eso es exactamente lo que somos. Es lo más cercano que dos personas pueden estar. Somos dos mitades de un todo.

A Dewi le gustó cómo sonaba eso.

—¿Estás feliz de estar emparejado conmigo?

—Sí, pero cuando te encontré por primera vez, estaba molesto.

—Oh —la confesión hizo que el estómago de Dewi se desplomara.

—Eso no tuvo nada que ver contigo —añadió Gethin rápidamente —. No cambiaría ni una sola cosa de ti, ni una. Verás, nunca quise encontrar a mi pareja, pero ahora que lo he hecho, no puedo imaginar mi vida sin ti en ella.

Dewi experimentó la mayor sensación de alivio mientras las palabras lo envolvían suavemente como la marea baja lamiendo la orilla. Sin detenerse a pensarlo, deslizó las manos sobre los hombros de Gethin, se inclinó y unió sus labios. Esta vez fue él quien tomó a Gethin por sorpresa, y Dewi sonrió, tragándose el jadeo de asombro de su pareja. Solo pasaron unos segundos antes de que Gethin respondiera. Un gruñido bajo retumbó en su garganta y devolvió el beso con igual fervor, gimiendo como si estuviera hambriento de más.

Cuando Gethin respondió, deslizando su lengua entre la comisura de los labios de Dewi, este se abrió para recibirla, atrayéndola hacia su boca. Todo su cuerpo estaba tenso, cada terminación nerviosa sensible y alerta. Como en una danza erótica, sus lenguas se movían juntas en perfecta sincronía. Dewi deslizó sus manos por la espalda de Gethin antes de hundir los dedos en su pelo. Se tragó el gemido que sonó en la boca de Gethin y lo besó con más fuerza, desesperado por volver a escuchar ese sonido. Toda la sangre del cuerpo de Dewi parecía concentrarse en el sur, haciendo que sus vaqueros le quedaran aún más ajustados.

El beso se volvió más intenso. Dewi puso las manos en los hombros de Gethin y lo empujó hacia la cama. Sin romper el beso, se tumbó encima de Gethin y se sentó a horcajadas sobre sus

caderas. En su excitación, tardó un momento en darse cuenta de que Gethin había dejado de moverse. Todo su cuerpo se había puesto rígido, congelado en el sitio.

Dewi levantó la cabeza.

—¿Gethin?

Gethin respiraba pesadamente, pero sus ojos, en lugar de estar entrecerrados, estaban muy abiertos y fijos, como si la excitación hubiera dado paso al miedo.

—¿Gethin? ¿Gethin, qué pasa? ¿Estás bien? ¿Qué he hecho? Dios mío, lo siento —se bajó del cuerpo de su pareja, se sentó a su lado y se pasó una mano por el pelo—. Soy un idiota. No, peor. Iba demasiado rápido, ¿verdad? Dios. Lo siento mucho.

Los segundos pasaban y Dewi pensó que Gethin no iba a decir nada, pero entonces sacudió la cabeza como para aclararse.

—No demasiado rápido, no. Bueno, quizás. Es solo que, cuando me sujetaste, no puedo... es...

Sus palabras se apagaron justo cuando Dewi empezaba a entender su significado.

—Gethin —suspiró Dewi, con lágrimas picándole en el puente de la nariz—. Joder, lo siento...

—No. No te disculpes otra vez. No hace falta. Sé que no lo hiciste con mala intención. Y no sientas lástima por mí, por favor. Puedo soportar casi cualquier cosa, pero no tu compasión. No podría soportarlo.

—Nunca la obtendrás —Dewi miró fijamente a los ojos increíblemente cautivadores de Gethin—. *Nunca* te tendré lástima. Solo desearía poder borrar tus recuerdos, tu dolor. Haré cualquier cosa para que te sientas completo de nuevo.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —Gethin se incorporó y sostuvo la mirada de Dewi—. Harías *cualquier cosa*. Joder, no te merezco.

—Te mereces ser feliz —dijo Dewi—. Y voy a asegurarme de que lo seas, si me dejas.

Gethin se inclinó y capturó los labios de Dewi, pero en lugar del beso duro y exigente que Dewi había esperado, Gethin fue suave y dolorosamente tierno. Cuando se apartó, su expresión estaba más relajada.

—Quiero esto —dijo, con voz baja y ronca—. Te quiero a *ti*, pero antes de que vayamos más lejos, deberías saber algo.

Dewi frunció el ceño, negando con la cabeza.

—No hay nada que puedas decir que me haga desearte menos. Espera, no eres un asesino con hacha, ¿verdad?

Una sonrisa fantasmal se dibujó en los labios de Gethin.

—No, es... —suspiró y se pasó una mano por el pelo. Su pecho subía y bajaba. Había aprensión en sus ardientes ojos marrones, lo que hizo que Dewi pensara una vez más que deberían frenar. Esperaría gustosamente hasta que Gethin se sintiera más cómodo con su relación y hubiera tenido más tiempo para asimilar las cosas que le habían sucedido.

—Nunca he hecho esto antes —admitió Gethin.

Dewi frunció el ceño.

—Nunca has hecho...

—Esto. Nada de esto —Gethin se encogió de hombros—. Nunca he tenido sexo, nunca he besado a nadie antes que a ti. Después de lo que él... lo que *Robert* me hizo. Nunca tuve ningún interés sexual en los hombres. No hasta ahora, hasta ti.

Dewi se sentó derecho.

—Entonces paramos ahora mismo —se arregló la ropa y empezó a bajar de la cama, pero Gethin lo agarró del brazo y lo hizo volver.

—No te vayas. Por favor.

Dewi suspiró.

—No creo que estés preparado para esto, además tu primera vez no debería ser apresurada. Debería ser lenta, romántica. Deberíamos...

—No. Por favor. Es romántico porque eres tú. Y podemos ir más despacio. Estoy listo para estar contigo, Dewi. En el futuro, cuando piense en sexo, no quiero pensar en algo sucio o...

—Eso no era sexo —soltó Dewi—. Lo que Robert hizo, no era sexo.

—Lo sé, y el hecho de que lo entiendas te hace aún más especial. No lo dije de esa manera. Joder, no me estoy explicando muy bien, ¿verdad? No estaba comparando las dos cosas. Para nada.

—Quería decir que hasta hace poco la mayoría de mis recuerdos han sido malos. La idea de tener sexo con alguien me dejaba frío. Pero no me siento así contigo, ni mucho menos. La idea de estar contigo me emociona y sí, también me asusta, pero solo por lo importante que es, y por cómo cambiará las cosas entre nosotros.

—Créeme cuando te digo que estoy preparado para esto y estoy listo para empezar a crear nuevos recuerdos contigo —recuerdos felices de una etapa de mi vida de la que él no forma parte— a la que él no pertenece.

Dewi se aclaró la garganta para deshacerse del nudo que se le había formado allí. —Vamos a llenar tu cabeza con tantos recuerdos felices que no quedará espacio para los malos. Y voy a intentar conseguir que ni siquiera puedas recordar su aspecto. Voy a hacer todo lo que pueda para borrarlo completamente de tu mente.

—Me encanta que quieras hacer eso por mí.

En esta ocasión, cuando sus labios se encontraron, ninguno de los dos se sorprendió. Se acercaron tan lentamente que cuando por fin llegó el beso, ambos estaban más que preparados. Sin embargo, lo que Dewi no esperaba era la poderosa oleada de emociones que el beso despertó. Le arrastró como un velero en un mar turbulento y se preguntó cómo algo podía ser a la vez duro pero suave, áspero pero delicado, demasiado pero aun así insuficiente. Se preguntó cómo algo tan simple y a la vez tan complicado como un beso podía hacerle sentir tan vulnerable y expuesto. Quizás no era el beso en sí, tal vez era la conversación que habían tenido. Fuera cual fuera la causa, Dewi sabía que algo había cambiado entre ellos. Quizás era una comprensión más profunda —una conexión de sus mentes, no solo de sus cuerpos. Quizás eran sus almas fusionándose.

Cuando Dewi tocó a Gethin lo hizo con una ternura dolorosa, cada caricia de sus dedos suave y pausada. Con vacilación, recorrió con las yemas de los dedos cada ángulo y curva, y cuando se desnudaron mutuamente, lo hicieron tan lenta y suavemente como cada beso ligero como una pluma y cada caricia amorosa.

Dewi deslizó sus manos por el cuello de Gethin y luego sobre sus hombros, deteniéndose al llegar a las cicatrices que cubrían la piel. Gethin también se quedó quieto y cuando se encontró con la mirada

de Dewi, el nerviosismo estaba escrito en cada línea de su rostro, pero demostró que estaba preparado cuando susurró: —Tócame.

Dewi movió sus manos hacia abajo, rozando ligeramente las líneas suaves y sedosas de las cicatrices. Al mismo tiempo, levantó la cabeza y presionó sus labios contra los de Gethin.

—Eres tan hermoso —susurró entre besos suaves, ligeros como plumas—. Cada parte de ti.

Gethin gimió. —Casi puedo creer que lo dices en serio.

—Más te vale creerlo.

Se besaron de nuevo, más larga y profundamente que antes. Rodaron una y otra vez, hasta que Dewi se dio cuenta de que Gethin se había acostumbrado más a sentir el peso de Dewi sobre él. Experimentó con sus posiciones, a veces apoyándose sobre sus brazos, otras veces dejando caer todo su peso sobre Gethin, pero nunca se quedaba así mucho tiempo. Quería que Gethin se sintiera cómodo con todo lo que hacían juntos.

Pasó su lengua por el pulso en el cuello de Gethin y luego la arrastró más abajo. Tomando el pezón de Gethin en su boca, lo rodó suavemente entre sus dientes, su lengua jugueteando sobre el firme capullo, haciéndolo endurecerse. Gethin gritó. Sus uñas romas arañaron los hombros de Dewi, enviando llamas de deseo que abrasaron su columna. El fuego se irradió hacia afuera, envolviéndolo en una manta de deseo ardiente. Su miembro palpitaba, aún sin ser tocado. Pero eso no importaba. Nada importaba para Dewi más que darle a Gethin el momento más placentero y memorable de su vida.

No pasó mucho tiempo antes de que Gethin los hiciera rodar de nuevo y sometiera a Dewi al mismo tratamiento. Los besos eran largos y embriagadores, y Dewi casi perdió el control cada vez que la lengua de Gethin se hundía dentro y fuera de su boca. Cada tirón en sus pezones hacía que olas de placer lamieran su cuerpo y cuando Gethin los lamió tentativamente antes de cubrirlos con su boca, un gemido necesitado escapó de Dewi. Estaba completamente erecto, dolorosamente, con las caderas elevándose inconscientemente, anhelando el contacto.

—Gethin, por favor. —Dewi ni siquiera estaba seguro de lo que estaba pidiendo. Era consciente de lo desesperado que sonaba. Demonios, *estaba* desesperado —desesperado por que Gethin le tomara— desesperado por sentir el peso del cuerpo grande y poderoso de su compañero mientras Gethin tomaba su placer. Un sonido bajo y lastimero se escapó de los labios de Dewi.

Gethin levantó la mirada. Sus ojos estaban llenos de necesidad, pero su frente estaba arrugada, la confusión nublando su expresión. Fue entonces cuando Dewi recordó que él era el experimentado y necesitaba instruir a Gethin —expresar lo que necesitaba.

—Quiero que estés dentro de mí. —Su voz era fuerte y segura, sin dejar a Gethin ninguna duda de que era lo que deseaba.

—Yo también quiero, pero no, no creo...

Cuando Gethin negó con la cabeza, Dewi pudo sentir que se alejaba, así que se apresuró a tranquilizar a su compañero. —Va a ser perfecto, Gethin, te lo prometo. Solo somos tú y yo. Te guiaré, ¿de acuerdo?

Gethin le observó durante un largo momento, evaluándole con sus ricos ojos marrones. Tomó un respiro entrecortado. —De acuerdo.

Como ninguno había planeado su encuentro, necesitaron improvisar en los detalles. Gethin encontró una loción en el baño que serviría como lubricante. Dewi sabía que no necesitaban preservativos —no podía contraer nada de un cambiaformas lobo que pudiera dañarle, especialmente ahora que había sido mordido y llevaba el gen del lobo. Levantó la mano hacia su cara y descubrió que el corte en su mejilla ya estaba cicatrizando. No le sorprendió ni le impactó. Si acaso, era un recordatorio no solo de la vida solitaria que dejaba atrás, sino de las cosas emocionantes que le esperaban.

Dewi estudió a Gethin mientras el cambiaformas volvía a entrar en la habitación. Gethin tenía el cuerpo más magnífico. Alto y esbelto con pectorales abultados, brazos gruesos llenos de músculos y un abdomen de seis paquetes que hacía salivar a Dewi de lo perfecto que era. Las piernas largas y fuertes de Gethin llevaban hasta un miembro grueso y perfectamente formado. La humedad perlaba la punta, apenas visible bajo el prepucio. Como un faro

intermitente en la noche, atrajo la atención de Dewi y la mantuvo. Se lamió los labios preguntándose cómo sabría.

A pesar de la necesidad de ir despacio, Dewi no podía esperar a sentir el miembro de Gethin empujando dentro de él. El pensamiento le hizo estremecerse de anticipación mientras Gethin se subía a la cama y se acercaba a él con tanta naturalidad como si lo hubiera hecho cien veces antes. Dewi se arrodilló y le recibió en sus brazos. Su historia de amor podría ser reciente, pero Dewi sabía sin duda alguna que resistiría la prueba del tiempo. Su vínculo de emparejamiento probablemente tenía mucho que ver con eso, pero Dewi habría querido formar una vida con Gethin incluso sin él. ¿Cómo no hacerlo? Gethin era un hombre hermoso, por dentro y por fuera. Sus emociones siempre se mostraban claramente en su rostro. En ese momento, su deseo era evidente. Los ojos de Gethin se habían oscurecido de lujuria y mientras deslizaba sus dedos por los brazos de Gethin, su respiración se entrecortó.

Cuando sus labios se encontraron, Gethin no dudó en responder. Abrió la boca y besó a Dewi con una intención feroz. Y todo el tiempo sus cuerpos ondulaban, moviéndose juntos en perfecta armonía. Gethin tomó el miembro de Dewi en su boca y lo recibió como a un viejo amigo. Le ofreció a Dewi la mamada más increíble, chupándolo exactamente como a él le gustaba. Empezó lentamente, su lengua lamiendo el glande antes de engullir todo el pene de Dewi y llevarlo hasta el fondo de su garganta. En cierto momento tragó a su alrededor, pero cuando empezó a atragantarse, Dewi retrocedió, queriendo más que nada que su compañero estuviera cómodo. No debería haberse preocupado, porque cuando Gethin levantó la mirada, sonreía de oreja a oreja y esa expresión era tan rara en él, que hizo que Dewi también sonriera.

—Mírame —le indicó.

Se recostó contra las almohadas, deleitándose con el nuevo estado de ánimo de Gethin. Era el más feliz que lo había visto desde que se conocieron. Dewi haría todo lo que estuviera en su poder para mantener la sonrisa en los labios de su compañero.

Manteniendo la mirada de Gethin, Dewi pasó una mano por su pecho, sobre su estómago y más abajo hasta llegar a su miembro.

Lo acarició con la palma y luego comenzó a masturbarse —con movimientos largos y lánguidos para provocar no solo a Gethin, sino también a sí mismo. Quería cerrar los ojos, perderse en las sensaciones, pero no podía —no quería perderse ni un segundo del disfrute de su compañero. Los ojos de Gethin se dirigieron hacia abajo. Tomó aire audiblemente mientras observaba a Dewi masturbarse.

Dewi abrió las piernas tanto como pudo y levantó el trasero en señal de invitación. —Te necesito, Gethin. —Sus palabras eran entrecortadas por respiraciones superficiales mientras acariciaba su miembro con más intención—. ¿Vas a follarme?

Gethin asintió. —Joder, sí. Estoy listo.

Dewi apretó una generosa cantidad de loción en su mano y luego alcanzó y acarició el miembro de Gethin, cubriéndolo uniformemente. Todavía estaba duro, de hecho no se había ablandado durante la última hora. Gethin siseó cuando Dewi pasó su pulgar sobre el sensible glande y luego envolvió su mano alrededor del tronco. Con un agarre firme, lo movió arriba y abajo.

Cerrando los ojos, Gethin se mordió el labio inferior y Dewi lo observó por un momento, embelesado, sintiéndose orgulloso y honrado de ser su pareja. Gethin era hermoso, pero Dewi quería que su compañero estuviera presente, observando todo mientras lo experimentaba. Detuvo su mano.

—Mírame —ordenó—. No cierres los ojos. Quiero que veas lo que te estoy haciendo.

Gethin asintió, abriendo los ojos. Utilizó su lengua para calmar la piel que había mordido. Dewi gimió mientras se giraba y se ponía a cuatro patas, recordando cómo se sentía tener esa lengua deslizándose por la hendidura de su miembro.

—¿Quieres hacérmelo así? —preguntó, por encima del hombro.

Los ojos de Gethin se iluminaron, hablando volúmenes sobre cuánto lo quería exactamente así. Dewi sonrió y alcanzó por debajo de sí. Cuando encontró su entrada, pasó la yema de su dedo alrededor antes de hundir el dedo profundamente en su interior. Gimió, su miembro amenazando con liberarse.

—Tú también. Usa tus dedos para dilatarme.

Gethin alcanzó la loción, puso un poco en sus dedos y luego los colocó en la entrada de Dewi.

—¿Así?

Dewi gimió. —Hazlo —suplicó—. Por favor.

Siseó cuando los dedos de Gethin lo penetraron. Se detuvieron, justo después del primer y apretado anillo de músculo.

Dewi negó con la cabeza. —Más. No tengas vergüenza. Se siente bien.

—No quiero hacerte daño. —La voz de Gethin era apenas audible.

—No lo harás, te lo prometo. Hazlo, Gethin. Dame más. Está bien.

Gethin le dio lo que pedía. Empujó su dedo tan lejos como pudo. Después de moverlo hacia dentro y hacia fuera varias veces, Dewi todavía quería más.

—Añade otro dedo.

Ante la orden, Gethin se detuvo. Dewi lo miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—¿Estás seguro?

Dewi sonrió. —Mira el tamaño de tu polla. Confía en mí. Será más fácil si me dilatas completamente primero.

Los ojos de Gethin parecieron empañarse y Dewi temió haberlo perdido en un recuerdo doloroso.

—¿Gethin?

Después de que su mirada volviera a la de Dewi, asintió. —Vale.

Después de unos minutos de Gethin dilatándolo, Dewi quería más. Miró por encima de su hombro otra vez.

—Estoy listo —dijo—. Quiero tu polla dentro de mí.

Los ojos de Gethin se ensancharon y se mordió el labio inferior de nuevo. Cuando bajó la mirada hacia sí mismo, parecía perdido.

—Tal vez quieras poner más loción —dijo Dewi.

Gethin asintió y alcanzó la botella, aparentemente feliz de tener algo que hacer con sus manos temblorosas. Después de terminar, se acercó más y se tomó a sí mismo en la mano.

—¿Dewi?

—Está bien. Ve despacio al principio, ¿vale?

—De acuerdo.

La cabeza de su miembro presionó contra la entrada dilatada de Dewi, pero en lugar de empujar hacia adentro, Gethin retrocedió.

—No puedo, yo...

—¿Qué ocurre? —Dewi se levantó y se giró para mirar a Gethin —. ¿Estás bien? No tenemos que hacer esto si no estás listo.

—No, no es eso. Es que...

—Puedes decírmelo. —Dewi puso su mano en el brazo de Gethin y lo apretó suavemente.

—Creo que necesito ver tu cara.

—Si eso es lo que quieres, está bien. Podemos hacer eso.

Gethin asintió. —Gracias.

Después de ponerse de espaldas, Dewi levantó las piernas en el aire, exponiéndose una vez más a su compañero. Gethin se colocó en posición, tomó su miembro y lo presionó contra la entrada de Dewi.

Sus miradas se encontraron y Dewi asintió. —Cuando estés listo.

Gethin empujó hacia adentro.

Apretando los ojos, Dewi jadeó.

—¿Te he hecho daño?

—No. —Dewi rápidamente abrió los ojos para tranquilizar a su compañero—. Solo dame un segundo, ¿vale?

Gethin asintió. Después de tomarse un momento para adaptarse al tamaño del miembro de su compañero, Dewi le dio una sonrisa alentadora y asintió para que continuara.

Poco a poco, Gethin empujó hasta que su miembro estuvo completamente dentro.

—Puedes empezar a moverte cuando estés listo —dijo Dewi—. Estoy bien.

Gethin no necesitó más estímulo. Se movió dentro y fuera lentamente al principio, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas. No pasó mucho tiempo antes de que comenzara a aumentar la velocidad y pareció encontrar un ritmo cómodo. Dewi no podía apartar la mirada de la expresión asombrada de Gethin.

—¿Se siente bien? —preguntó Gethin.

Dewi había disfrutado tanto observando a Gethin como con las sensaciones en su propio cuerpo.

—Mejor que bueno.

Gethin sonrió. Aumentó el ritmo y Dewi gruñó cada vez que el miembro de su compañero se hundía en él, golpeando su punto dulce en cada embestida. El rostro de Gethin parecía iluminado desde dentro. Sin previo aviso, sus ojos parpadearon y cambiaron a su forma de lobo, haciendo que Dewi jadeara sonoramente. Durante todo el tiempo juntos, la parte lobuna de su compañero ni siquiera había cruzado por la mente de Dewi. Pero ahora era lo único en que podía pensar. Los ojos ámbar daban al rostro de Gethin una cualidad etérea. Nunca había lucido más hermoso. Abrió la boca y unos afilados incisivos se hicieron visibles entre sus labios.

—¿Estás bien?

Gethin asintió. —Es mi lobo. Él quiere, quiero decir, yo quiero...

—¿Qué quieres? —Le daría cualquier cosa que su corazón deseara.

Los dedos de Gethin se clavaron en las caderas de Dewi y cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Dímelo, Gethin —le imploró Dewi—. ¿Qué necesitas?

Cuando Gethin abrió los ojos, seguían siendo del color ámbar de su lobo. —Quiero morderte —dijo—. Quiero reclamarte como mi compañero. ¿Quieres eso? Si lo hiciera, no habría vuelta atrás.

—No ha habido vuelta atrás desde el minuto en que te conocí —dijo Dewi—. Te acepto como mi compañero. Ahora y siempre. Puedes hacer lo que necesites hacer.

La gratitud que cruzó por el rostro de Gethin hizo que el corazón de Dewi doliera. Esto le hizo estar aún más decidido a hacer todo lo que estuviera en su poder para seguir luchando por la felicidad de Gethin.

—Tendrías que morderme también. Después de tu primera transformación.

Lejos de resultar perturbadora, la idea hizo que el miembro de Dewi palpitara. Bajó las piernas para que a Gethin le resultara más fácil inclinarse sobre él y asintió. Dewi ladeó la cabeza para darle mejor acceso a Gethin. Se preparó. Cuando los incisivos de Gethin

se hundieron por primera vez en su carne, Dewi hizo una mueca, pero contuvo su gruñido de dolor. Sin embargo, pronto el dolor se transformó en un éxtasis como ningún otro que hubiera conocido. Su orgasmo le sobrevino sin la menor advertencia. Ola tras ola de placer recorrió su cuerpo mientras gritaba el nombre de Gethin. Todavía temblaba por las réplicas cuando se dio cuenta de que Gethin se había quedado completamente inmóvil. Fue entonces cuando sintió la maravillosa sensación cálida y húmeda dentro de él. Gethin no había hecho ni un solo ruido. Ni un gemido ni un gruñido.

—¿Gethin?

Cuando su cuerpo permaneció inmóvil y no respondió, Dewi empezó a sentir ansiedad.

—¿Gethin? —repitió—. ¿Estás bien?

—Gracias —dijo Gethin en voz baja—. Gracias por todo.

Dewi aún estaba formulando una respuesta cuando Gethin comenzó a roncar suavemente en su oído.

Capítulo Diez

Con recogedor y cepillo en mano, Dewi barrió el pelo que había amontonado después de terminar su último corte. Llevaba más de una semana en su trabajo y le encantaba. Solo deseaba que su madre pudiera verlo ahora. Lejos de disgustarse cuando le dijo que era gay, ella le había dicho que ya lo sospechaba pero estaba esperando a que él lo mencionara. Dewi aún recordaba lo maravilloso que se sintió cuando ella le dijo que estaba orgullosa de él y siempre lo estaría. Su madre siempre le decía a Dewi que siguiera su corazón —no solo en las relaciones, sino en todo lo que hiciera en la vida. Su trabajo no era elegante ni lo que la mayoría consideraría importante, pero sabía que ella habría estado feliz por él. Y habría adorado a Gethin, de eso no tenía ninguna duda.

Justo cuando había terminado de barrer, Dewi notó que su jefe lo miraba fijamente por lo que debía ser la décima vez esa tarde. No podía entender a qué venían esos constantes ceños fruncidos. No creía haber hecho nada mal —al menos, ninguno de los clientes se había quejado. Harto de esas miradas, Dewi tiró el pelo que había recogido a la papelera, guardó el recogedor y el cepillo y se acercó a su jefe. Mientras se acercaba, Lewys bajó la mirada al libro de citas, como si fingiera estar ocupado. Sí, definitivamente algo iba mal.

—Oye —dijo Dewi—. ¿Qué te pasa?

Lewys levantó la vista, pero le costaba mantener la mirada de Dewi. —Eh, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—*¿Nada?*

Mientras cruzaba los brazos, Dewi le lanzó a su jefe "*la mirada*". Con la cabeza baja y los ojos entrecerrados, lo observó, esperando a que soltara lo que le molestaba. Debió funcionar porque Lewys suspiró dramáticamente.

—Vale. Esta mañana vi un artículo en una de las revistas de peluquería que decía que el look desaliñado está de vuelta. Ya sabes, pelo largo y salvaje y barbas enormes y desgreñadas.

Los ojos de Dewi se abrieron de par en par. —¿En serio?

—No —respondió Lewys con ironía—. No en serio. Esto es una peluquería. ¿En qué demonios estás pensando? Con ese aspecto vas a espantar a mis clientes, bueno, al menos a la mitad humana. ¿Vas a dejar que te corte el pelo? Por Dios, di que sí.

El calor afloró en las mejillas de Dewi. —Tengo que mantenerlo así —murmuró.

—¿Cuánto es la apuesta? Sea lo que sea, lo duplicaré.

—¿Qué? No, no es nada de eso. Es solo que Gethin dijo que le gusta.

Lewys frunció el ceño. —¿Estaba colocado en ese momento?

—Muy gracioso. No está tan mal. —Dewi se volvió para mirarse en uno de los espejos que cubrían las paredes de la tienda. Hizo una mueca—. Oh. Ha crecido desde esta mañana, ¿eh?

—Eh, sí, pero solo un par de docenas de centímetros —dijo Lewys impasible—. No mucho.

—Vale, de acuerdo. Tal vez podrías recortármelo un poco.

—Un recorte. —Lewys asintió pensativo, con los labios fruncidos —. Claro. Iré a buscar mi cortacésped.

—Ja, ja.

—Escucha, chaval, un recorte es para gente que tiene un peinado. Esta mañana parecías un Bee Gee, ahora pareces el Primo Eso. Un recorte simplemente no bastará, si me permites el juego de palabras.

—Oh, ¿entonces qué sugieres?

—¿Qué tal si nos afeitamos esa cosa y empezamos de nuevo?

Dewi suspiró. —Bien.

Cuando sonó la campanilla de la puerta, Lewys miró en esa dirección. Su rostro palideció. —Oh, mierda —murmuró.

—¿Qué?

—Eh, olvidé que tengo una cita. O una comida. Eh, comida tardía, quiero decir cena temprana. Tú cierras esta noche. Nos vemos por la mañana.

—¿Eh?

Antes de que Dewi pudiera preguntarle más, había desaparecido por la puerta que llevaba a sus habitaciones privadas. Dewi se dio la vuelta y lo primero que captó su atención fue la decepción en el

rostro del hombre que había visitado la tienda todos los días desde que Dewi había empezado a trabajar allí. Richard. No sabía mucho sobre el joven lobo más que el hecho de que era el hijo de Colin y que tenía el mayor enamoramiento por Lewys. Richard no había hablado con Dewi antes, pero esta vez se dirigió directamente a él.

—Escuché cada palabra de lo que dijo, ¿sabes?, al igual que todos los otros lobos en la tienda. No tiene que seguir fingiendo que está ocupado. Lo entiendo. No está interesado en mí.

—Eh. —Dewi estaba perplejo—. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

El hombre soltó un suspiro. —No. Solo estoy harto de esperar, ¿sabes? Es lo único que parece que hago siempre. Esperar a que Lewys note que existo, esperar a que Dante me entrene como ejecutor. Esperar, esperar, esperar, esperar...

—Claro. Yo... eh...

Cuando la campanilla sonó de nuevo y la puerta se abrió, Dewi nunca había estado más aliviado. Su rostro se iluminó cuando la hermana de Gethin, Katrina, entró en la tienda. Su sonrisa era brillante, despreocupada y totalmente contagiosa. A Dewi le caía bien y parecía que el sentimiento era mutuo, aunque tenía la sensación de que ser peluquero ayudaba. Había venido a la tienda para saludar casi todos los días desde que Gethin los había presentado.

—Hola, guapa —la saludó Dewi cuando se acercó—. ¿Has venido con ese hermano tuyo tan sexy y guapo?

Katrina hizo un ruido como de arcadas. —En realidad, vine a pedirte un favor. —Miró distraídamente alrededor y entonces notó a Richard de pie junto a ellos—. Oh, hola.

—Hola.

Aunque el saludo de Richard fue dicho con poco entusiasmo, un rubor instantáneo y furioso se extendió por las mejillas de Katrina. Dewi sospechaba que Gethin iba a tener las manos llenas con ella muy pronto. Pensó que debería decirle que estaba ladrando al árbol equivocado con Richard, pero no quería avergonzarla.

—¿Cuál es el favor? —La alejó de Richard.

—¿Podrías peinarme más tarde? —preguntó ella, con expresión esperanzada—. Voy a una fiesta esta noche.

—Oh, claro. Estaré en casa en un rato.

Dewi todavía no podía acostumbrarse al hecho de que la casa de Gethin era ahora también su hogar, pero su pareja había insistido en que se mudara y no le había costado mucho quebrantar la resistencia de Dewi. Realmente no había tenido elección. Podría haberse quedado solo en su piso municipal o mudarse con el hombre que empezaba a significarlo todo para él.

—¡Genial! —exclamó Katrina—. ¡Gracias!

Dewi frunció el ceño. —Eh, espera. ¿Tu hermano sabe de esta fiesta?—. Como si fuera una señal, la campanilla sobre la puerta tintineó de nuevo y Gethin entró en el salón. A Dewi se le cortó la respiración como siempre le ocurría cuando veía a su compañero.

—Ahora lo sabe —dijo Gethin mientras se acercaba. Se inclinó, le dio a Dewi un suave beso en los labios y luego se volvió hacia su hermana y entrecerró los ojos, haciendo que Dewi se sintiera agradecido de ser el receptor del beso y no de aquella mirada fulminante.

—¿Trina? —dijo Gethin—. ¿Qué es eso de una fiesta?

Ella sacó su labio inferior. —Es por el cumpleaños de Lisa.

—¿En un día de colegio?

Ella se encogió de hombros. —Yo no la he organizado.

Gethin gruñó. —Lo hablaremos cuando lleguemos a casa.

—¿Qué? Venga ya. ¡Nunca me dejas hacer nada!

—Cuando lleguemos a casa —repitió.

—Vale —. Salió furiosa del salón, deteniéndose solo para lanzar puñales con la mirada a su hermano.

Después de que se fuera, Gethin levantó las manos al aire. —¿A qué ha venido eso? No le he dicho que no pudiera ir.

—Es una adolescente. Enfurruñarse es lo que mejor se les da —. Dewi frunció el ceño—. O eso he oído. Supongo que me salté esa fase.

—Sí, tú y yo ambos.

Antes de que Dewi tuviera la oportunidad de pensar en la razón por la que los años adolescentes de Gethin habían sido tan

diferentes de lo normal, Richard pasó como una exhalación y lanzó una mirada furiosa a Gethin igual que había hecho Katrina.

—¿Cómo es que él puede entrenar y yo no? —murmuró mientras salía.

Gethin frunció el ceño. —¿Y eso a qué ha venido? ¿Acaso le conozco?

—Era el hijo de Colin —explicó Dewi.

—Ah, ya entiendo. ¿Todavía está molesto porque Dante no quiere entrenarle como ejecutor?

Dewi asintió. —Parece que sí.

—Supongo que su presencia en la tienda es la razón por la que Lewys no está aquí.

Dewi rió. —Lo has adivinado a la primera. Me ha dejado para cerrar y ¿sabes lo que eso significa?

—¿Qué?

—¡Hora de cerrar!

Los fuertes hombros de Gethin se sacudieron mientras se reía y, por segunda vez en apenas unos minutos, a Dewi se le cortó la respiración. Estudió el rostro de Gethin, memorizando cada línea. Si viviera mil años, la visión de Gethin riendo nunca envejecería.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Dewi—. No es que no me encante verte siempre que puedo, pero pensaba que habíamos quedado más tarde.

—Y así es, pero acabo de volver de casa de Dante y quería hablar contigo al respecto. A decir verdad, solo quería ver tu cara.

—¿Está todo bien?

Gethin asintió. —Creo que lo estará. Dante ha organizado cuidados de enfermería las veinticuatro horas para mi madre. Tendrá a alguien que se siente con ella durante el día y un centinela de guardia en los terrenos por la noche, por si se escapa. Tendremos que ver cómo va —. Gethin dejó escapar un profundo suspiro—. Necesito explicarle la situación esta noche. No le va a gustar nada, pero si su salud mental no mejora, el siguiente paso es un internamiento.

—Esperemos que no llegue a eso.

—Sí —. Gethin frunció el ceño—. Sabes, no entiendo por qué Dante se molestaría en ayudarme así. Ni siquiera me dejó pagar los cuidados de enfermería. Dijo que él se encargaría de todo.

—Es porque es un buen hombre —dijo Dewi—. Y por cómo suena, también es un gran alfa.

—Sí —coincidió Gethin, con un tono teñido de sorpresa—. Realmente es alguien especial.

* * * *

El aterrador sonido de los gritos despertó a Dewi de un sueño profundo y reparador, pero a diferencia de las primeras veces que lo había escuchado, no se incorporó de golpe, entrecerrando los ojos en la oscuridad para tratar de determinar qué pasaba. En su lugar, bostezó, se dio la vuelta y sacudió suavemente a Gethin para despertarlo. Hicieron falta algunas sacudidas más antes de que despertara y, a diferencia de las primeras veces, no se apartó con temor. Se acercó más con un suspiro de satisfacción.

—¿Estaba gritando otra vez?

Dewi reprimió otro bostezo. —Sí.

—Siento haberte despertado.

—No pasa nada. Además, han pasado al menos diez días desde la última vez. Y con una cara tan preciosa como la mía, ¿quién necesita dormir para estar guapo?

Gethin no se rio de la broma de Dewi como solía hacer. Dewi pensó que su compañero se había vuelto a dormir hasta que la cama a su lado se movió y la lámpara de la mesilla se encendió. Dewi parpadeó contra la luz mientras Gethin se volvía para mirarlo, con un profundo ceño frunciendo su frente.

—¿Diez días? ¿Estás seguro?

Dewi asintió. —Bastante seguro, sí. ¿Por qué?

Gethin negó con la cabeza. —Nunca pasé una noche antes de conocerte. Ni una sola noche. Siempre me despertaba a mí mismo gritando o chillando —. Se encogió de hombros—. Me había acostumbrado en gran parte. Pensaba que siempre tendría pesadillas.

Dewi extendió la mano y la colocó en el costado de la cara de Gethin. —Creo que tenías pesadillas porque cuando estabas

despierto seguías reviviendo lo que te había pasado, pero me dijiste que habías dejado de hacerlo —. Cuando Gethin asintió, Dewi continuó—: Supongo que cuanto menos piensas en ello en tus horas de vigilia, menos importancia le das en tu subconsciente. Con suerte, con el tiempo, las pesadillas se detendrán por completo.

—¿De verdad crees que se detendrán? ¿Crees que es posible?

—Todo es posible. Solo puedo esperar que algún día en el futuro no pienses en absoluto en esa época de tu vida porque tendrás tantos otros recuerdos de los que extraer: recuerdos felices, recuerdos que creamos juntos.

Gethin lanzó a Dewi una mirada penetrante que era tan cruda e intensa que Dewi la sintió como si le hubieran tocado físicamente. Después de un momento, la alegría pura brilló en los ojos castaños y ricos de Gethin, haciendo que el corazón de Dewi se llenara de tanto amor y afecto que no estaba seguro de que su cuerpo pudiera contenerlo todo.

Gethin arqueó una ceja. —¿Tienes alguna objeción a que te mantenga cerca por un tiempo?

Una fuerte explosión de risa brotó de los labios de Dewi, un sonido ligero y despreocupado que se encontraba haciendo a menudo.

—Más te vale mantenerme cerca para siempre.

La voz de Gethin, fuerte y segura, tenía un tono de firmeza cuando dijo —Puedes contar con ello.

Capítulo Once

Con la mano de Dewi en la suya, Gethin pisó la cresta de la montaña y se detuvo, contemplando la vista ante él con cierta inquietud.

Dewi se estremeció audiblemente y luego apartó un mechón de pelo rubio pálido de sus ojos. —¿Estás seguro de que estás preparado para esto? Entenderé si no quieres hacerlo.

Gethin se volvió hacia su compañero y sonrió, sus nervios calmándose como siempre ocurría cuando miraba a los ojos de Dewi. El hecho de que en la noche de su primera transformación, Dewi le estuviera preguntando a Gethin si *él* estaba listo demostraba su naturaleza dulce y atenta —una naturaleza que Gethin había llegado a amar más de lo que hubiera creído posible.

Mientras apretaba la mano de Dewi, una amplia sonrisa se extendió por los labios de Gethin. —No solo estoy *preparado* para esto, estoy emocionado. —Miró hacia arriba y cuando el resplandor plateado de la luna llena bañó su rostro, sintió a su lobo, inquieto y ansioso, arañando para liberarse—. No puedo esperar para correr contigo bajo su magia. Va a ser increíble. Este es el segundo mejor día de mi vida.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de Dewi en respuesta fue deslumbrante, haciendo que el pulso de Gethin se acelerara, tal como ocurría cada vez que la veía—. ¿Y cuál fue el primero?

—El día que te encontré. Nada superará jamás eso.

Dewi frunció el ceño. —Pensaba que estabas devastado.

Él se encogió de hombros. —Mejor nos saltamos esa parte.

Dewi se rio, justo como pretendía, y el sonido provocó un estremecimiento electrizante que resonó por todo el cuerpo de Gethin. Se inclinó y tocó sus labios con los de Dewi. El beso, aunque dolorosamente tierno, hizo que la sangre palpitara en las venas de Gethin.

—Vamos, hagamos esto.

Cuando se acercaban a Dante y al resto de la manada, alguien los apartó a un lado.

—Gethin, ¿puedo hablar contigo un momento?

La sonrisa en los labios de Gethin se desvaneció y su pulso se aceleró por una razón completamente distinta.

Ira.

Gethin avanzó, inclinando su cuerpo en un ángulo para situarse entre Dewi y Gwyn, el lobo con el que había peleado el día de la reunión de la manada. Esta era la primera vez que veía al cambiaformas desde entonces e instintivamente entró en modo defensivo, sintiendo la necesidad de proteger a su compañero.

Gethin asintió, con la mandíbula tensa. —Podemos hablar, pero si has venido a buscar problemas de nuevo, puedes marcharte ahora mismo. No voy a meterme en nada la noche de la primera transformación de mi compañero.

Gwyn negó con la cabeza. —No habrá problemas. Vine a disculparme contigo y con tu compañero. Siento haber hablado de más ese día. No debería haber empezado nada contigo. No debería haberte acusado de ser un traidor. Es solo que, los rumores sobre el topo habían sido frecuentes durante la luna llena y luego te vi y supe que eras de la manada de Dai y exploté. ¿Espero que me perdonéis?

Gethin asintió, tratando de ocultar su sorpresa. —Claro.

Gwyn sonrió. —Gracias, tío. Supongo que nos veremos por ahí. Buena suerte, Dewi —dijo, asomándose alrededor del amplio cuerpo de Gethin—. Las primeras transformaciones son las mejores.

—Sí, gracias —respondió Dewi.

Cuando Gwyn estaba fuera del alcance del oído, Gethin se volvió hacia su compañero con las cejas levantadas. —Bueno, eso ha sido una sorpresa.

—No, eso ha sido extraño —dijo Dewi.

Gethin se encogió de hombros. —En realidad, ha estado ocurriendo mucho desde que Dante me nombró ejecutor. Muchos lobos que ni siquiera conozco se me han acercado y han sido amables, exageradamente amables. Cuesta acostumbrarse, pero estoy seguro de que es porque Dante confía lo suficiente en mí como para darme el puesto.

Dewi negó con la cabeza. —Puede que ese sea el caso para otros lobos, pero no para él. No me gusta y no confío en él.

Gethin sonrió. —Dudo que te gustara cualquiera con quien yo hubiera peleado.

Dewi frunció el ceño. —No, es más que eso. Hay algo que no está bien con él. Sabes, cuanto más lo pienso, más me parece posible que solo te estuviera acusando ese día para desviar la atención de sí mismo.

La espalda de Gethin se puso rígida. —¿Estás diciendo que crees que él podría ser el topo en la manada de Dante? ¿Crees que ha estado trabajando contra nosotros?

—Sí, creo que lo ha estado haciendo. No lo sé. Es solo una sensación que tengo sobre él. Puede que no sea nada, pero yo mantendría un ojo vigilante sobre él si fuera tú. Quizá puedas mencionárselo a Dante. No me gusta acusar a la gente cuando no tengo ninguna prueba, pero realmente creo que debes tener cuidado con él, Gethin.

La mirada de Gethin recorrió la multitud y cuando se posó en Dante, Gethin no se sorprendió al verlo mirando en su dirección, con una mirada astuta y conocedora. El alfa dio un rápido movimiento de cabeza y luego se volvió para hablar con Bram.

—Dante no es ningún tonto —dijo Gethin—. Dudo que ocurra poco en su manada que él no sepa.

—Sí, quizás tengas razón —reflexionó Dewi.

—Vamos, es tu gran noche. No nos preocupemos por todas esas cosas ahora, ¿vale? Prefiero que esta noche sea toda para ti.

Una lenta sonrisa se extendió por los labios de Dewi haciendo que sus ojos brillaran bajo la luz de la luna. —Oye, estoy feliz de hacer que *cualquier* noche sea toda para mí.

Gethin negó con la cabeza y se rio mientras se dirigía al claro donde la manada los esperaba. Tan pronto como se acercaron, fueron rodeados por Dante y sus ejecutores, que los saludaron calurosamente, dándoles palmadas en la espalda o estrechándoles las manos, todos deseándoles buena suerte. Cuando las conversaciones se apagaron, Gethin miró a Dewi y arqueó una ceja en señal de interrogación.

—¿Listo?

Dewi asintió. —Sí, estoy listo.

Con Dante y los ejecutores a sus espaldas, todos mostrando su solidaridad y apoyo, Gethin y Dewi se quitaron la ropa. Mientras se arrodillaba en el suelo junto a su compañero, Gethin se maravilló de lo mucho que había cambiado su vida en el último mes. Apenas podía creer lo lejos que había llegado. No se engañaba. Sabía que le llevaría mucho más tiempo hasta conquistar todos sus demonios, pero con Dewi a su lado y sus nuevos hermanos respaldándole, Gethin podía lograr cualquier cosa. Con orgullo y asombro, con el corazón rebosante de amor, observó a su compañero transformarse en su forma de lobo por primera vez.

Sobre la autora

Lavinia descubrió la lectura a una edad temprana y siempre se la podía encontrar con la nariz metida en un libro. Ya entonces le encantaba perderse en un mundo de fantasía. Cuando sus padres le regalaron una máquina de escribir por Navidad a los once años, su destino quedó sellado. Pasaba horas imaginando personajes y creando historias. No ha cambiado mucho desde entonces.

Lavinia es una chica de los Valles de Gales que ha vivido por todo el Reino Unido. Hoy vive en el pequeño pueblo en el que creció, a las afueras de Cardiff, Gales, pero pregúntale mañana y podría ser un lugar completamente diferente. Ha viajado extensamente a lugares tan lejanos y diversos como África, Asia, Australia, América del Norte y Central, y la mayor parte de Europa. Aunque algunos de sus libros están ambientados en Texas, nunca ha pisado ese estado, pero planea pasar tiempo allí en un futuro próximo.

Aunque Lavinia es una gran fan del género romántico, en particular del M/M, admite que lo lee todo. Le gustan los finales felices, y los personajes de sus libros han tenido la suerte de encontrar uno hasta ahora.

Tiene un gato y no se separaría de él por nada del mundo, aunque le haga estornudar. Lavinia también escribe romances paranormales entre hombres y mujeres bajo el nombre de Amy Armstrong y romances contemporáneos entre hombres y mujeres bajo el nombre de Ava Grace.

A Lavinia le encanta saber de sus lectores, así que no dudes en contactar con ella en lavinialewisuk@yahoo.co.uk